

La Venganza de un Hombre

Tessa Radley



La Venganza de un Hombre (22.08.2007)

Título Original: Rich Man's Revenge (2007)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: **Deseo 1540**

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Rico D'Alessio y Danielle Sinclair

Argumento:

La venganza había sido su única compañera de cama...

El ejecutivo italiano Rico D'Alessio no se detendría ante nada hasta haber llevado a cabo su venganza y haber destruido por completo a la familia Sinclair. Convertir en su esposa a Danielle Sinclair, la hija mayor, no era más que el comienzo. Dejarla embarazada para que trajera al mundo a su heredero sería la prueba definitiva de su triunfo. ¿Pero enamorarse de la mujer con la que se había casado por venganza? Eso era algo que jamás habría imaginado que podría suceder... como tampoco había imaginado los secretos que saldrían a la luz con su unión...

Capítulo 1

Ya estaba hecho.

Danielle Sinclair dejó escapar el aire que llevaba conteniendo todo el día y colocó el ramo de flores en un jarrón. Por fin, Kim se había casado.

Después de años cuidando de su hermana, sacándola de aprietos, Kim había dejado de ser un problema. Ahora tenía un marido y Danielle podía relajarse.

La boda del año había sido fastuosa, llena de arreglos florales y champán francés. No exactamente lo que había imaginado para su rebelde hermana, pero aun así, Kim había brillado con un impresionante vestido y el cabello enmarcando su rostro, inesperadamente pálido.

Al terminar la fiesta, Kim se había girado, había escrutado a la multitud y había lanzado el ramo, que había ido a parar a las manos de Danielle. Sujetándolo y embriagada por el olor de las flores, Danielle se había quedado de piedra. Aquel ramo no iba a proporcionarle un marido y mucho menos, al hombre de sus sueños.

Danielle confiaba que Bradley Lester, consejero de la compañía de su padre y recién convertido en su cuñado, supiera en lo que se estaba metiendo. Kim se merecía un poco de felicidad, después del dolor y humillación que Rico D'Alessio le había hecho pasar cuatro años atrás.

No, no estaba dispuesta a pensar en aquel hombre el día de la boda de Kim. Por lo que a ella incumbía, podía arder en el infierno. Danielle miró su reloj de oro. A esa hora, Kim y Bradley debían de estar en la suite real del Hilton, con vistas a los lujosos yates del puerto de Auckland. Al día siguiente, volarían a Fiji.

Danielle se soltó el pelo y sacudió la cabeza. Se quitó el vestido magenta que había llevado durante todo el día y lo colgó en una percha, aunque nunca más volvería a ponérselo. Aquel color tan intenso no era de su gusto, pero no lo había elegido ella. Hubiera preferido un tono azul, pero ¿cómo discutir con una novia?

Se daría una rápida ducha e iría al encuentro de su padre para ver de qué quería hablarle. Quizá incluso tuviera oportunidad de echar un vistazo al informe que había preparado el día anterior antes de irse a la cama. El trabajo era algo que se le daba mucho mejor que las bodas.

— ¿Qué demonios quieres, D'Alessio?

«Llevaros a ti y a tu hija al infierno conmigo», pensó Rico D'Alessio, pero en lugar de contestar a la pregunta de Robert Sinclair se inclinó sobre el escritorio.

Allí, en el inmenso estudio de la mansión de Sinclair, sin prestar atención al esplendor que lo rodeaba, Rico puso lentamente sus puños sobre la mesa y miró al hombre que estaba al otro lado.

Tenía que reconocerle su mérito a Sinclair. El viejo no se dejaba impresionar ante dos metros de puro músculo. Tampoco se estremeció al ver que el descendiente de italianos se inclinaba hacia delante.

De pronto, Sinclair parpadeó. Así que su viejo mentor estaba nervioso. Rico entrecerró los ojos mientras Sinclair comprobaba que sus secuaces estuvieran en su sitio. A Rico no le preocupaba la presencia de David Matthews, el asesor legal de Sinco, ni del joven musculoso junto a él, que portaba una pistola y que parecía estar preparado para entrar en acción. Pero el hombre siniestro que estaba al otro lado de la habitación, era otra historia. Ken Pascal era un hombre al que no se debía de perder de vista.

El sudor en la frente de Sinclair produjo enorme satisfacción a Rico. Iba a tener que sudar mucho más antes de que todo aquello terminara.

— Te dije ayer por teléfono que te compensaría — dijo Robert Sinclair señalando la pila de documentos que había en un extremo de la mesa —. Firma el contrato que David Matthews ha preparado y me aseguraré de que todo el dinero se transfiera a la cuenta bancaria que me indiques.

Rico tensó la mandíbula.

— Ninguna cantidad podrá compensar todo lo que he perdido.

Robert Sinclair frunció el ceño.

— ¿Qué es lo que quieres?

— ¡Todo!

— ¿Todo? ¿Qué quieres decir con todo?

Por primera vez, se le veía desconcertado. Sinclair era bueno, muy bueno. Dos días después de recibir la llamada del abogado, Rico había volado al pie de la cama de su padre enfermo, quien le había hecho prometer que le daría un nieto.

Tiempo atrás, en un cementerio a las afueras de Milán, con el corazón lleno de dolor y pena, Rico había prometido venganza sobre la tumba de Lucia. Ahora, después de cuatro años tenía una misión: regresar a Nueva Zelanda y hacer pagar a Robert Sinclair y a su hija. Pero no podría cumplir uno de sus objetivos, puesto que Kim se había casado.

Rico sonrió lentamente, mientras comprobaba cómo los ojos grises del viejo se llenaban de miedo.

— ¿No entiendes la palabra todo? — preguntó Rico con tono burlón —. Quizá necesites un diccionario para buscar su significado — y arqueando una ceja, añadió —. ¿O acaso no entiendes mi acento?

— Tu inglés es impecable, D'Alessio, como no podía ser de otra manera después de una década en Nueva Zelanda.

Rico sintió deseos de dar un puñetazo al otro hombre, pero se contuvo. No quería ser arrestado, aunque tampoco le importaba nada ya. La frente de Sinclair continuó llenándose de perlas de sudor.

– ¿Qué quieres?

– Quiero que me devuelvas mis acciones de Sinco Security y me compenses por todo lo que he perdido.

– Hecho – dijo Sinclair con voz de alivio.

– Aún hay algo más que quiero.

– ¿Cuánto? – preguntó Sinclair mirando con desprecio a Rico.

Rico cerró los puños, luchando contra la furia y el dolor que amenazaban con hacerle salir corriendo. Era evidente que Sinclair todavía pensaba que podía comprarle. Hubo un tiempo en que la riqueza de Robert Sinclair le había impresionado, pero ahora, ya no necesitaba a Robert Sinclair ni a Sinco Security. Su fortuna era inmensa y por ella había tenido que pagar un alto precio.

Pero Sinclair no lo sabía. Él pensaba que estaba tratando con un nómada sin raíces al que había llevado al exilio.

– No quiero tu sucio dinero – dijo Rico entre dientes.

– Entonces, ¿qué quieres, D'Alessio?

Si Sinclair supiera...

Rico se quedó pensativo por unos instantes, buscando las palabras que le habría dicho cuatro años atrás, cuando perdió todo el respeto por el hombre que tenía frente a él. La respuesta llegó al cabo de unos segundos, al encontrarse con la gélida mirada de Sinclair.

– Quiero volver a formar parte del consejo de Sinco.

Se había dejado la piel trabajando para que Sinco Security fuera lo que era hoy en día. Había sido idea suya proveer de seguridad a los ricos, haciendo que Sinco se convirtiera en una compañía de prestigio en Australia y gran parte de Asia.

– Y no quiero cualquier cargo, quiero ser el consejero.

– Imposible, ese cargo ya está ocupado – dijo Sinclair y su frente se arrugó—. Venga, D'Alessio. Soy un hombre razonable y estoy tratando de hacer todo lo posible por contentarte.

Bruscamente, Rico se puso de pie y se dirigió a la puerta.

– ¿Adónde vas? – preguntó Sinclair alarmado.

Rico se dio media vuelta y se pasó la mano por el pelo.

– A que me hagan unas fotos. Los periódicos van a necesitarlas. Ah, y quizá también llame a algún canal de televisión. A ver quién me hace la mejor oferta – dijo mostrando una sonrisa despreocupada—. *Ciao*.

Lo cierto es que no tenía ninguna intención de vender su historia a los tabloides, pero eso no lo sabía su interlocutor. Al girarse hacia la puerta, Rico oyó el rechinar de los dientes de Sinclair.

—No tan deprisa, D'Alessio —dijo Sinclair por fin, haciendo que Rico sonriera para sus adentros.

Rico se detuvo y se giró sobre sus talones. No había ninguna duda de que era la primera vez que Sinclair pedía algo en su vida.

Más tarde, recién duchada y sin maquillaje, Danielle se sintió lo suficientemente relajada como para dedicarle atención a su padre. Robert Sinclair era un hombre que apenas pensaba en algo más que en el trabajo. Al llegar a casa, en lugar de celebrar la boda de Kim brindando con champán junto a su otra hija, le había dicho a Danielle que quería verla en su despacho.

Con el ceño fruncido, Danielle se estiró el vestido de algodón blanco que se había puesto. Llegaba tarde y su padre odiaba que lo hicieran esperar. Pero por una vez, se dio el placer de tomarse su tiempo, una pequeña muestra de rebeldía que no era habitual en ella.

Kim siempre había sido la rebelde. Unos años atrás, Danielle había intentado escapar de la prisión en que se había convertido la bonita mansión, pero su padre había impedido todos sus intentos de irse a vivir a un apartamento con sus amigas del colegio.

Con el tiempo, sus amigas la habían dejado de lado y habían continuado con sus vidas, mientras ella había seguido viviendo con su padre.

Danielle sonrió. Había sido una estúpida por no haberse dado cuenta antes de lo sola que se había quedado. Había tenido que acabar sus estudios universitarios, además de soportar la presión de su padre para obtener las mejores calificaciones. Había sido una hija sumisa durante tanto tiempo, que se había convertido en un hábito.

Al salir de su habitación, el sonido del teléfono le hizo detenerse. Sería su padre para decirle que se diera prisa. Suspirando, atravesó la alfombra para contestar.

—¿Kim? —dijo Danielle sin poder ocultar su sorpresa al oír la voz de su hermana—. ¿Qué ocurre?

Kim balbuceaba.

—No me odies, pero no podía vivir con ello. Y menos aún siendo tan feliz. Tenía que hacer algo.

—Espera, más despacio —dijo Danielle tratando desesperadamente de encontrar sentido a aquellas palabras—. ¿Qué has hecho?

La línea se quedó en silencio unos segundos.

—¿No te lo ha dicho papá todavía?

—¿Decirme qué?

Se volvió a hacer el silencio. Danielle respiró hondo y contó hasta tres antes de continuar hablando.

—No. Ha convocado no sé qué reunión, pero quería verme antes. Tengo que irme, ya llego tarde.

—Va a decírtelo — dijo Kim con voz entrecortada, haciendo que la preocupación de Danielle fuera en aumento — . Lo siento.

— ¿Pero el qué?

— Papá te lo dirá — dijo y colgó.

— ¿Kim? — la llamó su hermana desesperada, pero la línea se había cortado.

Danielle colgó el auricular y se dio cuenta de que la relajación que había sentido hasta unos minutos antes, había desaparecido.

— He leído que ahora te dedicas a la liberación de secuestrados.

Rico se giró para encontrarse con la mirada escrutadora de Ken Pascal, el jefe de seguridad de Sinco.

— Sí, así es.

Aquellas tres palabras no revelaban el horror y las atrocidades que había conocido durante los últimos cuatro años que había pasado en Iraq, Afganistán y África. Había intervenido en tensas situaciones para negociar la liberación de pobres desafortunados. Se le daba bien. Junto a Morgan Tate y Carlos Carreras, había fundado una empresa para entrenar a destacamentos militares en casos de secuestro. Ahora, eran sus socios los que se ocupaban de llevar la compañía y juntos, habían hecho mucho dinero.

— ¿Y eso qué importa, Ken? — preguntó Sinclair impaciente.

— Es una buena oportunidad de entrar en ese juego, jefe. Rico puede estudiar si es viable para nosotros o incluso si hay otros campos en los que Sinco pueda tener posibilidades.

— No voy a dirigir una unidad de riesgo — dijo Rico.

Sinclair ladeó la cabeza.

— Eso me daría una excusa para convencer a Bradley para que dimita como consejero.

Rico comenzó a sentir las mieles de la victoria y señaló con la cabeza hacia el teléfono que estaba en la mesa.

— Llama a Bradley.

— Eso no es posible. Se acaba de casar hoy — dijo Sinclair.

— Claro, se me había olvidado. Lo he leído en los periódicos: la hija del jefe se casa con el consejero de Sinco. Es una buena noticia para ambas familias y, por supuesto, para los accionistas, ¿verdad?

El viejo lo miró con recelo, pero no dijo nada.

—Claro que tengo..., ¿Cómo se dice? —dijo exagerando su acento italiano—, algunos asuntos sin concluir con la novia.

—Quizá sea exactamente lo que necesitamos, jefe. Míralo, nadie querrá enfrentarse a él, a menos que no esté en su sano juicio —dijo Pascal.

Rico giró la cabeza y dirigió una fría mirada a Ken Pascal. ¿Habría el paso del tiempo afectado el cerebro de aquel hombre?

Rico se dio cuenta de que Sinclair parecía saber a qué se estaba refiriendo Pascal y no le gustó la manera en que estaban observando sus anchos hombros y sus fuertes brazos. Era como si aquel hombre estuviera considerando la compra de un caballo.

—¿Para qué me necesitas? ¿Acaso tienes algunos trapos sucios que lavar? ¿Quieres mandar a algún otro hombre al exilio?

Pascal carraspeó.

—Danielle Sinclair necesita que alguien la vigile.

La imagen de la hija mayor de Sinclair apareció en la mente de Rico. Joven, reservada y muy problemática. Enseguida apartó aquel pensamiento.

—¿Por qué no un guardaespaldas? —preguntó Rico—. Creo que por aquí no escasean ¿O acaso el último fue descubierto llevándose la plata de la familia? Quizá la señorita trató de quitarle los pantalones.

Todos los hombres de la habitación se incomodaron ante su insolencia. Esta vez Rico echó la cabeza hacia atrás y rió. Había aprendido que la risa era un arma muy útil para controlar su propia furia.

—No quiero a D'Alessio cerca de mi hija —dijo Sinclair, con el rostro pálido—. Está loco.

Rico volvió a reír.

—Danielle ha rechazado todos los ofrecimientos de ayuda —dijo Pascal dirigiéndose a Rico—. Es tan testaruda como su padre —y girándose hacia Sinclair, añadió—. Robert, si no haces algo enseguida, vas a quedarte sin hija. En mi opinión, Rico es la respuesta.

—¿Quedarse sin hija? —repitió Rico—. No puedo creerme que vaya a dejar a su papá. ¿Adónde va?

—Acabará bajo tierra, si el psicópata que anda tras ella no es detenido.

Pascal se dirigió al escritorio y tomó un gran sobre y un paño.

—¿Puedo? —dijo pidiendo permiso a Sinclair.

Robert Sinclair hundió los hombros mientras asentía.

Rico tomó el paño y el sobre que le ofrecía Ken Pascal y miró en su interior. Con cuidado de no dejar huellas dactilares ni borrar las que hubiera, sacó una foto del interior.

Sus ojos se abrieron asombrados y a continuación los entrecerró.

Era la foto de una boda. Al reconocer a la novia, Kimberly Sinclair, se quedó con la boca abierta. El rostro vibrante que recordaba, mostraba una sonrisa formal, mientras posaba entre su padre y el hombre que debía de ser Bradley Lester. Pero era la cuarta persona de la foto la que le dejó sin aliento.

Aquella esbelta figura iba vestida con un vestido de un extraño color rosa oscuro, un tono que sólo una mujer apasionada se atrevería a llevar. Si aquélla era Danielle Sinclair, había madurado mucho. Pero era su rostro lo que llamó su atención o lo poco que quedaba de él en la foto después de haber sido cortada con una afilada cuchilla.

Rico se quedó mirando fijamente la foto mutilada con el corazón latiendo con fuerza. Pascal tenía razón. Alguien debía velar por ella antes de acabar en una fría mesa del depósito de cadáveres. No le había tendido la mano en los peores momentos de su vida para que ahora un lunático le hiciera daño.

Nada más entrar en el estudio de su padre, Danielle percibió la tensión. Sus ojos se posaron en el desconocido de anchos hombros. Estaba de espaldas a ella, con las piernas separadas y con el cuerpo ligeramente ladeado. A pesar de estar en minoría, era evidente que tenía el control de la situación.

Una rápida mirada a su alrededor, le confirmó que conocía a los demás presentes. Su padre parecía desesperado; Ken, el jefe de seguridad, se veía algo más calmado mientras que David, el asesor económico, mostraba la cara de póquer que solía poner cuando trataba de dar solución a un enigma. El joven que Ken había elegido como vigilante y de cuyo nombre no se acordaba, se veía perdido.

Volvió su mirada al desconocido. Los otros cuatro hombres lo miraban como si fuera un animal peligroso. Deseó ver la cara de aquel hombre, leer sus ojos y entender qué era lo que lo hacía destacar entre los demás.

Danielle parpadeó para borrar su poderosa imagen, pero no pudo evitar reparar una última vez en aquel imponente cuerpo bajo la camiseta y los vaqueros negros que llevaba. Era sólo un hombre más, se dijo, aunque muy atractivo.

Tenía en la mano un sobre y algo más. Un segundo más tarde, se giró. Su corazón se detuvo al ver su perfil y se sintió confusa. Algo brilló en sus ojos al reconocerla y, rápidamente, guardó lo que estaba viendo dentro del sobre y lo dejó.

Rico D'Alessio.

Una sensación de furia se apoderó de su corazón, pero mantuvo la expresión calmada para que no se percatara del odio que sentía por aquel hombre. Su estómago dio un vuelco y respiró hondo, tratando de mantener su habitual tranquilidad.

—¿Qué está pasando, papá? ¿Por qué ha vuelto? ¿Qué quiere? —dijo mirando el rostro de cada uno de los presentes en busca de respuestas, deseando que alguien se hiciera cargo y lo sacara de allí—. ¿Y por qué no habéis llamado a la policía?

—El motivo no importa —contestó su padre a regañadientes.

– ¿Por qué?

Los ojos de Rico D'Alessio se encontraron con los de ella. Se le veía arrogante y divertido. Danielle estudió la curva de sus labios y el brillo de sus ojos y vio algo más. Parecía enojado. ¿Por qué lo estaba? Era el canalla que tanto daño había hecho a su hermana. ¿Por qué estaba allí, en su casa?

Desconcertada, miró a su padre.

– Tengo que llamar a Kim.

Quería advertir a su hermana y salir de aquella asfixiante habitación.

– Kim ya lo sabe, ella es la razón por la que ha vuelto.

Danielle tosió. Su cabeza daba vueltas y se sintió mareada.

– Siéntate, Danielle.

Apenas oía las palabras de su padre. ¿Cómo era posible? Cuando Rico D'Alessio abandonó el país cuatro años atrás, se había sentido muy aliviada al saber que nunca más volvería a hacer daño a Kim. Pero ahora había vuelto y estaba mucho más atractivo de lo que lo recordaba.

– Siéntate hija antes de que te desmayes.

Sin pensar, obedeció la orden de su padre y se sentó frente a él.

Unos segundos más tarde, el cojín de su lado se hundió bajo el peso de un cuerpo mucho más grande y pesado. Giró la cabeza y se encontró con la peligrosa mirada de Rico D'Alessio.

Capítulo 2

—¿No me dirás que creías que yo era culpable, verdad princesa? —dijo Rico en tono desafiante, observando a Danielle Sinclair con los ojos entrecerrados.

No podía creer que fuera tan inocente como sus ojos sugerían. Parecía sorprendida, a la vez que aturdida.

—De toda la gente del mundo, pensaba que tú serías la única que sabría cómo reaccionaría cuando la hija del jefe tratara de seducirme. La violación no es mi estilo —dijo él en voz baja para que el padre de ella sentado al otro lado de la alfombra persa, no pudiese oírlo.

—No fuiste acusado de violación —dijo ella, palideciendo.

Él bajó la vista y observó sus labios, sintiendo cómo un calor subía por sus muslos. Aquella era una trampa con la que no había contado. Por un instante se preguntó si aún utilizaría aquella ropa interior tan sexy con la que había tratado de tentarlo años atrás.

Rico apartó su atención del vestido blanco que llevaba y, ocultando su reacción, la miró a los ojos.

Aquellos ojos profundos, de color gris verdoso, estaban llenos de confusión y eso despertó su instinto protector. Aquello lo aturdía. Hacía tiempo que nadie ni nada lo conmovía. ¿Tendría aquella reacción algo que ver con la lástima que había sentido por ella tras la muerte de su madre?

—No, no fui acusado de violación. Pero tu padre usó información falsa para que la acusación pudiese prosperar. Dime, ¿crees de verdad que seduje a tu hermana? —dijo él.

—No lo sé —dijo finalmente.

—¡No es suficiente! —exclamó él.

Por alguna razón necesitaba que lo creyera, que le dijera que nunca había sospechado de él.

—¿Acaso Kim mintió?

Lo había creído capaz de hacer daño a su hermana y de traicionar la confianza de su padre. Sintió rabia, pero no dijo nada. Había aprendido que en ocasiones, lo mejor era no hablar.

Finalmente, cuando el silencio se tornó insoportable, Rico miró a Robert Sinclair.

—Yo sugeriría que sacases de aquí a esa gente —dijo haciendo una indicación con el pulgar.

—Danielle conoce a Ken y David de toda la vida —dijo Sinclair con una arrogancia que le hizo a Rico cerrar sus puños.

Danielle se incomodó.

—Papá, ¿podrías pedirles que se fueran por favor?

Su suave voz sonó como si estuviera agotada. Rico no había esperado sentir lástima por ella, lástima que chocaba con la ira que había sentido durante los últimos diez días, desde la llamada del abogado.

– No veo cuál es el problema – dijo su padre encogiéndose de hombros.

– Creo que a su hija le gustaría un poco de intimidación para aceptar lo que acaba de descubrir – dijo Rico tan fríamente como pudo, y luego se preguntó por qué la estaba defendiendo.

Sinclair se levantó y fue hacia donde estaban el resto de los hombres.

– Quiero que tú también te vayas – dijo Danielle.

– De ningún modo, princesa – dijo Rico mirándola.

Pero cuando la puerta se cerró detrás de aquellos hombres, deseó haberse ido. Ella puso el rostro entre las manos y sus hombros comenzaron a temblar.

Rico miró desesperado a su alrededor. No sabía qué hacer. Odiaba que las mujeres llorasen.

La había visto llorar por su madre durante las largas horas que siguieron al accidente y en el funeral. A diferencia de Kimberly, que había atravesado un periodo de dramáticos altibajos y necesitado largas horas de terapia. Kimberly ni siquiera había estado en el accidente de automóvil que causó la muerte de Rose Sinclair, ni había quedado atrapada dentro durante las dos horas que le había llevado al servicio de emergencias liberar a Danielle.

Rico le tocó el hombro con algo de incomodidad. Su pulgar rozó su piel desnuda, suave y sedosa. Pero retiró la mano con un sentimiento de culpa.

– ¿Por qué lo hizo Kim? – preguntó ella –. ¿Nunca la tocaste? – preguntó.

– ¿Recuerdas lo que dije aquella noche en mi defensa? Amaba a mi esposa e íbamos a tener un bebé. ¿Por qué iba a querer estropearlo todo? – contestó él.

– Pero te fuiste... – comenzó ella, con expresión confusa y aturdida.

– No me dejaron otra opción – dijo él amargamente, observándola.

Ella bajó la mirada mientras él la observaba.

– Lo siento. Me enteré de que tu esposa murió.

– Nada podrá devolvérmela – dijo él.

La cabeza de Danielle se inclinó ante aquellas duras palabras y, por un instante, Rico sintió remordimiento. Sabía lo que era perder a un ser querido y ella era la última persona con la que él debería estar descargándose.

Por un momento, la entereza de Rico sucumbió, pero luego se endureció de nuevo. Ella era una Sinclair. Había sido parte de todo aquello... y estaba disponible. Kim podía estar casada, pero su hermana no lo estaba.

– Nos odias. Nos odias de verdad. ¿Por qué estás aquí? – preguntó ella.

– Tu familia está en deuda conmigo – dijo él con una mirada poco amable.

– ¿Quieres vengarte?

Era rápida y directa. A él siempre le habían gustado aquellas cualidades de Danielle.

– Digamos que quiero ser resarcido por lo que he perdido – dijo él curvando los labios.

– Quieres dinero – dijo Danielle con una extraña expresión de desilusión en el rostro.

Había muchas cosas que quería, pero ninguna era dinero. Aun así, no dijo nada.

– Eres rápida.

El sonido de una puerta abriéndose a sus espaldas lo hizo girarse. Sinclair estaba en pie al otro lado de la puerta, con Pascal detrás de él. Rico se volvió a Danielle, que observaba a su padre.

– D'Alessio me estaba diciendo que tenéis que compensarle. ¿Habéis resuelto ya eso?

– Solías llamarme Rico – interrumpió él hablando en voz baja para que sólo ella pudiera escucharlo.

Danielle se ruborizó y levantó un poco la barbilla.

– Estamos ultimando detalles. No tienes que preocuparte de eso – dijo Sinclair.

– También tendré un puesto en el consejo de Sinco.

Ella se volvió hacia él y sus ojos se ensombrecieron.

– ¿Qué puesto? – preguntó.

No había decidido nada hasta ese momento, pero entonces lo vio claro.

– Voy a estar a cargo de un proyecto especial, princesa.

– ¿Qué estás haciendo aquí? – preguntó Danielle al ver que la mesa de su jefe estaba ocupada por Rico –. Ésta es la oficina de Martin.

Las oficinas Sinco solían estar vacías a aquellas horas de un lunes por la mañana y, desde luego, no esperaba ver a Rico allí.

– Creo que el estimado director de Recursos Humanos está en una conferencia en Sydney esta semana – contestó Rico sin apartar su mirada del montón de papeles que estaba estudiando—. Y cuando regrese, se irá por baja de paternidad. Los obreros tienen que remodelar el despacho del décimo piso donde voy a trabajar, por lo que estaré aquí de momento.

Danielle no lo quería allí, pero se mordió los labios y no lo dijo. Sólo lo separaba de su oficina el espacio ocupado por Cynthia, la secretaria que Martin y ella compartían. Rico estaba demasiado cerca.

– No puedes trabajar aquí – dijo ella y él levantó la cabeza.

– Seguramente no habrá problema – dijo él con voz impaciente.

Danielle bajó la vista y se mostró inquieta. ¿Por qué se sentía tan abrumada?

Rico tomó un sobre y la observó. Movida por la curiosidad, Danielle se acercó a él.

– Quiero mostrarte algo. Ábrelo – dijo él y sus dedos se rozaron.

Danielle lo abrió. Su respiración se detuvo al observar la foto y los cortes que había en el lugar de su rostro.

– Creo que alguien quiere hacerte daño.

Danielle no sabía qué decir.

– Esto es por lo que Pascal y tu padre están preocupados y por lo que yo estoy en esta oficina – dijo Rico señalando la foto masacrada.

Ella tragó saliva.

– ¿Por qué tú?

– Porque rechazaste tener un guardaespaldas.

– No quiero que seas...

– ¿Por qué no?

– Porque... – comenzó ella, pero no supo encontrar las palabras adecuadas.

No lo quería cerca de ella a todas horas del día y de la noche. Especialmente ahora que sabía que Rico ya no estaba casado y que no era culpable de aquella terrible traición a su hermana. ¿En qué estaba pensando Kim para hacer tal acusación? No podría hablar con su hermana hasta que regresara de la luna de miel. Quería mirarla a los ojos y ver su expresión para saber si le decía la verdad.

Pero en el fondo de su corazón, creía a Rico. No había otra explicación para su ira y para las extrañas palabras de su hermana en el teléfono y que ahora tenían sentido.

Los Sinclair, en efecto, habían traicionado a Rico. Pero a pesar de sentir lástima por él, no lo quería cerca de ella todo el día.

– No necesito un protector – dijo ella, observándolo.

– Yo diría que esa foto es la prueba de que sí lo necesitas – dijo él reclinándose en el sillón—. Pero lo tendrás como quieras. Si no quieres un guardaespaldas, me tienes a mí.

– No te quiero aquí. No confío en ti – dijo ella ruborizándose.

Él se quedó pálido.

¿Acaso se refería a...?

– No. No por esa razón. No confío en ti porque buscas venganza. ¿De veras crees que voy a ser tan estúpida como para proporcionarte modos de acrecentarla? – dijo ella.

—¿Acaso me culpas? —dijo él con la mirada perdida—. Necesito el puesto en el consejo de Sinco —añadió tras unos segundos de silencio.

Danielle sintió que su corazón se encogía. Aquel hombre había perdido muchas cosas por culpa de su familia.

—Ese puesto en el consejo me dará la oportunidad de volver a comenzar y recuperar mi reputación. Una vez que tu padre me nombre director ejecutivo, no hará falta que me dé la compensación económica que me ha ofrecido —dijo Rico.

—Pobre Bradley, qué sorpresa le espera. Pero a ti también. Mi padre no va a dejar que le digas lo que tiene que hacer —dijo ella sonriendo tristemente.

—Sí que lo hará, princesa. Puedo hacer lo que quiera —dijo él con una mirada totalmente inexpresiva.

Ella lo miró incrédula y se percató de que estaba hablando en serio. Rico extendió su mano para tomar la foto y la guardó de nuevo en el sobre.

—Sólo recuerda que no soy tu guardaespaldas. Tienes que tener cuidado. Tengo un trabajo que me llevará tiempo y atención. Trataré de mantenerte a la vista porque Pascal y tu padre están preocupados por tu seguridad. De esta forma mata dos pájaros de un tiro. Me deja comenzar en Sinco sin tener que darle salida a Bradley aún y asustar a ese loco al mismo tiempo. Así de simple —dijo él.

—¿Crees que lo asustarás? —preguntó ella.

—Bueno, tu padre y Pascal están seguros de que doy miedo —respondió él.

Danielle observó la triste sonrisa que cruzaba aquel rostro, el cuerpo alto y fornido, y no se sorprendió. También la asustaba a ella.

D'Alessio era peligroso. Mucho más peligroso que cualquier matón. Y su padre y Ken le estaban confiando su seguridad. Danielle suspiró.

—Está bien. Puedes quedarte. Tampoco tengo otra opción —dijo finalmente.

La tensión en los hombros de Rico cedió un poco.

—Te llevaré a casa. Y desde mañana te recogeré de la casa de tus padres todos los días.

El resto de la semana pasó sin hechos destacables. Danielle estaba molesta por cómo Rico encajaba perfectamente en su rutina diaria, cuan fácilmente se había adaptado al funcionamiento de Sinco. Sin embargo, a ella le estaba costando acostumbrarse a su presencia en la oficina contigua. Lo cierto es que apenas había conseguido trabajar. Cada vez que Rico hablaba, la cadencia de su acento llegaba hasta su oficina, rompiendo su concentración.

El viernes por la mañana, mientras conducía su BMW, Danielle decidió que no podía dejar que Rico la distrajera. Su trabajo era demasiado importante para ella. Danielle se detuvo ante un semáforo en rojo y accionó el freno de mano con fuerza, antes de volver la cabeza hacia el hombre que tenía al lado.

– ¿Lista para otro duro día en la oficina? – dijo.

Mientras esperaban que cambiara la luz del semáforo, él sonrió.

– La verdad es que aprovechas muy bien las horas. ¿Estás tratando de ganar el premio al mejor empleado del año? – preguntó Rico.

– Tal vez – contestó Danielle.

– No te molestes.

– ¿No crees que podría obtenerlo? – dijo ella mirándolo sorprendida.

– No – contestó él.

La seguridad en él la llenó de fastidio.

– ¡Pues trabajo muy duro! Me gradué la primera de mi clase en la escuela de negocios y he sido promocionada dentro de Sinco. Y te aseguro que no es por ser la hija del jefe.

– Te creo. No es que tenga nada que ver con tus habilidades, pero no lo obtendrás – dijo él.

– ¿Y por qué no?

– Porque no eres un hombre – dijo él con los ojos ocultos tras aquellas molestas gafas oscuras que ocultaban su expresión.

Danielle volvió su atención a la carretera y al tema que habían estado discutiendo antes de que la sensualidad de él la distrajera.

– ¿Crees que mi padre es un chovinista? – preguntó ella.

– ¡Por supuesto que lo es! – respondió él.

Rico tenía razón. Había pocas mujeres en la empresa y ninguna en el consejo.

– ¿Y tú no lo eres? – dijo ella mirándolo de reojo.

– A mí me gustan las mujeres – dijo él sonriendo.

Danielle sintió que el corazón le daba un vuelco y respiró hondo. No podía dejar que la afectara esa atracción que siempre tuvo por Rico.

– ¡De eso estoy segura!

– El semáforo ha cambiado – dijo él en un tono amable.

– Gracias por el dato – dijo ella y soltó el embrague bruscamente.

El automóvil hizo un ruido seco y se detuvo. Danielle no se atrevió a mirarlo y arrancó nuevamente el automóvil.

Una vez en su oficina, Danielle abrió su correo electrónico y comenzó a leer los mensajes, deteniéndose al llegar a uno de una dirección de correo desconocida. No parecía un virus. El motivo del mensaje decía *Urgente*. Observó el espacio donde solía

aparecer el texto. No había nada. Frunció el ceño, abrió un cajón y buscó un disco compacto virgen. Guardó el archivo adjunto rápidamente en el disco y lo pasó a través del programa antivirus. Estaba limpio.

Lo abrió y enseguida dejó escapar un grito.

Concentrada en la espantosa imagen de la pantalla de su ordenador, Danielle apenas escuchó los pasos. Se quedó observando su rostro colocado sobre un cuerpo completamente mutilado. Su propia cara. Su cuerpo tembló de horror y pánico. Escuchó a Martin Dunstan preguntar qué pasaba mientras se acercaba a ella.

Al instante Rico entró en la oficina.

– Agáchate, Danielle. ¡Al suelo! ¡Ahora! – dijo Rico.

Ella obedeció, ubicándose bajo el escritorio y cubriéndose los ojos con sus manos para tratar de borrar las imágenes.

– Tú, contra la pared – dijo Rico.

– Pero...

– No discutas. Sólo hazlo.

– No entiendes...

– No, amigo, eres tú el que no entiende. Contra la pared. ¡Ahora!

– ¡Dios! Eso es un cuchillo – dijo Martin con una voz frenética que hizo que Danielle sacara su cabeza de debajo del escritorio.

– Sí, así es. Ahora de frente a la pared y con las manos sobre tu cabeza – dijo Rico.

Danielle salió de abajo del escritorio, sorprendida por la imagen de Rico cacheando a Martin. Cynthia estaba de pie a la entrada de la oficina, con una mano en la boca. Danielle se alejó del escritorio.

– Rico, Martin no es una amenaza – dijo.

Rico gruñó, terminó de cachearlo y retrocedió.

– ¿Es Martin Dunstan? – preguntó Rico.

– Sí, él es Martin Dunstan, mi jefe – dijo Danielle mordiéndose un labio.

– Tu aspecto es diferente al de la foto del carné. ¿Dónde está la barba? ¿No se supone que estabas en Sydney? – preguntó Rico frunciendo el ceño.

– Me he afeitado. Tomé un avión antes de lo planeado. Mi esposa dará a luz en estos días. Lo siento – dijo Martin acariciando su barbilla recién afeitada.

Rico se volvió para mirar a Danielle.

– ¿Por qué gritaste? – preguntó Rico a Danielle con mirada fría y oscura.

Ella no necesitó responder. Rico se acercó al ordenador y observó los gráficos sin hacer gestos. Luego tomó el teléfono del escritorio. Danielle trató de sentirse molesta por la forma en que él había asumido la autoridad de la situación, pero no

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

encontró las fuerzas. Era un alivio tener alguien en quien apoyarse, pensó mirando los anchos hombros de Rico.

Capítulo 3

Varias horas más tarde, después de que la policía se fuese, Rico insistió en llevar a Danielle a casa. No sabía por qué había sentido la necesidad de estar junto a ella durante el interminable interrogatorio de la policía y, menos aún, lograba comprender las emociones que había experimentado: miedo, rabia y una curiosa necesidad de proteger a Danielle del mundo.

Ken Pascal y David Matthews habían ido a ver qué había pasado, pero Robert Sinclair no había dado señales de vida. El hecho de que estuviese demasiado ocupado preparando la seguridad de una importante delegación americana y no hubiera encontrado un momento para estar con Danielle, le resultaba despreciable. A pesar de las constantes llamadas de Pascal a su jefe para mantenerlo al tanto, Sinclair no había hablado con su hija. El dolor y el desconcierto en los ojos de Danielle enfurecieron a Rico. Al menos, él había estado a su lado.

— Ahora entiendes por qué deberías tomarte esa amenaza en serio, ¿verdad? — dijo Rico diez minutos más tarde, mientras Danielle conducía el BMW de vuelta a casa por un camino diferente al de por la mañana.

— Está bien. Estabas en lo cierto. Pero aun así no te necesito a mi lado las veinticuatro horas del día — dijo ella.

— Princesa, eres muy afortunada — dijo Rico.

Danielle se ruborizó y presionó el acelerador.

— ¡Disminuye la velocidad! — dijo él.

— ¿Asustado? — dijo Danielle mirándolo desafiante—. Me sorprende que me dejes conducir.

— La única razón por la que no conduzco es porque de este modo mis manos están libres para sacar el arma — respondió él.

— ¿Llevas siempre el arma a mano? — preguntó ella mirándolo provocativamente.

Él no respondió y siguió mirando al frente, pero Danielle vislumbró cierto sonrojo en sus mejillas.

— ¿Te asusta ir de acompañante con una mujer al volante? — dijo ella.

— ¿Qué italiano dejaría pasar la oportunidad de acompañar a una bonita mujer rubia en su coche deportivo? — dijo él encogiéndose de hombros.

Ella lo miró escéptica, pero sintió un cosquilleo en su estómago. Rico pensaba que era hermosa. De pronto, el día se volvió más luminoso y el cielo más azul.

Cuando regresaron a la mansión, Danielle se dirigió a los dormitorios y Rico la siguió. Estaba deseando quitarse el traje y meterse en la bañera. Pero con Rico tras sus talones, aquello era imposible a menos que pudiera deshacerse de él.

Danielle respiró hondo, abrió la puerta de su dormitorio y dio media vuelta.

—Quédate donde estás —dijo ella.

—Quiero asegurarme de que todo está tranquilo —dijo él y entró en la habitación.

—He vivido aquí toda mi vida. Créeme, todo está bien —dijo ella.

—Déjame hacerlo, princesa. ¿De acuerdo? —dijo él y esbozó una sonrisa que hizo que a Danielle se le acelerara el pulso.

—Espera aquí —dijo él.

Ella lo ignoró y abriéndose camino, entró en la habitación al cabo de unos segundos. Él la tomó por los hombros, haciéndola detenerse.

—Danielle, no va a gustarte —dijo él.

Ella intentó avanzar, pero él la sujetó con fuerza.

—Es mi vida. Tengo derecho a ver lo que tratas de ocultarme. No soy ninguna niña y estoy cansada de que tomen decisiones por mí.

—Está bien. Pasa, pero luego no digas que no te lo advertí.

Ella entró y se detuvo en seco. La colcha estaba cubierta de manchas rojas desperdigadas por toda la cama. Había un fuerte olor a flores machacadas. En medio de la cama estaban las flores que Danielle había traído cinco días atrás, totalmente destrozadas. Y en medio de ellas estaba Annabelle, amputada y con la cara aplastada.

Danielle corrió hacia la cama para tomarla, como había hecho durante años, desde que su madre le regalara aquella muñeca.

—¡No la toques! —exclamó él—. La policía necesitará verlo todo intacto —dijo él suavizando su tono al tiempo que se acercaba a ella.

Después, la rodeó con sus brazos y Danielle dejó caer unas lágrimas.

—Necesitas protección —dijo Rico.

—¿Qué puedo hacer? No quiero un guardaespaldas —dijo ella, consciente de su cercanía.

Rico dudó y entrecerró los ojos.

—Podrías casarte conmigo —dijo Rico.

Danielle lo miró sorprendida.

—¿Casarme contigo? Tienes que estar bromeando. ¿Por qué? —dijo ella.

—No es broma. De esa forma estaría contigo todo el tiempo y nunca estarías a solas.

Danielle observó aquellos labios firmes. A los diecisiete años, aquella boca y su voz sensual habían despertado en ella extrañas sensaciones que no había sabido entender, deseos que la habían avergonzado. Pero no había tenido a nadie a quién preguntarle acerca de los temblores que Rico le causaba y la ansiedad que le provocaba. La única persona a la que le hubiera podido preguntar estaba muerta.

Ahora su ídolo de juventud le estaba proponiendo matrimonio y sintió que el mundo daba vueltas. Se apartó de Rico y éste la dejó ir.

El recuerdo le hizo sonrojarse. Años atrás, Rico y su padre habían planeado pasar el fin de semana haciendo planes de futuro para Sinco Security. El viernes, mientras trabajaban en el despacho de su padre, Danielle había pasado la noche yendo y viniendo de la puerta, con tal de escuchar la cadencia de la voz de Rico.

La reunión había terminado pasada la medianoche. Al dirigirse a la habitación de huéspedes en la que dormía Rico, el corazón de Danielle había estado a punto de desbocarse. Rico le abrió la puerta y su sonrisa se había borrado al verla vistiendo tan sólo un camisón.

Al preguntarle qué quería, ella lo había ignorado y había entrado en la habitación. Después se había quitado el camisón y se había quedado en bragas. Aquello enojó a Rico, que le dijo que era tan sólo una niña y que él era un hombre casado. Se había querido morir de la vergüenza en aquel momento. Le habría gustado encontrar un lugar donde meter la cabeza y no volver a mirarlo en cien años. Pero sacando fuerzas, había tomado el camisón y se había ido corriendo de su habitación.

Ahora, años después de aquello, le estaba pidiendo matrimonio.

—Cásate conmigo, yo solucionaré todo, ya lo verás —dijo él con tono decidido.

Ella miró sus ojos brillantes, su corazón se le salía del pecho. ¿De veras podría solucionar todo? Le estaba dando una oportunidad. Ahora, podía casarse con él y conocer al hombre en que se había convertido.

Danielle se mordió los labios. Quería mucho más que ternura, quería saber qué sentiría al ser acariciada y besada por Rico. Miró sus labios y los imaginó junto a los suyos, como solía hacer cuando era tan sólo una adolescente.

—Es demasiado tarde —dijo Danielle—. No es necesario que nos casemos.

Era mejor poner fin a aquello, antes de perder la cabeza. De hecho ella misma había decidido apartar el sueño de casarse y continuar con su carrera, al contrario que las demás chicas de la universidad.

—Está bien. ¿Y un matrimonio fingido? —preguntó él.

—¿Un matrimonio fingido? —repitió incrédula, sintiendo alivio ante la insistencia de él.

—¿Por qué no? Un matrimonio a los ojos de los demás. Piénsalo. El anuncio aparecería en los periódicos y quizá eso lo intimidaría, sabiendo que tienes un hombre a tu lado. O quizá le hiciera perder los estribos, forzándolo a hacer algo desesperado y cometer algún fallo. Entonces daríamos con él —dijo Rico acercándose a ella.

Aquello tenía sentido, por extraño que pareciese. Pero todavía tenía dudas y encontró una razón lógica por la que no funcionaría.

—Mi padre no lo permitiría, aunque sólo fuese una farsa. Mis deseos no cuentan para nada. Nada le importa a él excepto el dinero y el control —dijo ella.

– Tu padre no te quiere muerta – replicó Rico.

Danielle miró sus ojos marrones, tratando de disimular el ansia que sentía. Sin saberlo, Rico le estaba ofreciendo hacer realidad todos sus sueños y fantasías. Una oportunidad de liberarse de la dominación de su padre y tal vez...

Su corazón comenzó a palpar fuertemente.

– Un matrimonio ficticio. Dios sabe lo que mi padre dirá – dijo ella sintiendo un nudo de nervios en el estómago.

– Entonces no le digas que es ficticio – dijo Rico.

– No puedo hacer eso. No puedo enfrentarme a él. No quiero mentirle.

– Entonces haz algo por llevar el control de tu vida. Cambia de trabajo, consigue otro apartamento. No tienes por qué vivir bajo su gobierno.

Ella lo miró.

¿Cómo podía explicarle que ya había tratado de mudarse antes para escapar al opresivo control que su padre tenía sobre todo lo que la rodeaba?

– Tu padre no discutirá – continuó Rico –. Al aceptar este matrimonio, tendrá la oportunidad de resarcirme por el daño que me hizo. Mucha gente me cree culpable de un delito que no cometí. Preferirá acceder a permitir que emprenda acciones legales contra Kimberly.

Danielle se ruborizó y miró hacia otro lado sintiéndose culpable. ¿Alguna vez le perdonaría el haber dudado de él?

– Lo siento tanto Rico... – dijo ella.

Sentía no haber creído en él. Si accedía a hacerse pasar por su esposa, limpiaría su reputación. No sólo le estaba proponiendo aquel matrimonio fingido para mantenerla a salvo. También él podía beneficiarse de la situación. Su mano acarició la de él antes de darse cuenta de lo que hacía.

– Créeme, odio pensar que la gente crea que eres culpable de algo que no hiciste – dijo ella.

Rico estrechó su mano entre la suya y Danielle sintió que una ráfaga de emoción recorría su cuerpo. Recordó un tiempo en el que solía sujetar su mano, cuando la presión de sus dedos alrededor de los de ella era lo único que le hacía olvidar su angustia.

Ahora Rico la necesitaba. Para limpiar su reputación. Él había perdido mucho y ella le había concedido tan poco... ¿Cómo podía negarse?

Los dedos de Rico apretaron los de ella, y Danielle lo miró.

– No te preocupes por tu padre. Casarte conmigo es algo lógico. Pascal y yo lo convenceremos – dijo él.

– Gracias. Eres mi héroe – dijo ella sonriendo, profundamente aliviada de que Rico se ofreciera a tratar con Robert Sinclair, mientras una pequeña voz en su interior la acusaba de cobarde.

Los negros ojos de Rico se posaron en ella y Danielle sintió un estremecimiento. Ni siquiera estaban casados aún y le resultaba imposible controlar las emociones que le producía.

—¿No tendremos que compartir cama, no? —preguntó Danielle abruptamente.

La llama en los ojos de Rico se apagó, dejando una expresión indescifrable.

—Compartiremos esta habitación, quiero estar aquí cuando ese desaprensivo trate de volver a entrar —dijo él—. No creo que se dé por vencido fácilmente. Y es importante que parezca que compartimos el cuarto. No sabemos cómo obtiene información acerca de ti.

—¿Quieres decir que alguien le está pasando información sobre lo que hago? —preguntó Danielle.

—No lo descartes. ¿Cómo pudo introducirse en tu habitación? —contestó él.

Danielle ya no se sintió a salvo y sintió la necesidad de abandonar aquellos muros que tanto la oprimían.

—¿Qué pasará con Annabelle?

—La policía quizás se la lleve —respondió él.

Danielle cerró sus ojos ante la imagen de la cara deshecha y el cuerpo roto de su muñeca. Aquél era el recuerdo más cercano que tenía de su madre.

—No quiero quedarme aquí después de lo que ha pasado. No podría volver a dormir en esta habitación —dijo mirándolo.

—¿Y si usas la habitación de Kimberly?

—No. Si accedo a la farsa del matrimonio, quiero sacar algo para mí misma también —dijo Danielle y respiró hondo.

—¿Como qué? —preguntó Rico con ojos inquisidores.

—Libertad. Tú eres el que me llama princesa. Necesito escaparme de la torre de marfil, vivir en algún otro lugar en el que no esté bajo el control de mi padre —dijo ella.

—Estás más segura aquí —dijo Rico, que no parecía muy contento con lo que acababa de escuchar.

—Ésa es mi condición para acceder a ese matrimonio fingido. ¿Lo tomas o lo dejas? —dijo ella desafiante, ante la mirada incrédula de Rico.

—Princesa, no estás exactamente en una posición como para negociar —dijo él.

—Lo sé, pero lo intento —dijo Danielle.

—Está bien —dijo él con fastidio—. Puedes venir a vivir al apartamento que tengo alquilado. La seguridad no es mala, y le pediré al dueño que la aumente —dijo él.

—¡No! No me voy de esta casa a otra para vivir bajo el dominio de otro hombre. Sería como saltar de una sartén con aceite hirviendo al fuego directamente. Quiero

un lugar que sea mío. Completamente mío – dijo Danielle imaginándose su propio hogar – . Así, cuando la farsa acabe, habré logrado por fin mi independencia.

Aprovechando que la escuchaba con atención, Danielle prosiguió.

– Puedes encargarte de la seguridad del lugar al que vaya.

Rico la miró a los ojos durante un largo y tenso momento.

– Está bien – dijo finalmente Rico.

Al verlo asentir, Danielle sintió un enorme alivio.

Capítulo 4

El sábado siguiente, Danielle sintió una gran curiosidad al observar al sacerdote en el altar.

El actor que Rico había encontrado, parecía un auténtico sacerdote católico. Incluso la ceremonia pareció real.

Las flores blancas, el vestido color perla que llevaba, el ramo de flores que tenía entre sus manos e incluso la voz profunda con la que Rico había pronunciado sus votos, hacían imposible creer que aquella boda era ficticia.

— Ahora puede besar a la novia — dijo el supuesto sacerdote, interrumpiendo sus pensamientos.

Danielle se quedó de piedra. ¿Acaso Rico no le había dicho que suspendiera aquella parte de la ceremonia? No quería besarlo y menos frente a las doscientas personas que habían sido invitadas con poco tiempo de aviso para darle más credibilidad a su boda ficticia.

Rico inclinó su cabeza hacia la de ella y Danielle cerró los ojos. El roce de sus labios fue suave, posándose sobre los de ella por un instante infinitesimal. Pero fue suficiente para que su corazón comenzara a palpar con fuerza y sintió un calor naciendo desde sus entrañas.

Luego el momento se desvaneció y Rico dio un paso atrás. Ella suspiró. ¿Se sentía aliviada de que el beso hubiera durado tan poco? ¿O hubiera preferido que la besara con la pasión de la que lo creía capaz?

— Ya casi hemos terminado. Enseguida podrás relajarte — murmuró él.

¿Relajarse? En dos horas se encerraría con Rico en una suite nupcial y al día siguiente se mudarían a la casa que había comprado cuatro días atrás. Por primera vez, tenía dudas acerca de vivir a solas con él. Al menos en casa de su padre habrían estado constantemente rodeados por gente.

Ella observó su perfil y sintió un estremecimiento al imaginar aquellos labios acariciando su piel. Su mano apretó involuntariamente el brazo de Rico, que giró la cabeza con una expresión de desconcierto en los ojos.

Ella tragó saliva y le sonrió tímidamente, deseando que no se percatara de su reacción. Tras unos segundos, él le devolvió la sonrisa. Danielle respiró tranquila; Rico no tenía idea de cómo su presencia la aturdiría.

Siempre había sido así. Después de la muerte de su madre, había creído estar enamorada de aquel hombre que tanto apoyo le había ofrecido. Había llegado a creer que el dolor los acabaría de unir para siempre. Pero no había sido amor. Tan sólo se había sentido atraída por un hombre casado que no había sentido el menor interés en ella. Ahora tampoco lo tendría, teniendo en cuenta todo lo que los Sinclair le habían hecho pasar.

Después de firmar en un registro falso y sonreír para el fotógrafo que su padre había conseguido, comenzaron el camino de vuelta desde el altar, acompañados de la música del órgano. Danielle sintió que el corazón se le encogía. Los rostros sonrientes

a sus lados se volvieron borrosos y por un instante deseó que todo aquello fuera real y no una farsa ideada para atrapar a un asesino.

Al llegar a la calle, aquel sueño se desvaneció. Danielle entrecerró los ojos bajo la fuerte luz del sol de verano. El ruido de los reporteros también la sorprendió. Rico la guió rápidamente rodeándola por los hombros, mientras la prensa los seguía.

Sintió la tensión del cuerpo de Rico mientras la protegía ante cualquier amenaza que pudiera existir en la multitud. El gesto le provocó un sentimiento de calidez y afecto.

Un automóvil negro se detuvo frente a ellos y Rico abrió la puerta. Al menos ahora ella sabía qué se sentía al ser una novia. Rico también lo había hecho muy bien durante la ceremonia. Claro que él ya se había casado antes. Su primer matrimonio había estado basado en el amor y ciertamente no había sido un elaborado plan para atraer a un loco y atraparlo.

Rico la introdujo en el automóvil que conducía un empleado de Sinco, Bob Harvey. Nunca le había gustado aquel hombre y su mirada desafiante.

Una vez que el automóvil estuvo en marcha, Rico la miró intensamente.

–Eres una novia muy guapa –dijo él.

Danielle se sintió como un árbol de Navidad que acababa de ser encendido, brillante y luminoso. Curvó sus labios y observó su cuerpo elegantemente trajeado.

–Gracias. Tú tampoco estás mal –dijo finalmente.

–El día de la boda es el día de la novia –dijo Rico.

–Ésta no es una boda de verdad –dijo ella, sintiéndose obligada a recordárselo.

Rico lanzó una mirada de advertencia hacia la dirección del conductor.

Danielle suspiró. ¡Aún estaban actuando! Aunque el conductor no podía escuchar a través del cristal. De pronto, se reclinó sobre el pecho de Rico.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Rico, que se había puesto tenso.

–Así pareceremos unos auténticos recién casados –dijo ella apuntando su índice hacia la ventana.

Rico soltó una maldición al ver una motocicleta junto al coche, con uno de sus ocupantes portando una cámara.

–Un beso para la foto –gritó uno de los motoristas.

Rico tomó su teléfono móvil y dio una orden directa a alguien al otro lado de la línea. Al segundo, un automóvil se interpuso entre ellos y la motocicleta, que tuvo que hacerse a un lado.

–Ya hemos llegado –dijo ella con alivio mientras el vehículo atravesaba un gran arco que daba entrada al hotel San Lorenzo.

Por más que él tratara de fingir que Danielle no estaba teniendo ningún efecto sobre él, Rico sabía que no era así. Había deseado besarla en la iglesia y disfrutó sintiendo su cuerpo contra el suyo camino del coche. Ahora la observaba mientras ella se movía de mesa a mesa, hablando con parejas, dedicando sonrisas y abrazando a amigas.

Había llegado el momento de irse y poner el plan en marcha.

Durante los últimos días, cada vez que miraba los ojos verdes de Danielle, una extraña sensación lo invadía. Se había acostumbrado a la soledad desde que perdiera a Lucia y no sabía cómo manejar la confusión que Danielle le producía.

Una pesada mano lo tomó del hombro.

—¿Todo bien? —preguntó Ken Pascal.

Rico apartó sus pensamientos y asintió. Al igual que acababa de hacer él mismo, el jefe de seguridad de Sinco había comprobado la habitación. Nada le pasaría a Danielle.

Casi en contra de su voluntad, Rico la buscó con la mirada entre los invitados. Estaba de pie, no muy lejos de él, con su vestido de novia color marfil. Aquello era un convencionalismo, puesto que después de todo, ¿qué mujer hoy en día podía lucir un vestido inmaculadamente blanco? Nadie esperaba que la novia llegara virgen al altar hoy en día, pensó Rico.

Rico cerró sus puños. Ella nunca sería su esposa. Su verdadera esposa estaba muerta y enterrada. Rico giró sobre sí abruptamente, metiendo sus puños en los bolsillos.

—Debes estar satisfecha contigo misma. Todo salió perfectamente —dijo Robert Sinclair—. Estás tan guapa como tu madre.

Rico deseó que el hombre se callara. No necesitaba oír lo que no había dejado de pensar. También él había reparado en el parecido entre Danielle y Rose Sinclair. ¿Qué le podía decir a aquel hombre? Rico lamentaba que Rose Sinclair hubiera muerto por culpa de un conductor borracho. Lamentaba que Danielle hubiera pasado el infierno de haber estado atrapada con el cuerpo muerto de su madre en el coche, tras el accidente. Y lo que más lamentaba era que Rose hubiera cambiado su asiento por el de él. Debía haber sido él quien muriera aquel día, no la madre de dos hijas adolescentes.

Observó a Danielle saludando a otra pareja. El hombre se hizo a un lado, dejándola hablar con una pelirroja. Rico se dio cuenta súbitamente de que era Kimberly. Era la primera vez que las hermanas estaban juntas desde que Kimberly volviera el viernes pasado.

—D'Alessio... —dijo Robert.

—Es mejor que me llames Rico, puesto que ya somos familia —dijo Rico con una mirada burlona.

—Cuídala bien, no quiero que le pase nada —dijo Sinclair con tono frío.

Sinclair quizás estaba recordando la muerte de su esposa. Pero Rico no estaba dispuesto a sentir empatía por aquel bastardo y su lado humano. Era mucho más fácil ver a Sinclair como un frío tirano que como un hombre que había perdido a la mujer que amaba.

Danielle vio cómo Rico se encaminaba hacia ella, con su habitual expresión distante. David lo detuvo, y Danielle suspiró aliviada.

—¿Estás segura de que esta boda ficticia funcionará? —preguntó Kim preocupada.

Danielle tuvo un deseo repentino de haber dejado a Kim al margen.

—Ken, papá y Rico están convencidos. Trata de discutir con alguno de los tres.

—Rico D'Alessio me da miedo —dijo Kim con su exagerada teatralidad.

—¿Por qué lo hiciste, Kim? —preguntó Danielle, aprovechando la oportunidad que las palabras de su hermana le ofrecía.

La piel de su hermana palideció.

—Tuve que hacerlo. Me sentía cada vez peor, así que se lo dije a Bradley, y me convenció para que acudiera a la policía. Me dijo que no se casaría conmigo hasta que dejara el nombre de Rico limpio —dijo Kim.

Danielle sintió horror. Si no hubiese sido por Bradley, el nombre de Rico seguiría estando manchado por una infamia. Bradley había hecho que Kim se enfrentara a las consecuencias de sus acciones. Pero se había mantenido a su lado. Danielle se sintió celosa. Aquel hombre estaba enamorado de su hermana, incluyendo sus defectos.

—¿Por qué acusaste a Rico? —preguntó Danielle y los ojos de Kim se inundaron de lágrimas.

—Danielle, ¿no recuerdas cómo era todo? No, supongo que no. Estabas tan ausente tras la muerte de mamá y yo tan confundida —dijo Kim con la voz quebrada.

—Tranquila —dijo Danielle evitando pronunciar una respuesta irritada al tiempo que posaba su suave mano sobre el brazo de su hermana.

¿Acaso nadie había notado su propio dolor, su propia angustia?

—Lo siento. Dijiste que no sabías nada de la vida cuando tenías dieciséis años. Bueno, yo tampoco. Yo tenía quince...

—Casi dieciséis —interrumpió Danielle.

—Tenía la cabeza hecha un lío —dijo Kim, sin mirar a su hermana a los ojos.

Danielle frunció el ceño, queriendo saber más. Pero no quería que su hermana montara una escena, ni que se hablara luego de altercados entre ella y Kim. Sus preguntas tendrían que esperar.

Rico ya casi estaba llegando hasta ellas y no quería que discutiera con Kim. Su hermana debía estar pensando lo mismo, porque murmuró algo incomprensible, la besó rápidamente y desapareció.

Rico cerró la puerta de la suite nupcial y Danielle lo observó con los ojos bien abiertos, buscando algo que decir para calmar la tensión que sentía al verse a solas con él. Rico se detuvo a centímetros del sillón donde estaba sentada, se quitó la chaqueta y la arrojó suavemente sobre una silla.

—Tenías razón al pensar que quería más —dijo él rompiendo el silencio de la habitación.

Ella sintió pánico.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella desafiante.

Él se quitó la corbata y la dejó sobre la chaqueta. Danielle dobló sus piernas y se sentó sobre ellas. El suave satén de su vestido nupcial acarició sus piernas, incrementando la sensación de cosquilleo en su piel. Danielle lo miró llevarse la mano al cuello nuevamente y comenzar a desabotonarse la camisa. Ella trató de evitar mirar su bronceada piel y lo miró a los ojos.

—¿Qué crees que quiero? —preguntó él.

El corazón de ella dio un vuelco y se obligó a respirar hondo para controlar sus emociones.

—No precisamente eso, podrías haberlo tenido años atrás —dijo Danielle.

—Eras poco más que una niña entonces. Pero las cosas han cambiado y ya no soy un hombre casado —dijo él.

—No, no es eso lo que quieres. Es... algo más —dijo ella suavemente, viendo que su actitud no correspondía a la de un hombre a punto de sucumbir a la pasión.

—Quiero lo que he perdido —dijo él.

Danielle se puso seria.

—Tienes un puesto en el consejo de Sinco. Y te han devuelto tus acciones. Yo misma me he encargado del papeleo, ¿recuerdas? —dijo ella.

—No es suficiente —dijo él.

—¿Entonces qué más quieres? —preguntó Danielle.

—Quiero un matrimonio real. El lunes por la mañana iremos al Registro Civil y validaremos la ceremonia de hoy —dijo él en un susurro.

Rico quería casarse con ella. Danielle sintió que el corazón se le salía del pecho. ¿Pero por qué? ¿Qué era lo que él buscaba? Ciertamente no era su cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó Danielle.

—Porque quiero un hijo, un heredero —dijo él.

Ella se sintió defraudada. No necesitaba aquel matrimonio falso para recuperar su reputación.

—Me engañaste. ¡Me mentiste deliberadamente! ¿Sabes cuánto me duele eso?
—dijo ella.

—¿Dolor? Yo conozco el dolor verdadero. La clase de dolor que te atraviesa como un cuchillo y se clava en tu corazón hasta que lo único que queda allí es un agujero negro, sin vida y sin sentimientos. ¡Nada! —dijo él hablando suavemente y con la mirada perdida—. Después de que Kim me acusara, no tuve otra salida que dejar el país. Tu padre se aseguró de ello —continuó Rico.

—¿Cómo...? —dijo Danielle deteniéndose al instante, demasiado asustada como para preguntar qué había hecho su padre.

—Tu padre convenció a mi esposa de que yo iría a prisión si se me acusaba, aunque no le hubiese hecho nada a Kim, a menos que entregara mis acciones de la compañía y abandonara el país. No tuve elección y nos fuimos. Un mes después Lucia perdió a nuestro bebé. A los pocos días, se suicidó —concluyó Rico.

Danielle tembló ante la crudeza de sus palabras.

—Tienes que entender a mi padre...

—No. Él convenció a Lucia de que yo iría a prisión y no pudo soportar la idea de estar casada con un convicto que perseguía a jovencitas. Eso la mató —dijo Rico.

Danielle se llevó la mano a la boca.

—Lucia me suplicó que dejáramos Nueva Zelanda, que huyéramos como cobardes, incluso a pesar de que yo quería ir ajuicio, mostrarle al mundo que me habían tendido una trampa. Tu padre me despojó de todo lo que tenía: mi dignidad, mi reputación, mi esposa y mi hijo —dijo él.

El silencio se prolongó. Danielle no sabía qué decir.

—No puedo casarme contigo —dijo ella finalmente.

—¿Porque eres una Sinclair? ¿Una princesa y yo un plebeyo?

Ella lo observó mientras se quitaba la camisa y se quedó sin aliento al ver su bronceado pecho y la fortaleza de sus brazos y hombros.

—No, no quiero casarme con nadie porque... —comenzó ella.

—No te equivoques, princesa. Sólo quiero una esposa durante una temporada —interrumpió él con una agria sonrisa y tiró la camisa lejos de él con una fuerza innecesaria.

Ella quitó sus ojos del pecho de Rico y lo miró a los ojos, esperando que no notara el calor en sus mejillas.

—¿Y para qué quieres una esposa? —preguntó ella.

Lo tenía tan cerca que podía percibir el olor de su piel mezclado con el de su colonia y contuvo el aliento, decidida a no ceder al impacto que él tenía sobre sus sentidos.

– Vas a darme un hijo, a cambio del que yo perdí – dijo él.

Se quedó de piedra, totalmente desconcertada.

– No puedo hacer eso Rico, no puedo casarme contigo – dijo ella pasando una mano temblorosa por sus delgados cabellos.

– Sí que puedes. Y me darás un hijo. Quiero que nazca legítimamente, que lleve el apellido D'Alessio – dijo él.

Capítulo 5

¡Un hijo suyo!

— ¿Es por eso que sugeriste la farsa de hoy? — le espetó Danielle sorprendida de lo lejos que había llegado —. ¿Para poder vengarte?

Por la expresión de los ojos de Rico, supo que había dado en el clavo.

— Así que querías obligarme a darte un hijo — añadió Danielle poniéndose de pie, a punto de romper a reír con amargura —. No tenía nada que ver con protegerme de cualquier monstruo o con que recobrarás tu reputación. ¡Y lo peor es que te creí!

Eso era lo que más le dolía. En el fondo, había confiado en que su ayuda tuviera algo que ver con que sintiera algo por ella. ¡Qué estúpida!

De pronto, otra idea cruzó por su mente.

— ¿Existe de veras ese hombre? ¿O es parte de tu imaginación, un fantasma que haces que nos persiga? — preguntó —. Nunca pensé que pudieras ser tan cruel.

Él la tomó por la muñeca y la hizo volver a sentarse.

— No es mi estilo andar asustando a la gente. No es ningún fantasma, no lo subestimes.

«Nunca subestimes a Rico», se dijo Danielle. Aunque fuera intimidador y peligroso, no le daba miedo. Ni siquiera se molestó en soltarse de él.

— ¿Y la boda? ¿Era parte de tu plan?

Él se encogió de hombros y un mechón de su pelo cayó sobre su frente.

— Está bien, lo admito. La boda era lo más conveniente para llegar a buen fin.

Danielle evitó acariciarle el pelo e ignoró el efecto que el contacto con él le producía, concentrándose en sus pensamientos. Aquella no era una idea que se le hubiese ocurrido en un momento. Lo había planeado con tiempo y había aprovechado la ocasión cuando se le había presentado.

— ¿Cuánto tiempo hace que planeabas esto? — preguntó ella de repente.

— Desde que mi abogado me avisó de que Kim se había retractado. Entonces, tuve que abandonar mi plan inicial.

¡Así que era cierto que lo tenía todo planeado! Ella retrocedió, pero él la sujetó por la muñeca. Aquel ansia de venganza no compensaba la humillación que Rico había sufrido.

— ¿Cómo? — preguntó para hacerle continuar.

— Kim decidió casarse y la bigamia es... un poco difícil.

Había planeado ir tras Kim. Danielle cerró los ojos imaginándose casándose con Kim. Habría arruinado la vida de su hermana. Al menos, Kim estaba a salvo con Bradley. Pero ella...

Al abrir los ojos, ya había tomado una decisión.

—No puedo hacer lo que quieres.

Por fin había escapado al control de su padre y no estaba dispuesta a someterse a las exigencias de otro hombre, especialmente si aquel hombre lo que buscaba era un hijo.

—Si ésa es tu última respuesta, tendré que poner en marcha el plan B —dijo y la soltó.

Danielle se frotó la muñeca.

—¿El plan B? —repitió desconcertada.

—¿Pensabas que no tendría un plan alternativo? —dijo en tono amable.

—¿En qué consiste el plan B?

Rico puso una rodilla al borde del sofá, acercándose a ella.

—Casarme con Kimberly, claro.

—Pero ya está casada. Y tú te has casado conmigo.

—Pero es un matrimonio fingido, ¿o acaso ya no lo recuerdas?

—No puedes casarte con Kim. Ese plan ya lo has abandonado —dijo con el mismo tono de voz pausado que utilizaba para convencer a su hermana de algo.

—Puede que no. Casarme contigo sería más fácil... De hecho a los ojos de los demás, ya estamos casados —dijo mostrando una fría sonrisa.

Danielle sintió un escalofrío y se apoyó en la esquina del sofá, abrazándose las rodillas contra el pecho.

—Pero si no accedes a lo que quiero, no tendré otra opción que ir tras Kim.

—¿Qué vas a hacerle a Kim?

—Terminar con su matrimonio.

¡Por encima de su cadáver! No después de todos los años que había pasado cuidando de Kim y menos ahora que estaba felizmente casada.

—En los últimos cuatro años he ganado el dinero suficiente para el resto de mi vida. Y al morir mi esposa he heredado la fortuna que nunca quise tener. Mientras Lucia vivió, nunca toqué un solo céntimo suyo. Quería que saliéramos adelante por nuestros propios medios, sin la ayuda de su familia. Pero ahora que ya no está, voy a gastar cada céntimo de su herencia en romper el matrimonio de Kimberly con Lester.

Armado con aquella fortuna y su insaciable deseo de venganza, Rico era un arma letal.

—Créeme, Kim no podrá resistirse a los métodos que pretendo usar. La culpabilidad la corroe —dijo e hizo una pausa sacudiendo la cabeza—. ¿Cuánto tiempo crees que podrá resistirse? Como mucho, le doy seis meses.

Era cruel y despiadado. Su ansia de venganza no sólo destruiría el matrimonio de su hermana, sino a Kim también. Tenía que disuadirlo.

—¿Cómo puedes estar dispuesto a hacerlo?

– Ella destrozó mi matrimonio, mi vida sin ningún escrúpulo. Fui expulsado de la empresa de tu padre y del país por culpa de la mentira. No pude impedir que mi esposa perdiera el bebé que esperaba. No pude evitar que los demonios de tu padre la afectaran y murió. Dime ahora si debería tener alguna duda.

Sus ojos brillaban con ira.

– ¿Y si te pudres en el infierno? ¿Acaso eso no te asusta?

– ¿El infierno? – rió – . Ya estoy en él.

Danielle se quedó mirando la frialdad de sus ojos. Había perdido la razón, llevado por aquella ira que excedía de todo lo que había visto en su vida. Así que decidió cambiar de táctica.

– ¿Qué ocurrirá una vez nazca el niño?

Sabía que no le permitiría formar parte de la vida del pequeño.

– Nos divorciaremos y firmaremos un acuerdo por el que la madre ceda todos los derechos sobre el niño.

No podía dejar que aquello le ocurriera a Kim. De pronto consideró la posibilidad de contarle todo a Bradley. No sólo iba tras su puesto en el consejo de Sinco, sino que también quería a Kim. Bradley amaba a Kim y se quedaría destrozado. Todo acabaría en una tragedia. Una tragedia que su propia familia había iniciado.

Rico quería un hijo que enmendara todo el daño que le habían hecho en el pasado y dada su determinación, Danielle dudaba que abandonara su plan. A pesar de su amargura, Danielle podía imaginárselo como un buen padre, cariñoso y atento con el niño.

Sintió lástima por la decisión que había tomado, puesto que el bebé no tendría madre. ¿Cómo podía condenar al pequeño a esa vida?

– Claro que todo eso puede variar si accedes a casarte conmigo legalmente. Mañana mismo – dijo Rico acercándose a ella e interrumpiendo sus pensamientos.

Al instante, su cuerpo la traicionó al percibir la calidez de su aliento junto a los labios. Se estremeció ante la trampa que le había tendido. Maldito fuera. Los había manipulado a todos: a su padre, a David, a Ken,... incluso a ella.

Y maldito fuera su cuerpo también por desearlo de aquella manera.

Danielle ladeó la cabeza. Si se casaba con él, le haría el amor y entonces... Su corazón dio un vuelco. La solución la sobresaltó. Era así de simple. Tenía la posibilidad de manipularlo a su antojo. ¿Sería capaz de hacerlo?

La oportunidad de descubrir lo que se sentía al hacer el amor con un hombre, algo que había deseado durante tantos años, se le presentaba ahora en bandeja. Rico quería una esposa provisional. Si seguía esperando toda la vida, quizá nunca se le presentara una ocasión como aquella.

Así que, ¿por qué dudaba?

Ella era la más inocente de todo aquello. No debía sentir escrúpulos por aprovecharse de él. Podía salvar el matrimonio de Kim, a la vez que disfrutar mientras pudiera. Había una cosa de la que sí estaba segura y era de que Rico D'Alessio debía de ser una bomba entre las sábanas.

Pero no quería que pensara que era fácil de convencer. Lentamente, soltó sus piernas y apoyó los pies en el suelo.

— ¿Y si no soporto que me toques?

Se sintió ridícula al hacer aquella pregunta y levantó la barbilla.

— No creo que ése sea problema alguno, princesa.

— ¿Me forzarás?

La mirada de Rico se tornó gélida.

— No será necesario. A pesar de las acusaciones, la violación no ha sido nunca algo de mi estilo.

Alargó la mano y acarició la mejilla de Danielle lentamente, hasta llegar a sus labios.

— Estos labios reaccionarán ante mis besos, lo sabes tan bien como yo. Así que dejemos de disimular — dijo colocándose a su lado.

Danielle sintió que su cuerpo comenzaba a arder.

— ¿Qué haces?

— Quiero mostrarte que no me encontrarás repulsivo. Deja que coloque mi boca junto a tus labios, en lugar de mis dedos.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Asustada, colocó las manos contra el pecho desnudo de Rico.

— Déjalo. No necesito ese tipo de persuasión. Me casaré contigo.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. Rico se separó de ella.

— ¿Me darás el hijo que quiero?

Ella se quedó pensativa y tras unos instantes asintió.

— Con una condición: mañana iremos a firmar un acuerdo en el que te comprometas a no ir nunca tras Kim.

— Eso nunca serviría ante un tribunal.

Danielle lo miró. Sus ojos transmitían resolución y pasión.

— Lo sé, pero por extraño que parezca, creo en tu palabra.

Danielle se estremeció. Seguramente tampoco tendría ningún valor una vez descubriera su engaño, pero ése era un riesgo que tenía que correr.

En medio del bullicio y ajetreo de la calle Queen de un lunes por la mañana, frente a la puerta del Registro Civil, Danielle pensó que siempre había imaginado que el día de su boda sería un sábado. Aquella triste ceremonia ante un funcionario público había estado muy lejos de lo que había soñado.

—Muy bien, señora D'Alessio. ¿Qué le parece si comemos para celebrarlo? — sugirió Rico.

—Tengo que volver al trabajo. Ya llevo dos horas fuera.

Además de casarse, habían ido a un despacho de abogados a firmar el acuerdo prematrimonial. Las cláusulas del mismo habían sorprendido al propio Darien Steele, el abogado. En el último momento, Rico había intentado incluir algunos detalles.

Darien Steele había intentado convencerla de que los aceptara, mientras ella pensaba que con aquel dinero que le ofrecía, trataba de aplacar la culpabilidad que sentía. Por supuesto que había rechazado el ofrecimiento de Rico, así tendría que vivir con los remordimientos. Por su parte, había mantenido los términos de lo convenido: un hijo como venganza. En cuanto a Rico, él prometía dejar a Kim en paz y salir de su casa en cuanto ella se lo pidiera. Así las cosas quedaban claras.

—Una boda merece una celebración —dijo Rico sonriendo, haciendo que su pulso se acelerara en contra de su voluntad—. Me he tomado la libertad de decirle a Cynthia que me iba a comer con mi esposa, a la vista de que tendríamos que posponer nuestra luna de miel hasta que estuvieras menos ocupada. He reservado una mesa. Te mereces tomarte un rato libre.

Rico tenía razón. Estaba cansada. Quizá así podrían tener una tregua. Después de todo, iban a vivir juntos y a intentar tener un...

Su respiración se aceleró al imaginar determinadas escenas eróticas que podrían producirse más tarde.

—Tienes razón —dijo con voz seductora—. Vayamos a comer.

Danielle pensó que la iba a llevar a Sergio's, un restaurante italiano muy exclusivo o a algún francés. Sin embargo, se sorprendió cuando comprobó que la había llevado a un japonés.

—Prueba esto —le dijo Rico ofreciéndole un trozo de sushi.

Danielle lo tomó de su mano para evitar que sus dedos rozaran sus labios. La sensación de aquel sabor explotó en su boca y cerró los ojos disfrutando. Al abrirlos de nuevo, vio que él la estaba mirando con una extraña mueca.

—¿Qué ocurre?

—Me gusta estar con una mujer a la que le gusta la comida. Nunca imaginé que tuvieras tanto apetito.

—Voy a acabar poniéndome gorda.

—¡No! Nunca te arrepientas de comer con tanta pasión. Es que nunca imaginé que fueras tan... reprimida.

¿Por qué se le había ocurrido aquella palabra? ¿Acaso había oído los rumores que la calificaban como frígida y por los que la llamaban reina de hielo?

Apartó la mirada y parpadeó repetidamente mientras sentía un nudo en la garganta.

—Me recuerdas a mi hermana pequeña, ella también come así.

Lo miró y comprobó que no se estaba burlando de ella. Nunca antes le había hablado de su familia. Siempre se había mostrado reservado.

—¿Tienes hermanas? —preguntó inclinándose hacia delante—. ¿Cuántas? Háblame de ellas.

—Tengo dos hermanas. Claudia, de veintisiete años, tres menos que yo. Está casada con un australiano, tiene una hija y está embarazada de su segundo hijo. Vive en Melbourne. Bella es la pequeña de la familia. Tiene veintidós años y vive con mis padres en Milán.

¿Cómo se habrían sentido al ser interrogados por la policía? Su hermana pequeña tenía la misma edad que ella, así que cuatro años atrás, tendría dieciocho. ¿Lo habrían creído culpable? El comportamiento de Kim debía de haberlos afectado a todos.

Danielle se quedó mirando el plato. De repente, había perdido el apetito ¿Lograría alguna vez asumir el daño que se le había causado a Rico? Y lo que era más importante, ¿sería capaz de perdonarlo por elegirla como cabeza de turco por los actos de su familia?

Mucho se temía que no.

Cuando volvieron a la oficina, Cynthia ya se había ido y había un puñado de mensajes esperando a Danielle. Aquello significaba que no se irían pronto y suspiró.

A través del despacho de Cynthia vio el perfil de Rico y volvió la cabeza rápidamente antes de que pudiera verla observándolo.

Tenía una pila de cuestionarios frente a ella. Varios miembros de la plantilla habían hecho algunos tests y tenía que revisar los resultados antes de reunirse con ellos para planificar sus cometidos.

Rico, su ahora marido, era una distracción que no podía permitirse. Durante la siguiente media hora, Danielle se las arregló para revisar documentos. Sin Cynthia en la oficina, reinaba el silencio.

A cada rato, Danielle se reclinaba en el respaldo de su silla para desentumecer los músculos de sus hombros, síntoma de la tensión que sufría. Atravesó el despacho de Cynthia, tratando de no reparar en que las manos de Rico estaban sobre el teclado del ordenador.

—¿Adónde vas?

Dándole la espalda, puso los ojos en blanco.

– Al final del pasillo.

– ¿Adonde exactamente?

– Al cuarto de baño.

– Te acompaño – dijo junto a ella.

No lo había oído moverse. Se giró y lo vio a su lado.

– Esto es ridículo, Rico.

– No, no lo es. Es una simple medida de precaución. Es tarde y el edificio está vacío

– De acuerdo, como quieras – dijo avanzando por el pasillo, consciente de que caminaba detrás de ella.

Todos los despachos estaban vacíos.

Al abrir la puerta de los servicios, Rico la tomó por el codo.

– Déjame echar un vistazo – dijo soltándola.

Sólo después de comprobar que no había nadie más en las cabinas, la dejó entrar.

– Esta puerta se queda abierta – añadió y Danielle suspiró—. Me quedaré esperando.

Danielle se dirigió a la última cabina y cerró la puerta.

Cuando Danielle salió del cuarto de baño, Rico estudió su rostro, divertido.

– Te acompañaré a tu despacho – dijo con ironía.

Mientras caminaba detrás de ella por el pasillo, se percató de lo bien que le sentaba el traje marfil que llevaba, cómo resaltaba su trasero y sus caderas, reparando en sus largas y esbeltas piernas. Deseaba alargarse la mano y acariciar su trasero. Sonrió. Aquella no era una buena idea, teniendo en cuenta que estaba molesta con él.

En lugar de ello, hundió las manos en los bolsillos y reparó en los zapatos de tacón de Danielle, que alargaban sus piernas.

Frustrado, sacudió la cabeza. Ni siquiera sus pies podían distraerle de la sensualidad que toda ella rezumaba.

– ¿Me estás siguiendo?

Su elegante forma de caminar se había detenido. Se había dado la vuelta y lo miraba enfadada.

– He de tenerte vigilada, ¿recuerdas? – dijo tratando de controlar el creciente deseo que sentía en su interior.

Su reacción era exagerada. Aquel comportamiento se debía a años de forzada abstinencia, puesto que Danielle Sinclair no era la clase de mujer por la que se sintiera atraído.

Su fría mirada lo dejó paralizado.

Aunque no era precisamente frío lo que transmitían sus ojos. Rico sintió un irrefrenable deseo de tomarla entre sus brazos.

—Estás invadiendo mi espacio —dijo ella con su voz sensual.

Lo estaba provocando a propósito.

—Confía en mí. Me estoy manteniendo alejado de tu espacio personal —dijo él tratando de sonar divertido.

—¿A esto llamas mantener las distancias? —preguntó ella arqueando las cejas y midiéndolo con la mirada el espacio que los separaba.

Tenía razón. Desde donde estaba podía advertir la suavidad de su piel y reparar en cada una de sus largas pestañas. Pero en lugar de admitirlo y separarse, un impulso primitivo lo hizo aceptar el reto de su mirada y acercarse a ella hasta que sus caderas se rozaron.

La expresión de sus ojos se volvió confusa.

—Princesa, ahora, sí que diría que estoy invadiendo tu espacio.

—D'Alessio —dijo con un tono de advertencia en su voz—. Estás en mi cara.

—¿En tu cara? No, todavía no, princesa. Pero eso puede cambiar.

Sin esperar una respuesta, inclinó la cabeza y la besó en los labios.

Rico ahogó su grito y aprovechó que separaba los labios para introducirle la lengua en la boca. La adrenalina se apoderó de él. Apoyó las manos en el escritorio y estrechó sus caderas contra las de ella.

Ella gimió y lo agarró por los hombros. Rico dejó de pensar y se dejó llevar por las sensaciones, haciéndola tumbarse sobre la mesa. Enseguida se colocó sobre ella, con el muslo separando sus piernas. Apoyó su peso sobre los codos para no aplastarla y continuó besándola con urgencia.

Ella le devolvía el beso con una pasión que nunca hubiera imaginado tras la fría actitud que mostraba al mundo.

Sin poder detener el creciente deseo que ardía en él, cerró los ojos y se dejó llevar mordiéndole los labios con desesperación. Su cabeza empezaba a darle vueltas. Obligándose a calmarse, continuó besándola por la mejilla, bajando hacia la delicada piel de su cuello.

Separándose un poco, comenzó a desabrocharle los botones de la chaqueta, dejando al descubierto la camisola de seda que llevaba.

Era preciosa y muy femenina, con aquella delicada piel y sus finos huesos. Apoyó la mano sobre su palidez. Hacía mucho tiempo que no tocaba la piel de una mujer.

La tensión se acumuló en él, mientras contenía la ansiedad y se concentraba en la mujer que tenía al lado. Acarició el suave material de su ropa imaginando qué se sentiría al rozar su piel.

Apartó la camisola y abrió el sujetador, observando con ansia sus pechos. Se inclinó y lamió uno de aquellos provocativos pezones. Ella dejó escapar un gemido y arqueó su cuerpo contra el de él.

Rico deslizó una mano hacia la parte inferior de sus cuerpos y la metió bajo su falda, comenzando a jugar con el valle que había entre sus muslos. Deseaba tocarla allí donde estaba más caliente y sentir su humedad.

Danielle se retorció y la falda se abrió. Él se apartó liberándola de su peso e, incapaz de resistirse, se quedó observándola.

El encaje blanco cubriendo sus partes más íntimas fue como un jarro de agua fría. De pronto tuvo recuerdos de una ropa interior y sus pensamientos se convirtieron en torbellinos.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Se enderezó, se pasó una mano por el pelo y evitó mirarla a los ojos.

— ¿Por qué te detienes? — preguntó con voz entrecortada —. Creí que querías...

Incapaz de responder, respiró hondo varias veces antes de hablar.

— ¿No tienes protección?

Rico dejó escapar un extraño sonido. ¿Para que necesitaba protección? Hacía años que no deseaba a una mujer. Un estremecimiento lo sacudió mientras observaba la mujer que estaba sobre la mesa.

Cuando por fin levantó la mirada y se encontró con sus ojos, la tristeza que vio en ellos le hizo sentir un nudo en la garganta. Tragó saliva.

No había imaginado tanta pasión. Era más de la que nunca había sentido. Hasta entonces, siempre había llevado el control, pero esta vez lo había perdido. Era ella quien controlaba la situación, parecía saber exactamente lo que quería. No había ni rastro de la fría mujer con la que trabajaba y no estaba seguro de poder asimilar aquel cambio.

¿Podría seguir adelante con su plan de venganza? Por primera vez, las dudas lo asaltaron.

Ella no era Lucia. El pánico se apoderó de él. De repente, aquello ya no tenía que ver con un asunto de procreación o de venganza. Tenía que admitir que había traicionado la memoria de su difunta esposa. Maldita fuera. Debía de estar desesperado.

Lo último que esperaba que ocurriera era que Danielle Sinclair lo excitara.

Capítulo 6

—¿Rico?

Danielle se separó del escritorio que tenía contra su espalda y lo rodeó por el cuello. Por unos segundos, Rico se resistió y ella pensó que todo estaba perdido. Entonces, él suspiró y acercó su cara, haciendo que su corazón latiera con fuerza. En el último momento, él hundió el rostro en el hombro de Danielle, evitando el beso que ella quería darle.

—Claro que no necesitamos protección, ¿verdad? —suspiró Danielle, tratando de mostrarse seductora—. Todo este asunto es sobre un niño, ¿no es cierto?

Al comprobar que el cuerpo de Rico temblaba, se sintió culpable de su mentira. Ignorando aquella sensación, levantó la cabeza. Desde su posición, no podía ver sus ojos, tan sólo sus párpados, sus largas pestañas y la tensión de sus mejillas. Aun así, podía sentir su angustia. ¿Estaba teniendo dudas? Por un momento, sintió empatía hacia él, pero luego se puso tensa. Sus motivos no eran sinceros. La había usado.

Si se apartaba ahora, nunca le haría el amor, por lo que nunca sabría si...

No podía dejar que eso pasara.

Rico era su oportunidad para recuperar los años que había perdido. Él era diferente, ¡era su marido! Una extraña sensación de orgullo se apoderó de ella.

Tenía que controlarse. No podía sentirse atraída o dependiente de Rico. Se mordió el labio. Su matrimonio no tenía vocación de perdurar. Las semillas de la destrucción ya habían germinado y si llegaba a descubrir la verdad...

La verdad. Se quedó mirando fijamente la sombra de la barba de sus mejillas. En cuanto se enterara, su matrimonio estaría acabado. Pero al menos, algún día tendría recuerdos a los que aferrarse cuando lo único que le quedara fuera la dirección de Sinco.

Atraída por la necesidad de tocarlo, le acarició el rostro.

—Venga, no tenemos un momento que desperdiciar.

Su cuerpo se puso rígido y entonces se levantó, apartándose de ella. Danielle retiró la mano y, de repente, se sintió muy sola.

—Por extraño que parezca, no puedo hacer esto —dijo él dándole la espalda—. Todavía no.

Se sintió dolida. ¿Acaso no le resultaba deseable? No, se negaba a creerlo. Le había visto ardiendo en deseos por ella. Tan pronto la había arrancado la ropa, besándola como si no pudiera controlar su impulso sexual, como apartándose de ella en silencio.

—¿Quieres decir que no quieres hacer el... —comenzó a preguntar, pero se detuvo, cambiando las palabras—, tener sexo conmigo?

Él se giró y curvó los labios. Danielle adivinó un brillo de repugnancia en sus ojos.

— ¿De veras quieres hacerlo aquí, en tu oficina? ¿Sobre el escritorio? — preguntó mirando a su alrededor — . Podemos ser interrumpidos en cualquier momento por los encargados de la limpieza.

— Podemos cerrar la puerta con llave — sugirió, dibujando una pícaro sonrisa en su rostro.

La imagen de ambos retozando sobre el escritorio, la hizo sonrojarse, haciendo desaparecer la excitación y el ansia que habían florecido en su interior. Hacía que aquello parecía muy sórdido.

Rico no le devolvió la sonrisa.

Lentamente, Danielle se incorporó y se bajó la falda.

— No importa — dijo en un intento desesperado de recuperar la normalidad — . Sólo ha sido un beso.

Incluso mientras las decía, sabía que aquellas palabras eran una gran mentira. Había sido algo más que un beso, pero no estaba dispuesta a admitirlo ante Rico y menos mientras la miraba como si fuera una completa desconocida y no la mujer con la que se había casado ese mismo día.

Mientras se abotonaba la chaqueta con manos temblorosas, se bajó del escritorio.

«Hey, ¿te acuerdas de mí?» — deseó decirle — . «Soy Danielle Sinclair, la mujer a la que intentaste dejar embarazada».

Pero se lo pensó mejor. No hacía falta recordarle a Rico quién era ella. Todavía vestía el mismo traje que se había puesto ante el oficiante y la alianza que le había puesto en su dedo esa misma mañana, junto al anillo que le había regalado el sábado.

Pero todo había cambiado. Bajo su chaqueta, sus pezones estaban tensos y duros y su sujetador desabrochado. Y Rico, bajo aquella máscara de desprecio, parecía afectado y tenía el cabello revuelto por donde se había pasado las manos.

— Rico — dijo poniéndole la mano sobre el hombro — . ¿Qué ocurre?

Por unos instantes, él no se movió. Luego, dejó caer la cabeza y rió con amargura, mientras todo su cuerpo se agitaba.

— Confía en mí, no lo entenderías.

Ella respiró hondo.

— Quizá debieras confiar en mí. Cuéntame qué es lo que te preocupa.

Silencio.

— No puedo confiar en ti — dijo al cabo de unos segundos, dejando caer los brazos a los lados.

Aturdida, retiró la mano de su hombro y se apartó. No le sorprendían sus palabras, aunque no esperaba sentir aquel dolor. Pero en el fondo, tenía razón en no confiar en ella.

— ¿Porque soy una Sinclair?

Él ignoró aquella pregunta desafiante.

—Si confiara en ti... —dijo haciendo una pausa—, sería una traición.

Danielle se quedó mirando cómo apretaba sus muslos con las manos, tratando de luchar contra lo que estuviera pensando.

—¿Por qué?

—Demonios, es en mí mismo en quien no puedo confiar —dijo levantando la cabeza—. ¿En qué estoy pensando? ¿En acostarme con una Sinclair?

Sus ojos transmitían una mezcla de sentimientos. Danielle reconoció la ira, el recelo y algo ardiente y pasional. Sus palabras volvieron a golpearla y una segunda oleada de dolor invadió su cuerpo. Pero se negaba a mostrarse enojada ya que sospechaba que ésa era su intención.

—¿Quieres decir que quieres que lo intentemos de otra manera?

—¿De otra manera?

—Hay algunos procedimientos médicos, ya sabes. No tienes por qué tocarme.

¿Por qué estaba sugiriendo aquello? Quería hacer el amor con él, quería sentirse como una mujer de verdad. El procedimiento médico lo echaría todo a perder.

Por unos instantes, él se quedó pensativo mientras esperaba tensa su respuesta. ¿Daría por terminado todo aquel plan? ¿O acaso le resultaba tan repugnante que prefería la opción médica para evitar tocarla?

Los segundos pasaron.

—¡No! Quiero estar seguro de que el niño sea mío, que sea un D'Alessio —dijo con mirada endurecida—. Quiero que el mundo, especialmente tu padre y tu hermana sepan exactamente cómo se llevó a cabo la concepción.

Así sería una venganza pública. Nada le proporcionaría más satisfacción que eso. Aquello le produjo un dolor más intenso de lo que nunca había experimentado. Incluso más que...

No, mejor sería que no pensara en eso. Danielle apartó la mirada, decidida a no mostrarse débil ante él. Rico tenía facilidad para herirla.

Pero no estaba dispuesta a dejar que descubriera el poder que tenía sobre ella. Recuperando la compostura, decidió que no se merecía su compasión. Pasara lo que pasase, Rico no la tendría.

Danielle no rompió el silencio en todo el camino de vuelta a casa. Cansada, se concentró en la carretera, comprobando una y otra vez el retrovisor, aminorando la velocidad en ocasiones y pasando de un carril a otro, tal y como Rico le había enseñado. Mirándolo por el rabillo del ojo, vio que Rico comprobaba a través del espejo del pasajero, si les estaban siguiendo. Giró en una calle estrecha de Newmarket, después de mirar a un lado y a otro, tomó el camino de entrada a la

estrecha y esbelta casa de dos plantas. Tras apagar el motor, sólo se oyó el sonido de la puerta del garaje mientras se cerraba.

Un completo silencio se hizo entre ellos. Danielle se quedó a la espera de que Rico dijera algo. Pero al ver que no lo hacía, contuvo un suspiro y salió.

El garaje tenía un acceso directo a un vestíbulo que daba a la cocina. Rico la siguió al interior de la casa. Danielle sabía que Rico había estado allí la semana anterior para echar un vistazo al lugar. Había ordenado incrementar las medidas de seguridad antes de mostrarse satisfecho. Su ropa estaba colgada en el dormitorio principal. Parsons, el hombre de confianza de su padre, se había encargado personalmente de hacer el traspaso de sus propiedades y de entregar un maletín a Rico.

Parsons había comentado que el mobiliario era muy escaso y Danielle había accedido a elegir los muebles del dormitorio y del salón de estar de un catálogo. Como Rico había insistido en que el suyo fuera un matrimonio real, había elegido una cama de matrimonio enorme, con el propósito de que hubiera mucho espacio entre Rico y ella.

Había sido entretenido tomar tantas decisiones y eso la había ayudado a contener el inesperado sentimiento de culpabilidad. Era su casa y no la de Rico. No había tenido que consultarle nada puesto que su estancia allí sería temporal. Aun así, había decidido dejar de comprar por catálogo y salir a gastar dinero durante el fin de semana.

Dejó las llaves del coche, dejó su maletín y se dirigió a la nevera. La había dejado llena el viernes antes de la falsa boda, aunque lo cierto es que le había parecido una ceremonia real. Estaba hecha un lío. Ya no sabía distinguir entre la realidad y la fantasía.

Sacó una bandeja de lasaña congelada, retiró el envoltorio y la metió en el horno. Rico estaba comprobando los cierres de las ventanas y oyó sus pasos mientras recorría el salón.

Rápidamente, puso la mesa. Cinco minutos más tarde, Rico regresó a la cocina y Danielle le dio una botella de vino y un sacacorchos.

— ¿Necesitas ayuda, princesa?

Ella sintió alivio al oír su voz calmada. Por una vez, el que se dirigiera a ella como princesa no le molestaba. Al menos, volvía a hablarle después de aquel beso.

— Puedo abrir la botella. Es sólo que pensé que te gustaría hacer algo útil.

— Ah.

¿Se habría dado cuenta de que todo aquel asunto de la seguridad la estaba poniendo nerviosa? Por no mencionar la espiral de tensión que su cercanía le provocaba. Una copa de vino la ayudaría a relajarse y crearía una agradable atmósfera entre ellos. La noche anterior la habían pasado en una suite del hotel San Lorenzo y habían pasado el día trabajando como siempre. Aquella noche sería la primera que pasaran juntos en casa, como cualquier matrimonio normal y eso la incomodaba.

Rico le entregó una copa y rápidamente dio un sorbo, sintiendo la calidez del vino. Le sonrió y al ver que le devolvía la sonrisa, Danielle comenzó a relajarse. Todo iba a salir bien.

Cuando la alarma del horno sonó, sacó la lasaña, la sirvió en dos platos y colocó uno de ellos frente a Rico.

— ¿Qué es esto? — preguntó él frunciendo el ceño.

— Lasaña.

— No — dijo él escarbando en la comida con el tenedor, mientras sacudía la cabeza en sentido negativo—. Lo llames como lo llames, te aseguro que esto no es una lasaña. Ya te prepararé una para que veas la diferencia.

— ¿Sabes cocinar? — dijo Danielle mirándolo como si fuera un extraterrestre recién llegado de otro planeta.

Su padre ni siquiera sabía freír un huevo.

— Claro.

Sonrió. Debería de haber adivinado que Rico D'Alessio sabría cocinar. Se le daba bien hacer cualquier cosa. Su orgullo así se lo exigía.

— Bueno, ahora mismo no hay otra opción. He cocinado yo. Puedes comértelo o morirte de hambre.

— Yo no llamaría cocinar a meter un trozo de cartón en el horno.

— Ya me enseñarás lo que es cocinar — dijo ella amablemente—. Siempre me ha gustado ver los programas de cocina y ahora tengo un chef para mí sola en mi propia casa.

Él le dirigió una mirada que podía haberla fulminado en el acto. A continuación, partió con el tenedor un trozo de lasaña y se lo metió en la boca. Una expresión de sorpresa apareció en su rostro.

— ¿Qué tal está?

Él asintió.

— No tan mal como esperaba. Pero si mi madre se entera de que estoy comiendo esto, me deshereda.

— Tu madre vive en Italia, ¿verdad?

Él afirmó con la cabeza.

— ¿Cómo es que acabaste en Nueva Zelanda?

Rico se encogió de hombros.

— Fui miembro del ejército y mientras estuve destinado en Afganistán, hice algunos amigos de Nueva Zelanda, que me hablaron muy bien de su país. Vine a hacer una visita y conocí a Lucia. Cuando llegó el momento de regresar, decidí quedarme. Lo siguiente que supe es que me había casado y alguien me presentó a tu padre y conseguí un trabajo. Ésa es la historia de mi vida.

– Sí, claro – dijo ella sin dar crédito a sus palabras.

Rico era un fascinante y misterioso puzzle, cuyas piezas tenía que encajar.

Después de cenar, él bostezó.

– Hora de meterse en la cama.

Danielle se puso de pie, nerviosa.

– Ve tú primero. Hay algo que quiero ver en el ordenador. Enseguida subiré.

– ¿Vas a comprobar tu correo electrónico?

– ¡No! – dijo Danielle convencida de que Rico esperaría a que leyera sus mensajes –. Tan sólo quiero echar un último vistazo al informe.

No tenía por qué hacerlo, pero necesitaba una razón para retrasar su marcha a la cama. Si podía, no se acostaría hasta que él estuviera dormido.

– Está bien, te haré compañía.

No quería que Rico se quedara con ella, pero no podía hacer nada por impedirlo.

– Subiré el ordenador portátil.

Eso le daría una razón para estar ocupada, antes de que la habitación quedara a oscuras.

Rico la siguió escaleras arriba y, de repente, volvió a hacerse un incómodo silencio entre ellos.

Danielle dejó el ordenador en la cama y tomó su camisón. Luego, se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta. Respiró hondo y trató de calmar los nervios. Más calmada, se quitó la ropa y se metió en la ducha.

Después de secarse, se puso el camisón de seda y volvió al dormitorio. Rico estaba de pie junto a la ventana, a oscuras y no se giró al oír la puerta.

– Hace una noche preciosa. Hay luna llena.

– A ver deja que me asome – dijo ella atravesando la habitación.

– Ten cuidado. Recuerda lo que te dije. Nunca te pares en medio de la ventana. Quédate a un lado y ocúltate tras las cortinas. Eso difuminará el contorno de tu cuerpo y hará más difícil que puedan hacer diana.

Danielle se colocó junto a él. Fuera, la luna brillaba sobre el mar. Era tan grande que parecía poder rozarla con tan sólo alargar la mano. Además, se adivinaba el perfil del volcán de la isla Rangitoto.

– Por eso me gusta este sitio. La naturaleza, el espacio, parece parte del paraíso. Lo he echado mucho de menos.

Su voz era apenas un susurro. Danielle era consciente del romanticismo de aquella cálida y oscura noche. Percibió el olor de Rico y su corazón se detuvo.

Lentamente, lo tomó por el brazo. Su piel era firme y cálida y sintió un cosquilleo al rozarla.

– Me alegro de que hayas vuelto.

Rico se quedó quieto. Después de unos segundos, dejó escapar el aire.

– Ha sido un día muy largo. Necesito darme una ducha. Trata de dormir, ¿de acuerdo?

Danielle se sintió rechazada. Habría preferido que le hubiera dicho a las claras que se durmiera antes de que volviera, para que así no le molestara.

Capítulo 7

— ¿Qué es esto? — preguntó a Rico en la mañana del sábado siguiente.

Sintió un nudo en su estómago al recordar el contenido del último sobre que le había llegado.

— Tranquila — dijo tomándola de las manos.

Con curiosidad, tomó el sobre y sacó una carpeta con el membrete de un banco. Dentro había un puñado de billetes, una chequera, una tarjeta de crédito y algunos folletos publicitarios. Se quedó mirando el contenido como si se tratara de un nido de serpientes.

Se obligó a introducir la mano y sacó la tarjeta de crédito.

— Danielle D'Alessio — leyó y acarició el trozo de plástico, sintiendo que el corazón se le encogía al ver su nombre junto al apellido de Rico—. No necesito todo esto — dijo levantando la mirada.

— ¿Por qué no? Eres mi esposa — dijo él arqueando las cejas.

¿Acaso era dolor lo que reflejaban sus ojos? No, eso era imposible, se dijo Danielle. Nada de lo que hiciera o dijera podría nunca molestar a Rico D'Alessio.

— Soy una esposa temporal, no una esposa de veras.

— Estamos casados.

— Pero no por las razones por las que deberíamos estarlo.

Le había dejado bien claro cuáles eran sus sentimientos hacia ella. Siempre se metía en la cama cuando ya dormía y se levantaba antes de que se despertara.

Danielle se quedó pensativa.

— Y aunque lo estuviéramos, no creo que aceptara todo esto — concluyó.

— No te entiendo — dijo él.

— Pues deberías.

Él echó la cabeza hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada.

— ¿Qué demonios significa eso?

— Me dijiste que no quisiste el dinero de tu esposa cuando estaba viva, que quisiste conseguirlo por tus propios medios. Tenías tu orgullo — dijo poniéndose de pie—. Bien, pues yo también tengo mi orgullo. Necesito tener mi independencia. Mi padre siempre me ha dado lo que he querido, pero siempre he tenido que pagar un alto precio por ello.

Rápidamente, guardó la tarjeta, el dinero y los folletos en la carpeta y se la entregó.

— ¿Y crees que yo haría lo mismo? ¿Que usaría el dinero para retenerte?

— ¿Acaso no lo harías? — dijo ella arqueando una ceja.

— ¡Nunca!

– Digamos que ya me has puesto suficientes ataduras.

Él se quedó en silencio mirando la carpeta. Tras unos segundos, levantó la mirada.

– Considéralo desde mi perspectiva. Estoy viviendo en tu casa. Te ocupas de comprar la comida y has hecho que Parsons se ocupara de encargar los muebles. No pago gasto alguno. Básicamente, soy un hombre mantenido. Y esto – dijo agitando la carpeta –, me hace sentir mejor.

¿Un hombre mantenido? A su orgullo, eso no debía de gustarle nada. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

– Comprendo tu dilema. Te propongo una cosa. Tú te quedas con la chequera y el dinero y yo me quedo con la tarjeta. Cada mes la usaré hasta un límite determinado, como si fuera una renta, ¿de acuerdo? – propuso y dio una cifra.

Al ver que estaba a punto de rebatirle, Danielle subió la cantidad a fin de satisfacer su orgullo masculino.

– Eres toda una cabezota, bajo esa apariencia tan dulce – dijo con tono amable, mientras sacaba la tarjeta de crédito y se la entregaba –. Pero yo también he tomado una decisión y voy a llevarla a cabo. Voy a comprar algo para la casa.

Danielle asintió. Si él podía transigir, algo que siempre había dudado que pudiera hacer, ella también podría.

El sábado pasó en un suspiro.

De vuelta de Newmarket, el centro de compras de Auckland, Rico tenía que admitir que se lo había pasado bien eligiendo junto a Danielle una alfombra para el salón, unos floreros con brillantes estampados y comprando una gran mesa de roble, similar a la que tenían sus padres en la cocina. En aquella mesa había aprendido recetas de su madre, había hecho los deberes junto a sus hermanas y había visto a su padre leer el periódico por las noches.

Al llegar a casa, comprobó los alrededores antes de que Danielle se bajara del coche y entrara. Se dirigió al salón, donde se quitó los zapatos y se sentó en el sofá con las manos llenas de paquetes.

– Los pies me están matando – dijo riendo, al ver que Rico hacía aspavientos, exagerando el peso de las bolsas que llevaba.

– Las mujeres no sabéis parar de comprar – dijo él haciendo una mueca –. ¿Quieres que te traiga algo para beber?

– Sí, algo frío, por favor.

– Tus deseos son mis órdenes.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rió.

– Así me gusta.

Por un momento, se quedó sin habla llevado por su energía y vitalidad. Le gustaba oírla reír. Tras unos instantes, salió de su ensimismamiento y se dirigió a la cocina.

Al volver, le entregó un vaso grande lleno de un líquido color verdoso.

—Prueba esto.

Se sentó junto a ella, con su muslo rozando el de ella y una agradable y reconfortante sensación lo invadió al sentir la calidez de su cuerpo. Sin reparar en sus actos, tomó su mano y la rodeó con la suya.

—Está muy bueno —dijo ella después de dar un largo trago a la bebida—. Háblame de Lucia. ¿Cómo os conocisteis?

Estaba tan relajado, que se estremeció ante aquella inesperada pregunta.

—En una fiesta de la embajada. Yo me encargaba de la seguridad y ella estaba allí con una amiga. Era italiana y eso nos unió. Le pedí una cita y ella aceptó. Cuando descubrí quién era, ya fue demasiado tarde.

Se detuvo recordando la discusión que tuvo con Lucia cuando descubrió que era miembro de la poderosa familia de los Ravaldi. Herido en su orgullo, había intentado cortar la relación, pero ella se resistió, diciendo que estaban enamorados y que debían casarse. La preciosa y temperamental Lucia, a la que había amado con locura.

—Nos casamos a las seis semanas de conocernos. Su familia vino hasta aquí para la boda. Pero... —se detuvo y dirigió una extraña mirada a Danielle—, ya sabes que soy un hombre muy orgulloso. Estaba decidido a seguir viviendo en Nueva Zelanda y continuar trabajando. Mi esposa no iba a mantenerme. A veces mi carácter sacaba de quicio a Lucia.

Al final, se comprometieron. Ella usó su dinero para comprar ropa y otros caprichos femeninos, pero vivieron en un apartamento que él alquiló y que pagaba con su sueldo.

—Así que ya estabas casado cuando empezaste a trabajar con mi padre. Debíais de ser muy jóvenes los dos.

—Tenía veintiún años cuando conocí a Lucia. Ella tenía ocho años más. Yo estaba encantado de que aquella mujer tan sofisticada me encontrara atractivo —dijo sonriendo con tristeza al recordar lo halagado que se había sentido.

La expresión del rostro de Danielle era indescifrable.

—No me sorprende que llamasas su atención —dijo ella con un brillo pícaro en los ojos y de repente, sus facciones se transformaron—. Aunque tan sólo fueras un chiquillo.

—¿Un chiquillo? —dijo Rico tratando de mostrarse molesto, aunque le fue imposible al ver su mirada—. ¿Quién es el chiquillo? Era tan sólo uno o dos años más joven de lo que tú eres ahora —añadió sonriéndola.

Al ver que le devolvía la sonrisa, se sintió el hombre más feliz del mundo. Aquella muestra de afecto lo agradaba. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie de Lucia. Era como si una enorme barrera se hubiera venido abajo.

Con su mano libre, Danielle tomó la copa. Rico observó cómo se movía su garganta al tragar el zumo y continuó bajando la vista por el escote hasta el primer botón de su vestido. Al sentir la tensión en aumento, se obligó a no apretar con tanta fuerza la fina mano de Danielle.

Aquella tela resaltaba sus pechos...

Apartó la mirada. Era atractiva, agradable, considerada y divertida.

Dejó de reparar en sus virtudes y sencillamente admitió que le gustaba, que había pasado un buen día y que se había divertido como hacía años que no lo hacía.

Y eso le preocupó.

Porque todo aquello no tenía nada que ver con pasarlo bien. Se había puesto una meta que nunca conseguiría si continuaba sintiéndose culpable cada vez que Danielle mostrara una sonrisa. Lo que tenía que hacer era vengarse.

Su padre se estaba muriendo. Rico era el último D'Alessio. Le había prometido a su padre junto a la cama del hospital que temía fuera su lecho de muerte, que viviría para verlo.

Danielle Sinclair iba a darle un bebé, un heredero del nombre D'Alessio. No podía dejar que un sentimiento de traición hacia Lucia se interpusiera en su camino. La había amado y nunca se enamoraría de Danielle Sinclair. No había ninguna posibilidad de traicionar a Lucia. Aquello tenía que ver con la vida, con una nueva vida y no con un nuevo amor.

Si así era, ¿en qué momento se había vuelto todo tan complicado? ¿En el altar junto a Danielle en aquella falsa ceremonia? ¿Al tomar su mano entre la suya y jurarle amor, respeto y fidelidad?

Estrechó su mano entre las suyas y ella entrelazó sus dedos.

Algo se agitó en su interior y pensó que debía de ser atracción sexual. No había por qué sentirse culpable por ello. Era la vieja respuesta primitiva de un hombre hacia una atractiva mujer con la que sabía que iba a acostarse. Aquella fuerza provenía del hecho de que hiciera mucho tiempo desde que no tenía relaciones sexuales y no tenía nada que ver con sus sentimientos.

Nadie esperaba que viviera como un monje.

Podía hacerlo, debía hacerlo. A menos que estuviera dispuesto a defraudar a su padre.

Danielle flexionó los pies cansados de tanto caminar por Newmarket. Rico se puso de pie y ella sintió una sensación de pérdida al verlo salir hacia el pasillo. Ese

día, habían reído juntos y se había establecido un lazo de afinidad entre ellos. Y ahora, la dejaba a solas. Toda la felicidad que sentía, desapareció.

Era peligroso sentirse tan feliz. Todo aquello era provisional. Tenía la mirada fija en sus pies descalzos cuando Rico regresó con una toalla que había tomado del cuarto de baño de invitados.

—¿Te duelen los pies? —preguntó sentándose junto a ella.

—Me están matando —dijo—. ¿Qué estás haciendo?

—No puedo permitirlo, así que te haré sentir mejor.

Rico se inclinó hacia ella y Danielle sintió su cálido aroma. De pronto, volvió a sentir esperanzas, pero enseguida contuvo aquel sentimiento. No podía permitirse caer rendida a los pies de Rico. Pronto se marcharía.

Apartó aquel pensamiento, mientras él colocaba cuidadosamente su pie sobre el regazo y lo envolvía en la cálida y húmeda toalla. Cerró los ojos y se concentró en los doloridos músculos de su pie, relajándose poco a poco. Después de unos minutos, Rico apartó la toalla e hizo lo mismo con el otro pie.

Danielle gimió.

—¡Qué gusto!

—Relájate y libera toda tensión —dijo comenzando a darle un masaje en la planta de los pies.

Danielle suspiró.

—Como quieras.

—¿Desde cuándo haces lo que yo quiero?

—Desde siempre —respondió sonriéndole—. Sigue haciéndome eso en los pies y seré tu esclava de por vida.

Rico rió.

—Nunca he conocido a una mujer como tú. Pareces muy dócil, pero en el fondo, tienes una voluntad de hierro.

—Oh.

Lo cierto es que en el fondo, aquel comentario le agradó. Al menos, había alguien que no la consideraba una hija caprichosa, una hermana ingenua ni una mujer florero. No, se dijo antes de dejarse llevar por la emoción. Para él sólo era una mujer a la que dejar embarazada.

—Justo ahora que creía que había empezado a conocerte, vas y me confundes —dijo soltando un pie y tomando el otro.

Siguió dedicándole una cuidadosa atención al masaje que le estaba dando y ella se dejó llevar por las oleadas de placer, inclinando la cabeza hacia atrás.

Lentamente, sus manos comenzaron a subir por su pierna, hasta la parte interior de sus rodillas.

—Mira lo que estamos haciendo. Te estoy dando un masaje en tus pies doloridos. Deberías de estar protestando de dolor, pero con esos gemidos de placer, me estás excitando.

Sus latidos comenzaron a acelerarse. Lo estaba excitando. La deseaba.

El último de los botones de su vestido se abrió.

—Siento tu piel cálida y suave bajo mis manos —dijo acariciando con el dedo gordo su muslo.

Danielle sintió su cuerpo comenzar a arder. Un segundo botón se abrió y ella contuvo el aliento en espera de su siguiente movimiento.

—Danielle...

Al abrir los ojos, vio su rostro frente al suyo, tan cerca, que lo único que pudo ver fueron sus pupilas dilatadas.

—¿Sí?

—¿Estás lista para esto?

Ella asintió, pero tenía dudas. ¿Debía dejar que Rico le hiciera el amor sabiendo que lo único que buscaba en ella era su fertilidad? Su cadera rozó la de ella y sintió una oleada de calor en su interior. Estaba excitado. ¡Claro que podía hacerlo!

Él la miró frunciendo el ceño.

—¿Estás segura, *cara*?

Su pulso se aceleró al oír aquella expresión de cariño. Pero enseguida volvió a la realidad. Tan sólo estaba tratando de hacerlo más fácil para ambos y no significaba nada. Por unos segundos, se quedó pensativa. Quería aprender con Rico lo que era dejarse llevar por la pasión. Si lo rechazaba, si le contaba todo, ¿volvería a hacerle el amor? ¿O se marcharía y buscaría a otra mujer? Quizá fuera tras Kim. Cerró los ojos.

—Sí, estoy segura.

Le pasó su fuerte brazo por la espalda y con el otro, la tomó de las rodillas. Sintió que su estómago le daba un vuelco al verse entre sus brazos.

—¡Rico! —dijo agarrándose a sus hombros—. ¿Qué estás haciendo?

—Si me estás preguntando eso, debe hacer tanto tiempo para ti como para mí —dijo arqueando una ceja y dirigiéndose a la escalera—. Voy a llevarte a un sitio más cómodo.

Danielle desvió la mirada de la suya y se mordió el labio. Sentía latir su corazón junto al hombro y sospechó que sería debido a la excitación más que al esfuerzo de cargar con ella.

—Se me había olvidado lo agradable que es abrazar a una mujer —dijo Rico junto a su cuello, haciéndola sentir otra oleada de escalofríos.

Ella rozó con la mejilla su pelo, respiró hondo y se preparó para lo que estaba por llegar. Rico la dejó sobre la colcha. Por un instante, sus miradas se encontraron. Probablemente él había descubierto algo en sus ojos que revelaba lo mucho que

deseaba aquello, porque gimió y se colocó sobre ella. La rodeó con sus brazos y sus labios se fundieron en un beso.

Enseguida se sintió transportada a un lugar donde nada importaba más que el sabor de Rico y la sensación de su cuerpo junto al suyo. Las dudas e incertidumbres que la habían invadido hasta hacía unos minutos, habían desaparecido.

Sólo sentía el calor, la adrenalina... y a Rico.

Le abrió el vestido y sus manos recorrieron su vientre desnudo. Su piel se estremeció al sentir su contacto. Al sentir que le acariciaba la base de sus pechos, gimió. Un segundo más tarde, el último botón cedió. El vestido cayó al suelo, dejándola en ropa interior.

Danielle se sintió aliviada de que siempre llevara un conjunto en blanco immaculado, pero enseguida ese pensamiento desapareció al sentir que acariciaba uno de sus pechos. Cerró los ojos y se concentró en cada uno de sus movimientos y en las sensaciones que le provocaban sus caricias.

No había nada malo en ella. No era frígida. Los rumores que la tachaban de mujer fría no eran ciertos.

Aquello la hizo sentirse liberada. Deseaba acariciarlo como él la acariciaba. Tomó su camisa y se la sacó de la cintura de los vaqueros. Rico subió los brazos impaciente y se quitó la camisa.

Al ver su pecho desnudo, Danielle contuvo el aliento. Recorrió con sus manos los músculos de sus pectorales y él se estremeció. Enseguida incrementó la presión de sus dedos, disfrutando de su piel y de la tensión que invadía su cuerpo.

Él se incorporó. Oyó que se bajaba la cremallera y sintió aprensión. Se quitó los vaqueros y los dejó a un lado, quedándose con unos calzoncillos negros. Su mirada se posó en el bulto delator. Su aprensión dio paso a una nerviosa ansiedad. Había llegado a un punto sin retorno. En cuanto se quitara los calzoncillos no habría vuelta atrás.

Antes de mostrarse dubitativa, él volvió a tumbarse y sus labios volvieron a unirse. La sensación de su cuerpo casi desnudo contra el suyo la hizo sentir un escalofrío y sus dientes comenzaron a rechinar debido a los nervios y a la excitación.

Él se apartó.

— ¿Tienes frío?

Ella tragó saliva y sacudió la cabeza.

— ¿Miedo?

— Un poco — respondió ella con sinceridad.

— ¿De mí? — preguntó preocupado, apartando la mano —. ¿Por qué?

No supo qué responder.

Danielle tomó su mano y la llevó a su corazón.

– También estoy excitada – añadió y sus latidos se aceleraron al sentir el calor de su mano.

– No tienes ni idea de lo que eso me hace sentir – dijo él con ojos encendidos.

Con aquellas palabras, Danielle se sintió más tranquila. Podía hacerlo, no sería tan difícil como había imaginado.

Rico deslizó la mano hasta su pecho y unos segundos después, le abrió el sujetador. Danielle se arqueó al sentir que acariciaba sus senos y dejó escapar un sonido gutural de su garganta.

– Quiero besarte ahí.

Ella asintió y, al verlo inclinar la cabeza, se quedó a la espera de sentir sus labios sobre sus pezones. Sin embargo, lamió la base del pecho, despertando sensaciones desconocidas. Ella inclinó la cabeza hacia atrás, en espera de su siguiente movimiento.

– Oh, Rico.

Él levantó la cabeza.

– ¿Te gusta?

– Me encanta.

Deseaba decirle que no se detuviera, pero la timidez la venció. Al cabo de unos segundos, sintió su lengua sobre la punta rosada de su pezón y una nueva oleada de intenso placer la invadió.

Los músculos de su vientre se contrajeron mientras trataba de contener los escalofríos que la recorrían y que la hacían temblar como un flan.

La adrenalina la invadía y su corazón latía con fuerza.

Rico recorrió con la boca sus pechos y se detuvo a besar su ombligo antes de continuar. Luego, sintió que introducía los dedos por el borde de sus bragas. Excitada y temblorosa, se quedó a la espera del siguiente asalto.

Pero en vez de quitarle las bragas, Rico se detuvo y levantó la cabeza. Sus manos se detuvieron junto al ombligo.

Sabía lo que había visto. Desesperada, cerró los ojos.

– Son del accidente, ¿verdad?

Ella se quedó quieta, mientras él acariciaba su piel rugosa.

– Sí.

– Lo siento – dijo él bruscamente.

– Hace mucho tiempo.

– Pero todavía duele, ¿verdad?

Danielle sospechó que se estaba refiriendo a las heridas que no se veían a simple vista. Pensó en su madre y en todos los sueños que habían quedado truncados por el accidente.

—Sí — dijo después de una pausa.

Él se apartó.

De repente, Danielle sintió frío. Ahí acababa todo. La miraría con lástima en los ojos y le diría que todo había acabado.

—¿Ves esto?

Aturdida, lo miró. No se había apartado y, aunque no podía ver sus ojos, no parecía un hombre a punto de huir. Seguía allí, junto a ella y volvió a sentirse esperanzada.

—Mira — dijo él señalando su costado derecho.

Ella se inclinó sobre su estómago para mirar. Una marca de apenas unos centímetros, rompía la perfección de su suave y bronceada piel.

—Tú también tienes una cicatriz.

Pero aquella pequeña marca no podía igualar los dolorosos recuerdos que le traía la suya.

—Cristal. Me lo hice el día en que murió tu madre — dijo con mirada turbia—. Me clavé un par de fragmentos de cristal. Si tu madre hubiera estado sentada en el mismo sitio que yo, tan sólo se habría hecho eso.

—Rico — dijo ella temblando—. Fue un accidente. Mi madre murió como consecuencia de un accidente provocado por un conductor borracho. Nada de lo que hubieras hecho, habría podido evitarlo.

Sus manos la tomaron por las costillas y Danielle sintió un nudo en la garganta.

—Nos cambiamos de sitio. Quería sentarse en el lado del pasajero. Debería haber muerto yo. Sin embargo, a mí no me pasó nada y tu madre murió, Jim sufrió importantes heridas y las secuelas emocionales te han afectado durante años.

Hacía mucho tiempo que no oía nombrar a Jim Dembo. Jim era el conductor aquel fatídico día. Había sufrido una conmoción cerebral y nunca se había recuperado del todo de sus heridas, quedándose incapacitado para trabajar.

Suspiró. Tres vidas se habían visto afectadas por el comportamiento negligente de un solo hombre. Miró a Rico. No sólo se habían visto afectados su madre. Jim y ella. Rico también había quedado marcado por aquel día.

—Te sientes responsable — dijo rodeándolo por los hombros.

Él desvió la mirada y se quedó en silencio.

—Eso es ridículo — continuó ella—. No fue culpa tuya.

—Tu madre murió. Estuviste atrapada entre el amasijo de hierros durante horas — dijo con voz grave—. Durante los meses siguientes, permaneciste callada.

Recordó sus sonrisas y cómo siempre había intentado conversar con ella. Ahora sabía por qué.

Danielle bajó la cabeza. Había confundido la preocupación y culpabilidad de Rico con algo más, algo que le había provocado que cada vez que oyera su voz, su corazón latiera más deprisa.

Había imaginado que se debía a que se iba haciendo una mujer y ahora se daba cuenta de que lo que le había estado ofreciendo era su compasión, un hombro sobre el que llorar. No había sido amor, simplemente lástima por una muchacha que había perdido a su madre. Y todo, porque se sentía responsable de la trágica muerte de su madre.

Había sido una tonta.

Pero ahora todo era diferente. Esta vez la necesitaba. ¿Qué más daba el motivo por el que la necesitara? Era suficiente que lo hiciera. Se obligó a relajarse y le acarició el brazo.

— Estamos hablando demasiado.

— ¿Prefieres que te bese?

— Por favor — dijo atrayéndolo hacia ella.

Danielle suspiró y se tumbó, llevada por la sensación de sentir el cuerpo desnudo de Rico junto al suyo.

Lentamente, Rico recorrió con sus manos el cuerpo de Danielle, haciendo que el deseo llegara a un punto insostenible.

¿Acaso no se daba cuenta? Deseaba más, deseaba que la cubriera con su cuerpo y sentir su peso sobre ella.

Danielle tiró de él, haciéndolo colocarse sobre ella y gimió. Aquello era lo que quería. Sus cuerpos encajaban a la perfección.

Podía sentir su erección contra ella y lentamente separó las piernas. La única barrera entre ellos era la ropa interior. Movié las caderas y Rico gimió en respuesta.

— Me estás haciendo sufrir — murmuró él junto a su cuello.

Danielle sacudió su cuerpo contra el suyo, sin saber muy bien adonde le llevaba aquello, pero su cuerpo parecía saber lo que estaba haciendo.

Rico separó los labios contra su cuello. Danielle contuvo el aliento mientras sentía un escalofrío en la nuca. A continuación, sintió un estremecimiento mientras él empujaba la parte inferior de su cuerpo contra el suyo.

Durante unos segundos se apartó y recorrió sus piernas en sentido descendente. Cuando volvió a acercarse, su total desnudez se encontró con la humedad de su entrepierna.

Por un instante sintió pánico. ¿Y si estaba cometiendo un error? Pero una sensación de calma se apoderó de ella. Deseaba que ocurriera aquello, deseaba a Rico.

Le separó las piernas y se acopló sobre ella. Luego, la acarició con los dedos. Danielle se sintió avergonzada, pero enseguida, una sensación que nunca antes había sentido sobre aquella zona tan sensible la invadió.

Vacilante, dejó que continuara. Oleadas de excitación recorrieron su cuerpo, mientras en su interior se acumulaban sensaciones que nunca antes había experimentado.

– Despacio, ya llegaremos.

Ella deslizó su mano y la colocó sobre la de él, sintiendo su respiración agitada.

– ¡Despacio! Hace mucho que no hago esto.

Una gran alegría la invadió. La deseaba. Le estaba proporcionando el mismo placer que él a ella.

Suavemente, Danielle le mordió el cuello, saboreando su piel salada, mientras él movía sus caderas arriba y abajo y se estremecía.

El placer fue en aumento y Danielle sintió que su cuerpo se entregaba, mientras él la estrechaba con fuerza.

Rico colocó sus labios sobre los de ella y la besó desesperadamente.

Incluso mientras la besaba, se percató de su indecisión. Había dejado de hacer aquellos movimientos que lo estaban volviendo loco y ahora parecía haberse quedado a la espera.

¿Acaso querría que se diera prisa? Enseguida se hundió en ella, haciéndola estremecerse. Quizá estuviera más excitada de lo que parecía. Así que incrementó el movimiento de sus caderas, pero sus caderas continuaron quietas. Se sentía confundido.

– ¿Te estoy haciendo daño? – preguntó levantando la cabeza.

Por su mirada, parecía aturdida. No había rastro de su habitual autoconfianza y se quedó mirándola con el ceño fruncido.

– Estoy bien. No te detengas.

Él comenzó a apartarse para intentar algo nuevo.

– ¡No! – exclamó Danielle rodeándolo con sus brazos –. Por favor, no pares. No podría soportar que ahora te detuvieras.

Rico volvió a penetrarla y ella gimió mientras lo rodeaba con sus piernas.

– Oh, no. No puedo esperar más.

Rico siguió moviéndose y, a pesar de que trató de mantener el control y de prolongar el placer, no pudo. Ya era demasiado tarde.

Hundió el rostro en el cuello de Danielle, murmuró algo y besó su delicada piel con urgencia. El calor de su sangre lo invadió hasta las orejas y apretó los dientes mientras trataba de contener las oleadas de placer.

– Lo siento – dijo –. Te prometo que la próxima vez, disfrutarás más.

– ¿La próxima vez?

Él alzó la cabeza. Se había quedado muy quieta bajo él, con mirada desconcertada.

– Sí, no creo que tarde demasiado. Me haces sentir como un chiquillo.

– ¿Ahora?

Él se quedó mirándola fijamente.

– Puede que no ahora mismo – dijo sonriendo –. No soy un superhéroe, pero dado el efecto que me produces, no creo que tarde demasiado.

Ella le devolvió la sonrisa.

– Puedo hacer que termines, si es que prefieres no esperar.

– ¿Hacer que termine?

Él frunció el ceño. ¿Hablabas en serio? ¿Acaso ningún hombre le había provocado un orgasmo?

– Pero, ¿con qué clase de hombres has estado?

– ¿Qué quieres decir?

– ¿Nunca te has...? Bueno, ya sabes – dijo él sintiendo que le ardía el rostro.

Ella apartó la mirada.

– No, nunca... ya sabes.

Al ver cómo su voz se entrecortaba, una sensación de satisfacción lo invadió. Se lo había imaginado. Le estaba enseñando lo que era sentirse como toda una mujer.

– Ha sido mi primera vez.

¿Su primera vez? Debía de estar refiriéndose a que era su primer orgasmo, no a que fuera la primera vez que estaba con un hombre.

Se quedó mirando su frío y pálido rostro y recordó su indecisión. Su inmovilidad, sus tímidas caricias, sus temblores... Aquella no era la manera de comportarse de una mujer experimentada.

Así que había sido su primera vez, pensó perplejo. Danielle Sinclair había sido virgen hasta entonces.

Capítulo 8

– No lo sabía.

Sentado al borde de la cama, con el rostro entre las manos, Rico se sentía como si le hubiera acusado de algún delito.

– De veras que no lo sabía.

– No podías saberlo, no te lo dije – dijo Danielle.

Deseaba poder sentir arrepentimiento de lo que acababa de ocurrir entre ellos. Eso haría más fácil asimilar la reacción de humillación que veía en Rico. Pero no podía. De hecho, estaba deseando que volviera a ocurrir, deseaba volver a sentir aquella agradable y cálida sensación de placer. Sospechaba que había mucho más por descubrir y sabía sin ninguna duda que Rico podría mostrárselo.

– ¿Por qué?

– ¿Por qué, qué?

– No juegues conmigo, maldita sea. Está bien, así que no supiste cómo decirme algo tan íntimo. Lo que no acabo de entender es que... – se detuvo sacudiendo la cabeza –. ¿Cuántos años tienes?

– Veintidós – contestó ella.

– Lo sé.

Al verlo molesto, trató de contener la risa.

– Me lo has preguntado.

– Ha sido una pregunta retórica. Créeme, sé cuántos años tiene mi esposa.

Acababa de referirse a ella como su esposa. Por primera vez desde que se había apartado, le subió el ánimo. Se estiró y la sábana se deslizó, descubriendo la curva de uno de sus senos.

– ¿Cómo se las arregla una joven de veintidós años para permanecer virgen en el mundo en el que vivimos?

– ¿Es ésa una pregunta retórica también?

– No – respondió –. Esta vez quiero una respuesta.

– Una falta de ocasión.

– ¿Una falta de ocasión? ¿Es ésa la única respuesta que se te ocurre?

– Trata de hacer cualquier cosa con tu padre pegado a la espalda. Cualquier empleado irá a informarle de tus movimientos.

– Ese motivo no pareció reprimir a Kimberly.

– Kim es una exhibicionista, nunca le ha importado lo que pensara la gente. Yo quería intimidad.

– ¿Y los chicos en la universidad?

– Eran demasiado jóvenes.

– ¿Y en el trabajo?

– Ya los conoces. La mayoría están casados o son demasiado viejos.

– Demasiado jóvenes, demasiado viejos – dijo Rico perplejo.

Aquel comentario la hacía parecer demasiado quisquillosa, como si llevara toda la vida esperando a don perfecto. Danielle cambió de postura, incómoda por el rumbo de aquella conversación.

Rico bajó la vista y se dio cuenta de que la sábana había caído unos cuantos centímetros más.

Danielle evitó subirla. No quería parecer una virgen asustada. Podía mirar todo lo que quisiera. Desafiante, dejó que cayera unos centímetros más.

Rico levantó la mirada y se encontró con sus ojos. Estaba pálido y su rostro mostraba una expresión interrogante.

Al menos sabía que aún la deseaba. Se sintió satisfecha, pero la incertidumbre de su mirada la aturdió. Evidentemente, Rico debía estar pensando que no quería repetir la experiencia. No podía sentirse tan mal. De hecho, le había parecido una experiencia maravillosa hasta que él la había dado por finalizada tan bruscamente.

Respiró hondo, buscando las palabras para hacerle comprender.

– Hay momentos en que es difícil admitir que no tienes experiencia. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Acercarme a cualquier desconocido y decirle que nunca antes lo había hecho y que me enseñara con cuidado lo que debía hacer?

– No seas tonta – dijo con voz cortante.

– No lo soy. Estoy intentando hacerte comprender mi dilema.

– Pero no he tenido cuidado – protestó Rico y se pasó las manos por el pelo –. ¡Demonios! Has tenido que elegirme a mí para resolver tu dilema.

Eso le dolió.

– Por si no lo recuerdas, no he tenido otra opción – señaló Danielle –. Amenazaste con romper el matrimonio de mi hermana si no hacía lo que querías.

– Nunca pensé que fueras...

– ¡No pensaste! – dijo Danielle incorporándose, sin prestar atención a que la sábana se caía –. Ése es tu problema, planeaste todo esto, pero nunca consideraste las consecuencias ni a quién podías hacer daño.

– Nunca pensé que pudieras ser tan inocente – dijo bajando la mirada y sonrojándose.

Ella enderezó la espalda, mostrando sus pechos turgentes y observó con satisfacción cómo Rico volvía a bajar la vista.

– Pues sí, lo soy. Soy inocente de todo, excepto de ser una Sinclair.

– Danielle...

—No entiendo por qué estás dándole tanta importancia a esto —dijo ella interrumpiéndolo—. Mi virginidad no se interpondrá en tu camino hacia lo que buscas.

—Ya no —dijo en un extraño tono de voz—. Pero no le restes importancia. Creo que nunca en mi vida le había hecho el amor a una mujer virgen. Y eso es lo que me molesta. Es algo que deberías haber reservado para tu marido, a la vista de que habías esperado tanto.

—Tú eres mi marido —señaló Danielle, molesta por tener que recordárselo.

De pronto se dio cuenta de que si se paraba a analizar su comentario, se daría cuenta de que él era el único hombre al que había deseado.

—Y ése es un punto de vista tan antiguo, que haces que parezca un dinosaurio —añadió bruscamente.

—¿Un dinosaurio?

—Sí, una de esas criaturas que vivieron en la tierra hace millones de años.

—¿Me estás comparando con un Tyrannosaurus Rex? —dijo arqueando una ceja y un brillo divertido apareció en sus ojos—. No soy ningún dinosaurio. Soy simplemente un italiano.

Danielle comenzó a reírse y sintió deseos de lanzarse entre sus brazos, besarlo y comenzar de nuevo.

—Espero que esta reacción que has tenido al enterarte de mi condición, no te haga tener escrúpulos.

Al oír sus palabras, Rico frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Volveremos a hacerlo, ¿verdad?

Él se quedó pensativo, apartando la mirada. Cuando volvió a mirarla, sus ojos se habían vuelto sombríos.

—No deberíamos. Si tuviera algo de honor, no deberíamos. Pero por alguna razón sé que no podré detenerme, por mucho que lo intente.

—Bien —dijo Danielle acercándose a él—. Entonces, ¿podemos intentarlo de nuevo? Quizá más lentamente esta vez.

—¿Satisfecha? —preguntó Rico incorporándose sobre un codo y sonriendo a la mujer que estaba junto a él.

—Por supuesto.

El entusiasmo en su respuesta lo hizo reír. Por cómo lo miraba, Rico se sentía un hombre capaz de conquistar la cumbre de cualquier montaña, por alta que fuera.

La incomodidad que había sentido con anterioridad había desaparecido, dejándole una agradable sensación de satisfacción consigo mismo. En el fondo sabía que en cualquier momento su conciencia lo asaltaría y se arrepentiría de haberle robado la inocencia.

Ya se preocuparía más tarde de lidiar con su conciencia y con las consecuencias de sus actos cuando todo aquello hubiera terminado y tuviera a su hijo entre los brazos.

— Al menos, ahora sé que no soy... fría.

Dejando sus preocupaciones a un lado, Rico prestó atención a lo que le estaba diciendo y frunció el ceño.

— No eres fría. Eres una de las personas más cálidas y divertidas que nunca he conocido.

— No hablo de eso.

— Entonces, ¿a qué te refieres?

— Al sexo.

— ¿Al sexo? — repitió y entonces cayó en la cuenta —. ¿Te refieres a que fueras fría sexualmente? — preguntó comenzando a reírse —. ¿Pensabas que eras frígida?

— ¡No es divertido!

Él dejó de reírse. Por la expresión de su rostro, vio que hablaba en serio.

— Lo siento, quizá tu extraño sentido del humor se me está contagiando.

— Por favor, no te rías de esto. Es algo de lo que soy muy susceptible.

Sus ojos mostraban aquella vulnerabilidad que cada vez que veía, hacían que su corazón se encogiese.

— Entiendo. Pero, ¿por qué? ¿De dónde has sacado una idea tan absurda?

De pronto, reparó en algo a lo que hasta ese momento no se le había ocurrido. Quizá fuera una estupidez tan sólo.

— ¿Tuviste una relación con alguien que te dijo que eras frígida o que te lo hizo creer?

— No, no es nada de eso — dijo ella manteniendo la vista fija al frente.

Sintió un enorme alivio al oír su respuesta, aunque pensó que no debería ser así. La idea de Danielle con otro hombre no debería ser de su interés, pero lo era.

Porque era suya.

Aquel sentimiento de posesión lo asombró. No estaba seguro de que le gustara o no, o de lo que ello significaba, pero apartó aquel pensamiento de su mente con la intención de analizarlo más tarde.

— Oí a algunos chicos hablar de mí en la universidad. Uno de ellos dijo que era una bruja frígida.

Una sensación de ira se apoderó de Rico.

– ¿Trató de aprovecharse de ti?

– No, me pidió salir, pero le dije que no porque no quería salir con chicos de mi clase. No quería tener que estar viéndolos después de que cortáramos.

– Ahí tienes la respuesta. Estaba molesto.

– Pero los demás estuvieron de acuerdo con él. Apenas me conocían.

– Entonces, ¿por qué dejar que te afecte la opinión de un puñado de estúpidos cuyo único interés era acostarse con alguien, especialmente cuando nada de eso es cierto?

– Pensé... – comenzó a decir y se sonrojó.

– ¿Qué pensaste? – preguntó intrigado por aquella compleja y femenina mujer.

Ella giró la cabeza.

– Pensé que era obvio para cualquiera.

Rico contempló su hermoso perfil.

– ¿Que era obvio que eras frígida? – preguntó incrédulo.

– Parece ridículo.

– La frigidez es algo, que al igual que la virginidad, no resulta evidente. Fíjate en mí, a pesar de las pistas, ni siquiera me di cuenta.

Ella rió y buscó sus ojos.

– En el trabajo me llaman la reina de hielo – dijo bajando la mirada –. Incluso tú me llamas princesa.

Rico acarició su mejilla.

– Sí, pero es una broma entre tú y yo. Lo digo cuando quiero hacerte reaccionar. ¿A quién le importan los demás? Eres una persona dulce, amable y generosa y sinceramente, lo demás no importa.

– Gracias, Rico – dijo apoyando la cabeza en su pecho mientras él la atraía hacia su cuerpo.

La rodeó con los brazos, la besó en la frente y cerró los ojos, tratando de contener el dolor de su corazón.

Después de tomar su virginidad, ¿cómo podía estarle agradecida? Cuando abrió los ojos, se quedó mirando al vacío, pensando en el futuro.

El primer mes de matrimonio, pasó rápidamente para Rico.

Danielle tenía que reconocer que apenas podía apartar sus manos de Rico y a él tampoco parecía desagradarle acariciarla. Había estado algo preocupada después de la primera noche, temiendo que él tratara de controlarse y se contuviera, pero parecía haber decidido que el daño ya estaba hecho.

No tenía motivo para protestar. Ahora que había descubierto lo que había detrás del tópico del sexo, se daba cuenta de que el haber esperado años no le había restado placer. De hecho le había despertado la curiosidad, deseando aprender más.

Excepto en las ocasiones en que permanecía callado y retraído, era mucho más fácil vivir con Rico de lo que había imaginado. La máscara de hombre duro que presentaba frente al mundo, se convertía en una cálida sensación de proteccionismo cuando estaba a solas con él. Si no fuera por las continuas advertencias de que tenía que permanecer en alerta porque el extorsionador no había sido detenido, su vida habría sido idílica.

Y, siendo honesta consigo misma, la otra cosa que la incomodaba era cuando Rico permanecía en silencio. Esos momentos le hacían recordar que el verdadero motivo de que fuera su esposa era su deseo de venganza.

Y además, estaba el hecho de tener que decirle que no estaba embarazada. El que le diera un abrazo, la había hecho sentirse incluso peor.

—No te preocupes, el bebé llegará a su debido tiempo.

—¿Y si no me quedo embarazada?

Él se encogió de hombros.

—Dale tiempo. Llegará pronto.

—Pareces muy seguro.

Aquel abrazo había sido una manera de reconfortarla. Pero Danielle tan sólo había sentido lástima.

—Lo estoy. Tu cuerpo necesita tiempo para olvidar el ciclo de la píldora.

—Nunca he tomado la píldora —dijo ella—. Nunca he tenido necesidad de hacerlo.

—Oh —exclamó y su mirada se volvió oscura, haciendo que Danielle sintiera que su pulso se acelerara—. No sé cómo he podido olvidarlo.

La sonrisa de Rico la tranquilizó.

—Tan sólo hemos de seguir intentándolo, tenemos que practicar más.

Rico la llevó al dormitorio y allí había acabado la conversación.

Pero en los momentos más inesperados, las dudas continuaron asaltándola, como en una comida de trabajo que había compartido con Rico y con una mujer embarazada. Ese día, al llegar a casa, Rico y ella habían hecho el amor intensamente, porque Danielle sabía que su felicidad era efímera y que en algún momento desaparecería. Y entonces, tan sólo tendría recuerdos.

Tres semanas más tarde, Danielle apagó su ordenador portátil y miró hacia el despacho de Martin, donde estaba Rico.

– Ya he terminado por hoy.

Él levantó la vista y le dedicó una de aquellas sonrisas que la hacían derretirse.

– ¿Estás lista para irnos, princesa?

Ella asintió, sintiendo un nudo en la garganta. Se había acostumbrado rápidamente a que formara parte de su vida. Pronto regresaría Martin de sus tres meses por baja de paternidad y Rico se iría a la décima planta, dejando libre aquel despacho. El extorsionador pronto dejaría de ser la razón de tenerlo cerca. No había habido señales de aquel hombre desde que se casaran. Las tácticas de Rico habían funcionado a la perfección.

Danielle se agitó en su asiento. Le dolía la espalda y sabía lo que aquel dolor significaba. Pronto le diría a Rico que tampoco se había quedado embarazada ese mes.

¿Cuánto tiempo más le daría?

Un movimiento llamó su atención. Rico apareció en el umbral de la puerta. El traje italiano que llevaba acentuaba su altura, dándole un aire muy masculino.

– ¿Ha hecho algún avance la policía para identificar a ese loco? – preguntó ella.

– Nada.

– ¿Así que ha dejado de ser una amenaza?

– Un extorsionador es siempre una amenaza – dijo Rico acariciándose la mejilla—. Y éste no es ningún estúpido. Cuanto más tiempo tarde en dar señales, menos atención le estará prestando la policía.

Se sintió frustrada. Estaba tan segura de que el hombre había desaparecido que había comenzado a relajarse.

– ¿Así que crees que todavía no estoy segura?

Rico avanzó hacia su mesa.

– ¿Te estás cansando de mí, princesa?

Por suerte, no podía ver su rostro ni adivinar su deseo de que se quedara.

– Claro que no.

El calor de sus manos sobre los hombros, la hizo detenerse.

– Si intenta algo, lograré atraparlo, princesa. Te lo prometo.

Rico le acarició el pelo y detuvo las manos en la nuca, comenzando a darle un masaje.

– Qué gusto – murmuró ella, dejando caer la cabeza hacia delante—. ¿Y si pasan años y años?

– Estás muy tensa. Relájate, te acabo de hacer una promesa.

– Te cansarás de preocuparte por mí.

– Bueno, no estarás tú sola. También habrá algunos *bambinos*.

— No, no los habré.

Sabía que debía dejarlo estar, pero no pudo.

— Un solo hijo. Y entonces, te irás — añadió Danielle.

Las manos de Rico se detuvieron.

— ¿Es eso lo que te preocupa? Nunca te dejaré desamparada. Incluso cuando me entregues a mi hijo, te protegeré de cualquier peligro.

El corazón de Danielle dio un vuelco y se acomodó en su silla.

— ¿Te duele la espalda? — preguntó Rico comenzando a darle un masaje más abajo.

Ella asintió, reacia a decirle el motivo, pero confiando en que él lo imaginara.

— Échate hacia delante

Danielle colocó los brazos sobre la mesa y se inclinó sobre ellos, cerrando los ojos mientras se sacaba la blusa de la cintura de su falda. Él deslizó las manos bajo la blusa y comenzó a masajear los músculos junto a la columna. El dolor comenzó a desaparecer. Si todos sus problemas pudieran desaparecer de aquella manera... Sacudiendo los hombros, se incorporó.

— ¿Mejor?

— Sí, gracias.

Apenas lo oyó cruzar el despacho. Sus pisadas eran tan silenciosas como las de un gato. Por los sonidos que oía, estaba apagando el ordenador. Suspirando, se puso la chaqueta y comenzó a recoger su bolso, pero se detuvo, volvió a sacar el ordenador y lo dejó de nuevo en la mesa.

— Tomémonos la noche libre y vayamos a cenar — sugirió.

Necesitaba escuchar la risa de Rico para dejar de sentir la tristeza que la había invadido durante todo el día. Necesitaba animarse y salir con Rico a cenar la animaría.

— Estoy cansada. Todo es trabajo y nada de diversión. Ya está bien de ser tan aburrida — dijo sonriéndole.

— No eres aburrida — dijo y dejó de ponerse la chaqueta—. ¿Por qué haces todo esto? — preguntó con curiosidad agitando la mano en el aire.

— Porque necesito terminar mi informe.

Colocándose el cuello, Rico entró en su despacho.

— Me refiero a trabajar aquí en Sinco. ¿Por qué te dedicas a los negocios? Recuerdo que cuando eras una adolescente, querías ser maestra.

Danielle retiró la mirada.

— ¿Cómo pueden los jóvenes de quince años estar seguros de a lo que quieren dedicarse?

– Tu madre pensaba que se te daban bien los niños. Recuerdo que te conseguía empleos cuidándolos.

– Mi padre se enojaba porque su hija cuidara niños. No entendía por qué lo hacía. Después de todo me daba una generosa asignación.

– ¿Te hizo cambiar de idea sobre tus estudios?

Danielle sacudió la cabeza.

– No, fui yo la que tomó la decisión. Aunque te cueste creerlo, sé tomar mis propias decisiones.

Ahora parecía molesta. No había sido su intención molestarla.

– Créeme, lo sé – dijo tratando de calmarla antes de continuar con el tema que le interesaba –. Pero recuerdo que te gustaban los niños. Las veces en que David Matthews ha traído a sus hijos, tú te has encargado de entretenerles.

Recordaba haberla visto jugar a la pelota con los gemelos en el jardín, ante la horrorizada mirada del jardinero.

– Al final, decidí hacer algo diferente con mi vida.

Su voz era calmada y Rico se arrepintió de haberle dado importancia a algo que parecía no tenerla. Danielle había madurado y sencillamente había cambiado de planes, abandonando sus sueños de adolescente.

– Entiendo – dijo encogiéndose de hombros y levantándose –. Algún día tendrás tus propios hijos, así que ¿para qué cuidar a los hijos de otros, verdad?

La tensión en el rostro de Danielle lo alertó. Reparó en sus palabras y se dio cuenta de su falta de tacto. No tendría a su propio hijo puesto que había convenido en entregárselo a él.

Aunque le había dicho que se mantendría cerca hasta que su asaltante fuera detenido, en realidad sabía que ello podía llevar años. Pronto, todo acabaría. Aquel hombre actuaría. A los extorsionadores les gustaba atemorizar a sus víctimas.

Una vez estuviera a salvo, Rico sabía que no seguiría viviendo con Danielle y que no habría más hijos. Tan sólo tendrían uno y él se lo quedaría, dejándola con un hogar vacío. La miró preocupado. Cuando propuso aquel acuerdo, lo había hecho con la mujer de mundo, Danielle Sinclair, no la joven virginal que después había descubierto. Se le había olvidado su pasión por los niños.

¿O no? Quizá la hubiera elegido inconscientemente sabiendo que le gustaban los niños, porque quería que su hijo se sintiera amado desde el seno materno.

Otra imagen se le vino a la cabeza al recordar el dolor que Danielle había sentido al perder a su madre ¿Sería capaz de soportar otra pérdida? ¿Qué precio tendría que pagar ella por su venganza, al tener que entregarle a su hijo?

Preocupado, miró a la mujer por la que empezaba a sentir algo. Era tan femenina y deseable... Aquella dulzura estaba calmando su alma atormentada.

Pero, ¿en qué estaba pensando? No tenía otra elección. Por el bien de su familia y el suyo propio, tenía que seguir adelante con su plan. Trató de ignorar la voz que en su cabeza le decía que le partiría el corazón dejar a su bebé.

De repente, no le gustaba la persona en la que se estaba convirtiendo.

Capítulo 9

– Por los matrimonios fingidos.

Danielle miró al otro lado de la mesa para ver cómo reaccionaba Rico a la burla de su padre. Para su sorpresa, Rico sonrió y levantó la copa de vino.

– Por el matrimonio – respondió al brindis.

Su padre parecía haber recobrado la compostura y Danielle se sintió orgullosa. Bradley y Kim deberían haber acudido a aquella primera comida familiar de domingo, pero en el último momento, Kim se había excusado, dejándolos a Rico y a ella como los únicos invitados de su padre. Mirando a su marido, Danielle no podía dejar de pensar que parecía salido de un anuncio de revista, con su traje de Armani y su pelo peinado hacia atrás. Sintió que la llama de la atracción física comenzaba a arder y retiró la mirada de él.

– Rico me está ayudando a decorar mi casa.

– ¿Tratando de mostrar tus dotes como diseñador de interiores D'Alessio? ¡Qué interesante! – dijo Robert Sinclair estirando las palabras.

Danielle apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

– Se llama Rico, papá. Y la casa está preciosa, deberías venir a verla.

– No es mi estilo. Mientras toda esta historia no interfiera en tu trabajo, me da lo mismo – dijo su padre, aburrido –. ¿Cómo va la propuesta de un centro sanitario para los empleados? Martin me prometió hacerme una propuesta, aunque no estoy seguro de que sea viable.

Danielle se lo quedó mirando fijamente. Martin no le había dicho nada antes de tomarse el permiso por paternidad. Tampoco había encontrado ninguna mención en los documentos que había encontrado en su escritorio ni se lo había comentado el día anterior cuando habló con él por teléfono. Además, había tenido otras cosas en mente, como la llegada de su periodo con dos días de retraso.

Quizá a Martin se le había olvidado. Lo llamaría al día siguiente y le preguntaría.

– ¿Cuándo tienes que tener la propuesta?

– ¿No lo sabes? ¿Qué te pasa? ¿Acaso eso de jugar a las casitas te está afectando al cerebro? – dijo Robert Sinclair enarcando una ceja –. Espero que tengas claros los principales puntos para la gestión de los recursos humanos.

Danielle se sintió incómoda ante la hostilidad de su padre. Cuando su padre descubriera que estaban casados de verdad y que el matrimonio había sido consumado, todo sería un infierno.

Rico se reclinó en el sillón, jugueteando con el contenido de su copa.

– Baja a la sexta planta cualquier noche y allí encontrarás a tu hija trabajando y no jugando a las casitas como dices. Tiene tanto miedo de que la acusen de

nepotismo que trabaja el doble que cualquiera. Y sí, está haciendo el trabajo de Dunstan en su ausencia también.

El tono duro en la voz de Rico hizo que su padre se detuviera. Danielle contuvo el aliento al ver que los dos hombres intercambiaban miradas.

—Quizá deberías recordarle a Rico que soy tu padre. El enemigo es ese loco que ha de ser detenido antes de que te mate.

—Lo sabe, papá —dijo poniendo una mano sobre el muslo de Rico por debajo de la mesa.

Tenía los músculos tensos, muestra de que no estaba tan calmado como parecía a simple vista.

—Créeme, Sinclair. Tu hija no acabará muerta mientras yo pueda respirar —dijo Rico con apasionamiento.

Al oír sus palabras, Danielle sintió que el corazón le daba un vuelco. Se giró y vio que Rico estaba mirando fijamente a su padre.

Se sentía segura ante la presencia de Rico. A su lado, sabía que las crueles palabras de su padre no podían hierla. De repente se dio cuenta de algo: lo que sentía por Rico era mucho más que deseo. Tenía que ser amor.

Aturdida, reflexionó acerca de su descubrimiento. No podía ser amor. Aquella sensación no era como la había imaginado. Era fuerte y tormentosa. Sabía que cuando pasara la tempestad, lo único que dejaría detrás sería devastación y lágrimas, sus lágrimas.

Con el estómago dando vueltas, se levantó de la silla y murmuró una excusa.

Rico se giró, preocupado.

—Danielle...

—Enseguida vuelvo, necesito ir al baño.

Necesitaba un poco de tiempo para recuperar la compostura y controlar las náuseas que sentía. Al ver la mirada interrogante de su padre, se obligó a comportarse con su habitual calma.

El cuarto de baño al que acudió en busca de refugio le resultó poco familiar, a pesar de que ella misma había dado el visto bueno al diseño que había elegido el decorador. Aquel blanco inmaculado no era de su gusto y se alegró de haber encontrado el coraje necesario para abandonar la casa de su padre. Había permitido que su padre gobernara su vida durante demasiado tiempo.

Rico le había dado la oportunidad de escapar. Y nunca regresaría. Con las manos bajo el grifo de agua fría, pensó en cómo compartir un hogar con Rico le había permitido conocer cómo vivían otras personas, sin un puñado de asistentes, cocineros y chóferes a su alrededor.

El malestar en la boca del estómago se le estaba pasando. Pediría una cita al doctor la próxima semana para asegurarse de que no fuera anemia.

Apenas había manchado en su última regla y ahora aquello. Danielle se inclinó y se lavó la cara con agua fría. La anemia no era nada comparado con el dilema que tenía que afrontar.

Al levantar la cabeza y mirarse al espejo, supo que nunca se arrepentiría de haber amado a Rico, a pesar de que los últimos recuerdos que tuviera de él no fueran buenos. Nada podría apagar el amor que sentía hacia él.

Danielle suspiró. A pesar de lo cansada que estaba de las mentiras, nunca se lo confesaría a Rico. Si lo hacía, lo perdería para siempre. Y no estaba preparada para afrontar ese momento todavía. Pero no estaba dispuesta a mentir a su padre ni un día más.

Se secó la cara y protestó para sus adentros al ver que se había dejado el bolso en la mesa. No tenía ni una barra de labios para añadir algo de color a su rostro. Estaba más pálida de lo normal.

Cerró la puerta del cuarto de baño y al oír voces, aceleró su paso de vuelta al comedor.

—No pienses que puedes aprovecharte de mi hija para lograr tus ambiciones, D'Alessio — oyó que decía su padre.

—¿Ya has dejado de llamarme Rico?

Danielle cerró los ojos al advertir el tono divertido en el comentario de su marido. Eso le sentaría fatal a su padre.

—Estás hablando conmigo, no con una mujer ingenua.

—Cállate, Sinclair — dijo Rico —. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Danielle oyó el sonido de los pasos y supo que no debería tardar más. La imagen de los dos hombres llegando a las manos la hizo girar bruscamente el pomo.

—Te lo estoy advirtiendo — dijo su padre levantando la voz —. La dejaré sin un centavo si...

Abrió la puerta y se interpuso entre los dos hombres.

—Papá, ¿qué está pasando aquí? Rico es un invitado en tu casa y además, es mi marido.

—Me aseguraré de que nunca trabajes... —la voz de su padre se detuvo por lo que acababa de decir—. No es tu marido, Danielle.

Ella levantó la barbilla y se encontró con la mirada de su padre

—Estás equivocado. Rico es mi marido.

—Danielle... — dijo cerrando los ojos y sentándose.

—Estamos legalmente casados, papá.

Por fin había comprendido sus palabras. Podía ver la sorpresa en los ojos de su padre.

—¿Legalmente casados? ¿Desde cuándo?

– Al día siguiente de la ceremonia eclesiástica.

– ¿Cómo puedes ser tan tonta, hija? – dijo levantando la voz, mientras su rostro se congestionaba –. Sospechaba que algo así podía ocurrir.

Por el rabillo del ojo, Danielle vio que Rico se levantaba.

– Vigila el modo en que hablas a mi esposa. Dirígete a ella con respeto.

Los ojos de su padre brillaron furiosos. Estaba asustado de Rico. Una sensación de satisfacción la invadió.

– ¡Discúlpate! – le dijo Rico al viejo –. Puedes hablarme como quieras, pero ten cuidado de cómo hablas a Danielle.

Rico parecía haber llegado al borde de su paciencia.

– Lo siento, Danielle – dijo forzando una disculpa –. Tu anuncio me ha sorprendido.

– Papá, no tienes que temer que Rico vaya tras mi dinero. Él mismo tiene millones.

– ¿Millones? – repitió mirando a Rico con furia –. Ha estado trabajando en el Tercer Mundo, no te dejes engañar.

– Te aseguro de que cuenta con dinero. Quiere comprar algunas cosas para la casa.

– Está tratando de impresionarte.

Danielle rió.

– No puedo creer que no sepas el éxito que tienen sus operaciones para liberar secuestrados. Pascal incluso ha leído algo de ello en periódicos. Y eso es sin la fortuna...

– ¿Fortuna? – ladró Robert Sinclair girándose hacia Rico –. ¿Estafando? ¿Robando? ¿Cómo si no iba a hacerse con tantos millones?

– Aparte de los millones que he conseguido legalmente, heredé algunos más de mi difunta esposa. Quizá hayas oído hablar de la familia, los Ravaldi. Alessandro Ravaldi. Quizá el nombre te suene de algo.

Danielle comenzó a prestar atención. Incluso ella misma había oído hablar de aquellos multimillonarios.

– ¿Quién no ha oído hablar de los Ravaldi? – dijo su padre.

– Alessandro es el hermano de mi difunta esposa.

– ¡Dios mío! – exclamó Robert Sinclair mirando a Rico –. Eso te convierte en...

– Millonario, sí – dijo Rico sonriendo.

A pesar de la sonrisa de su rostro, no se sentía cómodo. Danielle se quedó mirando a su padre, esperando que se diera cuenta de que Rico podía tener lo que quisiera. Pero su padre no cedió.

– ¿Y qué obtienes de este matrimonio? – le retó.

Se hizo un tenso silencio en la habitación. Tan sólo se oía el tictac del antiguo reloj de su padre que había en un rincón.

—Papá, no...

—Vas tras mi hija —dijo y se giró rápidamente hacia ella—. Y no estoy dispuesto a dejarle ponerte las manos encima —añadió y la expresión de ira de sus ojos no le gustó nada a Danielle—. De eso se trata toda esta farsa, ¿no? A pesar de la inocencia que has proclamado durante todos estos años.

—Rico era inocente. No pasó nada hace cuatro años.

—No me lo creo. Estabas loca por él. ¿Acaso he de creerme que tampoco pasó nada entre Kim y él?

Así que su padre lo sabía.

—No hizo nada. Malinterpreté su amabilidad tras la muerte de mamá y me lancé en sus brazos. Él nunca se aprovechó de mí y Kim admitió que no hizo nada. Cambió su declaración.

—Lástima que Kim no haya venido hoy.

—Sinceramente, no me sorprende. ¡Está avergonzada! Trató de seducir a un hombre casado que la rechazó.

—¿Así que he de creer que rechazaste a mis dos hijas hace cuatro años? —preguntó Sinclair y se quedó mirándolo durante largos segundos—. ¿Y qué obtienes tú de este matrimonio, D'Alessio?

Rico le mantuvo la mirada.

—¿Qué suele obtener uno de un matrimonio?

—¿Dinero? ¿Hijos?

—Bueno, lo primero no me hace falta, pero un heredero no me importaría.

—¿Un heredero? —repitió Sinclair y miró incrédulo a Danielle.

Su padre comenzó a reír a carcajadas y Danielle se llevó las manos a las orejas.

—Déjalo ya, papá o me iré.

Antes de que su padre dijera nada más, Rico la tomó por el brazo.

—¡Qué buena idea! Creo que ha llegado el momento de irnos.

Danielle se apoyó en Rico mientras salían de la casa, aliviada de que se fueran, mientras su padre los observaba desde el umbral de la puerta.

—No dejes que tu padre te moleste.

Una suave luz iluminaba las cortinas y Rico estaba bajo las sábanas, junto a ella.

—No, no lo permitiré. Nunca cambiará, ya lo he asumido. No me queda otra opción más que apartarme de él. Y no quiero eso.

Apartando la colcha, Danielle apoyó la cabeza en su pecho desnudo. El sonido de los latidos de Rico le resultaba reconfortante.

—Pero hoy me ha demostrado que no me respeta. Quizá ha llegado el momento de dejar la seguridad que me proporciona Sinco y abrir mis alas y volar.

—Te admiro, Danielle D'Alessio —dijo Rico besándola en la cabeza—. Eres una mujer increíble, ¿lo sabes?

Algo en su interior se derritió y lo abrazó.

—Gracias.

Sus ojos se encontraron con los de él y se sintió comprendida.

—Hagas lo que hagas, será un éxito. Ya te lo recordaré algún día —dijo Rico sonriendo.

Pero ni aquella sonrisa pudo evitar la sensación de pavor que la invadió.

—Pero no estarás aquí. Tengo que aprender a arreglármelas sola —dijo mientras desaparecía la felicidad que había sentido hacía un momento.

—¿Quiere eso decir que tampoco me necesitas en tu cama? ¿Que has descubierto cómo satisfacer tus deseos a solas?

—¡No! —dijo mirándolo arrepentida—. No me refería a ahora mismo. Estaba pensando en voz alta acerca del futuro.

—Claro, el futuro. Yo tendré a mi hijo o hija y tú tendrás un gran puesto en alguna compañía importante.

Se sintió dolida y deseó gritar que eso no era lo que quería. Lo amaba. ¿Por qué demonios no la amaba él también?

Rico se movió, colocándose sobre ella.

—Ya está bien de hablar, pongámonos en acción.

El tono de crispación en su voz la hizo agitarse bajo su peso, en un intento de escapar, reticente a hacer el amor así.

—Rico, quizá no...

—¿Te duele la cabeza? —dijo levantándose para que pudiera apartarse, pero se quedó quieta mirando sus ojos burlones.

—¿Dónde está el respeto que me has prometido hace unos minutos? —replicó ella, apoyando las palmas de las manos contra el pecho de Rico—. Quiero que el hombre que comparte conmigo la cama me trate con respeto —añadió arqueando una ceja.

Danielle lo empujó, haciéndolo caer sobre las almohadas y rápidamente se arrodillo junto a él.

—¿Entiendes? —dijo comenzando a desabrocharse los pequeños botones de su camisón.

Él tragó saliva.

– Sí, princesa. Entiendo perfectamente.

– Bien – dijo pasando una pierna por sus caderas y colocándose a horcajadas sobre él.

Su cuerpo se agitó bajo ella y Danielle sonrió. El calor comenzó a invadir cada una de sus terminaciones nerviosas, haciendo desaparecer el dolor que le había causado su comentario burlón. La excitación comenzó a ir en aumento y sintió la erección de Rico entre sus muslos. Aquella pasión prometía hacer desaparecer cualquier pensamiento, cualquier obstáculo que se interpusiera entre ellos.

Envalentonada por su respuesta, se inclinó sobre él, tomó sus muñecas y estiró sus manos hacia el cabecero de la cama.

– Sujétate, no quiero perderte en el camino – dijo Danielle con una sonrisa pícaro.

– ¡Dios mío!

Los ojos de Rico se abrieron en una combinación de sorpresa y asombro.

Una sensación de seguridad en sí misma hasta entonces desconocida, se apoderó de ella al ver la expresión de Rico. Tomó la suave tela de su camisón y lentamente comenzó a subírselo, dejando su piel al descubierto. Aparte de la fuerte respiración de Rico, el único sonido en la habitación era el roce de la seda contra su piel.

Por un momento, se preguntó qué era lo que estaba haciendo y si sería capaz de continuar con aquel acto de seducción. Recordó la vez que lo había llevado a cabo anteriormente con él y cómo la había rechazado. Pero esta vez era diferente. Esta vez era una mujer y no una joven insegura. Y esta vez, Rico era libre para amarla. No era el momento de echarse atrás. Respiró hondo y acabó de quitarse el camisón.

Por la expresión de Rico al ver su piel desnuda, adivinó que estaba haciendo lo correcto. Se incorporó, agarró los calzoncillos de Rico y comenzó a bajárselos, luciendo una sonrisa en sus labios.

Luego, se inclinó hacia delante y rozó con sus senos el pecho de Rico, haciendo que sus pezones se pusieran erectos.

Rico levantó las caderas rítmicamente y ahogó un gemido. La tomó por la nuca y la hizo inclinarse para besarla en los labios. Sus bocas se volvieron más exigentes y sus cuerpos comenzaron a vibrar.

– ¿No te he dicho que te sujetes al cabecero? – murmuró Danielle junto a su oreja.

– ¡Bruja! – dijo tomándola con fuerza por la nuca—. No puedo apartar las manos de ti – añadió deslizando una de sus manos por la espalda, atrayéndola aún más.

De un rápido movimiento, Rico rodó colocándose sobre ella y apoyó el rostro en el hueco entre la mejilla y el hombro de Danielle, mientras se hundía en ella.

Danielle gritó, sintiendo un estremecimiento en todo su cuerpo. Él gimió mientras sus embestidas se hacían más intensas y de repente, explotó.

—Danielle, eres muy especial —murmuró después de un largo silencio, estrechándola entre sus brazos.

Sin decir palabra, se acurrucó junto a él. Le llevó un buen rato recuperar la normalidad después del modo en que habían hecho el amor. Tumbada en la oscuridad y entre los brazos de Rico, trató de dormirse. Pero el haber descubierto que estaba enamorada de él se lo impidió.

Porque el amor implicaba confianza y ella le había mentado.

Sentía ansiedad en su corazón. No tenía ninguna duda de que en cuanto le revelara su engaño, lo perdería. Rico no se quedaría con una mujer como ella.

Capítulo 10

— ¡Danielle!

Con la cabeza dando vueltas, Rico atravesó las puertas de cristal que daban al patio, buscando con la mirada a Danielle. Al poco la encontró agachada sobre unas macetas.

— ¿Qué demonios estás haciendo?

— Arreglando estas macetas.

Lo miraba como si hubiera perdido el sentido. Quizá así había sido. Rico se pasó una mano temblorosa por el pelo y respiró hondo para liberar la adrenalina que se había acumulado en él al entrar en la casa y no encontrarla.

La había dejado en el salón antes de ir a contestar el timbre de la puerta. Había resultado ser Ken Pascal, el jefe de seguridad de Sinco. Rico había ido con Ken hasta su coche para recoger un informe. No quería que Danielle saliera a la calle y le había parecido que era más seguro que se quedara dentro de la casa. Claro que no se había quedado quieta.

La miró y vio sus manos hundidas en la tierra.

— Deberías ponerte guantes.

— Me gusta sentir la tierra entre las manos. Es muy agradable — dijo tomando un puñado de semillas y metiéndolas en los agujeros que había hecho.

— ¿Qué son? — preguntó mientras su corazón recobraba la normalidad.

— Distintas clases de flores.

— ¿Te gusta hacer eso, verdad?

— ¿Te refieres a ensuciarme las manos? — dijo Danielle levantando la mirada —. Me encanta. Es muy relajante trabajar en el jardín después de un duro día en la oficina y me permite pensar en otras cosas.

Rico no estaba seguro de que aquella respuesta le hubiese gustado.

— ¿En qué estás pensando hoy?

Danielle apartó la mirada.

— Oh, en esto y en lo otro.

— Sé más específica — dijo él, sintiendo que se ponía tenso.

— Estaba pensando en lo que dije anoche acerca de irme de Sinco — dijo, pero no levantó la cabeza y Rico tuvo la sensación de que había algo más.

La idea de que le ocultara cosas lo enojaba, así que se agachó junto a ella.

— ¿Qué harás después?

— Pondré las macetas en un lugar en sombra y las regaré cada día. Pronto habrá flores de todos los colores.

No era a eso a lo que se había referido, pero no tuvo las agallas de hacerla hablar de un tema que evidentemente no quería tratar, así que lo dejó.

– ¿Qué pasará una vez den flores?

– Algunas se reproducirán y darán más flores el año que viene. Son plantas muy eficientes que saben cómo crear una siguiente generación.

Su tono era extraño, pero estaba sonriendo.

– Pensé que podríamos salir a cenar. Necesitas relajarte.

Aquella misma mañana, Danielle había llamado a Martin Dunstan y se había encargado de continuar con el proyecto del centro de cuidados para empleados que su padre había mencionado el día anterior. Había trabajado todo el día en ello como una posesa. ¿Sería su padre responsable de aquella tristeza? La rodeó con su brazo y ella se sobresaltó.

– ¿Dónde quieres que vayamos?

Danielle se giró para mirarlo y Rico apartó su mano. Sus ojos brillaban con una extraña emoción.

– ¿Podemos cenar en casa los dos solos?

– Claro, si es lo que quieres.

– Rico, ¿por qué a veces eres tan amable?

Él la tomó por la barbilla y levantó su rostro.

– ¿Acaso soy un ogro?

– No, no eres ningún ogro – dijo con un brillo aún más intenso en sus ojos.

– Sólo un dinosaurio, ¿no? – bromeó Rico.

– Oh, Rico – dijo Danielle lanzándose a sus brazos y estrechándolo con fuerza.

Cayendo sobre sus rodillas, él la abrazó, inspirando su cálido aroma. El olor a tierra y plantas le era desconocido, pero podía acostumbrarse a él. Apoyó su cabeza contra la de ella y empezó a imaginarse una noche relajada.

– Entonces, cenaremos en casa.

Mientras Rico asaba un pescado, Danielle preparó la ensalada. Durante la cena, hizo un esfuerzo por comportarse con normalidad, aunque las miradas que de cuando en cuando le lanzaba Rico eran la muestra de que no lo había logrado. Cada vez se sentía más incómoda por haber engañado a Rico. Temía que no se tranquilizaría hasta que le dijera exactamente lo que le preocupaba. Claro que aquella tranquilidad tendría un precio: la pérdida de Rico.

Después de la cena, Danielle se sentó en el sofá y tomó un ejemplar de una revista de decoración, pero apenas reparó en su contenido. Lo único que podía ver era el rostro amable de Rico.

– ¿Quieres café?

Danielle dejó la revista a un lado y arrugó la nariz.

– Parece que he perdido el gusto por el café. Quizá más tarde me tome un chocolate caliente.

Cuando Rico regresó al sofá con su taza de café, el olor la hizo sentirse mal. Tomó un cojín y se lo colocó en la espalda.

– Rico, tenemos que hablar.

– Eso no suena bien – dijo él dejando la taza.

– Creo que ha llegado el momento de que seamos honestos el uno con el otro.

– ¿Honestos? Siempre te he contado la verdad – dijo contemplando su rostro – . Pero quizá tú me has ocultado algo. Cuéntamelo, no creo que sea tan grave como para que no podamos arreglarlo.

Pronto se enteraría de que era peor de lo que imaginaba.

– Creo que hay cosas que no me has contado. Anoche quedó claro que mi padre cree que tú... – dijo deteniéndose para buscar las palabras adecuadas –, que habías intentado algo conmigo cuatro años atrás. Creí que no sabía nada de aquella noche.

Rico no contestó, pero entrecerró los ojos.

Tanto Kim como ella habían causado daño a Rico.

– No deberías haberte ido. Deberías haber sido procesado si habías sido acusado.

Rico la miró con amargura.

– Lo sé, pero no tuve otra opción.

– ¿Por qué mi padre le dijo a Lucia que irías a prisión por lo que Kim dijo que le habías hecho? Deberías haber luchado, haber demostrado tu inocencia.

– No debería haber tenido que hacerlo. Un hombre es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad. Excepto cuando Robert Sinclair está por medio. Estaba luchando en una batalla en la que no podía ganar, dadas las pruebas que se habían montado en mi contra.

– ¿A qué te refieres?

– A aquellas malditas bragas blancas de encaje.

Perpleja, Danielle frunció el ceño.

– ¿Qué?

– Las bragas. Supongo que debiste preguntarte de dónde salieron.

No tenía ni idea de qué le estaba hablando y esperó a que continuara.

– La noche antes de la discusión con Kim, viniste a mi habitación, ¿recuerdas?

¿Cómo olvidarlo? Volvió a sentir la humillación y se encogió en un rincón del sofá.

—Te quitaste aquel albornoz blanco y lo único que llevabas eran aquellas bragas blancas.

Avergonzada, Danielle cerró los ojos. Por aquel entonces, se sentía atraída por Rico. Recordaba aquella noche y se vio corriendo por el pasillo de vuelta a su habitación, con el pelo agitándose y el albornoz abierto. Lo único que había deseado en aquel momento había sido estar en un sitio tranquilo en el que curarse de la herida que el rechazo de Rico le había producido. Pero se dio de cara con Kim, que tomándola del brazo, le había preguntado que de dónde venía. Se había negado a contestarla.

Al llegar a su habitación, se había tumbado en la cama, con el rostro cubierto de lágrimas, mientras Kim había permanecido sentada a un lado. Había llorado de pena por la muerte de su madre y por la evidencia de que Rico no sentía lo mismo que ella.

Pero no se había dejado la ropa interior. Seguía utilizando aquel estilo porque le resultaba cómodo.

—Tienes buena memoria. Yo no recuerdo aquella prenda.

Rico la miró extrañado.

—Yo nunca la olvidé, puesto que fueron el componente principal en la investigación contra mí.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando a la noche siguiente salí de la ducha y encontré a Kimberly en mi cama, estaba desnuda.

—La eché fuera, lanzándole el camisón. Pero dejó un recuerdo en mi cama.

—¿Las bragas? —preguntó Danielle furiosa.

—Así es. Tus bragas blancas.

Danielle se quedó de piedra. Su hermana no podía ser tan cruel. ¿De veras había querido que sus bragas fueran encontradas en la cama de Rico?

—La policía las encontró —continuó él—. Al parecer no eran de Kim. Además, encontraron un cabello rubio tuyo de la noche anterior. Por eso tu padre pensó que había algo entre nosotros.

—¿Así que papá pensaba que me acostaba contigo?

¡Qué ironía! Rico había rechazado a Kim y a ella en dos noches consecutivas.

—Tu padre me dijo que cuando llegara su turno para testificar, diría que aquella prenda era tuya. Me dijo que le habías amenazado con suicidarte si saltaba el escándalo.

—Eso es mentira. Nunca supe nada de esas bragas.

— ¡Qué mentiroso bastardo! Lo creí. Pensé que sabías lo que Kim había hecho. Tu padre me obligó a irme del país y a devolverle mis acciones de Sinco a cambio de retirar los cargos. Dijo que haría lo necesario para que todo se olvidara.

— Dios mío.

— Lo estabais pasando mal tras la muerte de tu madre. Durante meses vi cómo la pena y el dolor te consumían. Estabas enamorada de mí y traté de ser amable contigo. Necesitabas consuelo. No me extrañó que te vinieras abajo. Pensé que mi rechazo fue la gota que colmó el vaso.

Su familia había arruinado la vida de Rico, pensó Danielle.

— Lucia estaba histérica. Tu padre logró convencerla y ni siquiera mi esposa me creía. Pero teníamos un hijo en el que pensar y no quería que su familia se enterara. Mi vida se rompió en pedazos — continuó Rico —. No quería tener que cargar con tu muerte en mi conciencia. Era suficiente la de tu madre. Me pareció más fácil marcharme que luchar por mi inocencia.

Su padre lo había manipulado al igual que había hecho con Lucia.

— Tu esposa debería haber confiado en ti — dijo Danielle y se quedó a la espera de que saliera en defensa de su difunta esposa.

— Lucia era muy posesiva.

— ¿Qué pasó con el bebé? Deberías haberte defendido por el bien del pequeño.

— Lo intenté, pero no me creyó — dijo Rico pasándose las manos por el pelo —. Como si me interesara otra mujer estando con ella — añadió sonriendo con tristeza —. Pero era una mujer muy apasionada. Después de todo, era italiana.

Sus palabras le causaron una punzada en su interior. Amaba a su esposa.

— Pero quitarse la vida...

¿Cómo lo había dejado de aquella manera tan cruel?

— Fue culpa mía.

— ¡No! — dijo Danielle —. No te culpes.

Si había alguien al que culpar era a su padre. Aquel descubrimiento le hizo sentir presión en el pecho. Con razón Rico odiaba tanto a los Sinclair y buscaba venganza. Pero su venganza no era posible y tenía que decírselo. Lo había engañado para lograr sus propios objetivos.

— Qué ironía que pensaras que estuve a punto de suicidarme y que luego fuera tu esposa la que se suicidara.

— Lo sé.

La desesperación de Rico aumentó los deseos de Danielle de abrazarlo, pero debía decirle antes su secreto. Se rodeó con sus propios brazos, pensando en cómo se sentiría él cuando descubriera que la adolescente por la que se había ido al exilio para no ver morir, se había convertido en una mujer que lo había engañado.

De repente, se levantó al oír el teléfono, pero resultó ser el móvil de Rico. Volvió a sentarse en el sofá, sin apenas prestar atención al sonido de su voz hablando en italiano. Se quedó preocupada, buscando la manera de decirle que no podría tener el bebé que tanto deseaba.

Un clic anunció que la llamada había terminado. Danielle levantó la mirada y se encontró con su mirada atormentada.

– Tengo que ir a Italia.

– ¿Ahora?

Él asintió. Se había quedado pálido.

– Me iré tan pronto encuentre billete. Mi padre está en el hospital y quiere verme.

Danielle apenas le prestó atención mientras reservaba el vuelo. ¿Su padre estaba enfermo? Ni siquiera lo sabía. ¿Qué más no le habría contado? Claro que no se merecía su confianza.

Danielle esperó a que acabara de reservar el vuelo.

– Lo siento. ¿Qué le pasa a tu padre?

– Tuvo un infarto hace tres meses. Resultó no ser importante, pero últimamente no se encontraba bien y lo llevaron al hospital. Está preguntando por mí y quiero estar a su lado.

Estaba preocupado por la salud de su padre.

– Danielle, no quiero dejarte. Ven conmigo. Les he contado que me he casado y mi familia está deseando conocerte.

– No, no en este momento. Tu familia te necesita. Yo estaré bien.

Tenía que dejar que fuera junto a los suyos. Al fin y al cabo ella no era más que una impostora.

Él se quedó pensativo.

– Me ocuparé de que Ken te ponga un guardaespaldas y un chófer.

De repente, recordó que tenía algo que decirle. Trató de buscar las palabras, pero no pudo.

– No me gusta la idea de irme.

– No importa, Rico. De veras – dijo sintiendo un escalofrío al pronunciar las últimas palabras.

– ¿Estás segura?

Danielle asintió.

– Sí – dijo sintiendo un nudo en la garganta.

– De acuerdo, la próxima vez vendrás conmigo. Para cuando nazca nuestro hijo, así se lo enseñaremos a mis padres – dijo mostrando una sonrisa y un brillo de esperanza en los ojos.

Danielle sintió que el corazón se le paraba y se le helaba la sangre del pecho. Inesperadamente, el momento de la verdad estaba frente a ella y no podía dejarlo pasar por más tiempo. De pronto, una extraña calma se apoderó de ella, aclarando sus ideas y respiró hondo.

— Rico, no tendremos ningún bebé.

Él se quedó de piedra.

— ¿Qué quieres decir? No puedes cancelar todo esto todavía. Acabo de decirles que nos hemos casado.

— No lo estoy cancelando. Lo harás tú una vez sepas lo que tengo que decirte — dijo y sintió un escalofrío por lo que estaba a punto de revelar —. Rico, soy estéril. No puedo tener hijos por culpa del accidente.

Danielle lo oyó respirar hondo. Aun sabiendo que se engañaba a sí misma, confió en que le dijera que no importaba.

— Lo único que quiere mi padre es un nieto. Soy el último D'Alessio.

Danielle cerró los ojos. Así que todo había acabado. Aquello era otro obstáculo más, además de su ansia de venganza. Y esta vez no había vuelta atrás.

Con el corazón en un puño, levantó la mirada al techo y vio la pintura descascarillada en la esquina. Ahora tendría todo el tiempo del mundo para arreglarlo, incluso para pintar toda la maldita casa si fuera necesario. Al menos, eso la mantendría ocupada cuando él se fuera.

— ¿Lo tenías planeado? — preguntó con rabia —. ¿Planeaste esta venganza?

— La venganza era idea tuya, ¿recuerdas?

— Así que viste en esto tu oportunidad de interponerte en mi camino.

Danielle se quedó pensativa. Y de pronto fue demasiado tarde.

— Así que eso es — dijo con tono frío. Lo curioso es que estaba empezando a sentir que estaba siendo demasiado duro contigo, de que estaba poniendo en peligro tu dulzura en mi intento de venganza.

Danielle nunca se había sentido peor.

— Rico, perdí la posibilidad de tener hijos y tú perdiste a un hijo en camino. Los dos...

— No trates de hacerme creer que tenemos algo en común. No tienes ni idea de cómo me siento en este momento.

No había ninguna posibilidad de calmarlo. Nunca entendería cómo se había sentido al saber que no podría tener hijos. Su futuro había sido truncado por la fatalidad del destino. ¿Qué hombre la desearía? Ya tendría tiempo de llorar más tarde. Lo importante en aquel momento era salir de aquel desastre con la mayor dignidad posible.

— No. No sé cómo te sientes. Tampoco soy capaz de imaginar el infierno por el que has debido pasar después de la muerte de Lucia. Conseguiré una cita con un

abogado para empezar los trámites del divorcio. Después, nada te unirá a los Sinclair, que tanto daño te han causado.

– Tengo que irme o perderé el vuelo – fue lo único que dijo él.

– Adiós, Rico – susurró, con el corazón hecho pedazos.

Pero él no la oyó, o pretendió no hacerlo.

Capítulo 11

— ¡Maldita sea! — exclamó Rico en la sala de espera de la primera clase del aeropuerto de Los Ángeles.

Sentía que algo en él se había roto. Había un vacío en su interior. Le había mentido deliberadamente.

Estaría mejor sin ella. Se sentía traicionado, enfadado y dolido. Durante un largo rato, se quedó sentado, con la cabeza inclinada y las manos colgando entre sus rodillas, hasta que pudo pensar con claridad.

Más calmado, comenzó a analizar su conversación con Danielle. Sabía que no podía dejar las cosas así entre ellos. No estaba dispuesto a dejarla marchar. De pronto, no le importó que pudiera tener hijos o no. Lo único que sabía era que Danielle le había hecho reír cuando ya no le importa morir o seguir viviendo.

¡Tenía que llamarla! Sacó su teléfono móvil y se quedó pensativo, sin saber muy bien qué ofrecerle. ¿Una relación temporal basada en la pasión? ¿O algo más duradero? ¿Podría perdonarle la mentira? Quizá tan sólo quería disfrutar un poco más de la atracción física que había entre ellos. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que las llamas desaparecieran? ¿Un año, un mes? ¿Y qué ocurriría con el deseo de su padre de tener un nieto?

Demasiadas preguntas y demasiadas decisiones que tomar. ¿Qué le diría a su familia? ¿Que su esposa era estéril? ¿Ó que no estaba preparado para la paternidad? Una sensación de confusión lo invadió y no pudo pensar con claridad. Pero de algo estaba seguro: antes de volver junto a Danielle tenía que asumir el pasado.

Apretó un número de la agenda de su teléfono móvil. Tenía sus propios fantasmas a los que poner fin. Una eficiente recepcionista contestó al otro lado de la línea.

— Alessandro Ravaldi, por favor.

El guardaespaldas, a quien Rico le había dado las instrucciones desde el aeropuerto la noche anterior, estaba apoyado en la encimera, apurando su café. Tymon era discreto y respetuoso.

El teléfono de Tymon sonó.

— El chófer ya está aquí.

— ¿Quién es?

— Bob Harvey.

Su corazón se encogió. Quería haberle dicho a Rico que aquel hombre la incomodaba, pero ya era demasiado tarde. Tan pronto como llegara a la oficina se lo diría a Ken Pascal. Tomó su portafolios y se quedó junto a la puerta mientras Tymon

se aseguraba de que todo estaba tranquilo. Cuando le hizo la señal, salió y se metió en el coche, seguida de Tymon.

El camino al trabajo se le hizo eterno y no pudo evitar pensar en lo extraño que se le haría la oficina sin Rico. Tenía que empezar a acostumbrarse a aquella sensación.

Pero de momento, tenía que pensar en otras cosas, como enfrentarse a su padre.

Empujó con fuerza la puerta y entró decidida al despacho de su padre en la décima planta. Robert Sinclair comenzó a levantarse de su sillón, pero al ver quién había producido aquel alboroto, volvió a sentarse.

– Deberías haber avisado de que venías. Sé más profesional, Danielle.

– ¿Por qué le dijiste a Rico que había amenazado con suicidarme?

– ¿De qué estás hablando?

– ¡No me mientas! Él me lo ha dicho. ¿Acaso pensabas que no lo haría?

Por un instante, pensó que su padre se inventaría algo para salir de la situación.

– ¿Qué importancia tiene?

– Rico salió del país y se fue a trabajar a sitios terribles porque le mentiste. ¿Lo hiciste para quedarte con sus acciones de Sinco?

– Fue un estúpido por creerme. Nunca pensé que se lo creyera tan fácilmente o que se sintiera conmovido.

– Rico es un hombre de buenos sentimientos.

¿Cómo podría amarla? Su familia siempre lo había engañado a menudo.

– Le dijiste que testificarías para decir que la prenda que se encontró en su cama era mía y que cuando me dijiste que lo ibas a hacer, juré suicidarme.

Robert Sinclair sacudió los hombros.

– Era culpable. Se merecía acabar en prisión.

La ira dio paso al desprecio.

– Nunca fue Kim. Fuiste tú el que puso aquella prenda en su cama.

Él se encogió de hombros.

– Me dijeron que habías estado en su habitación la noche anterior. ¿Quién se pensaba que era Rico para flirtear con mis hijas?

Danielle se quedó mirando a su padre.

– Gracias a Dios que Rico no es como tú.

– Mira...

– No, escúchame y entiende lo que voy a decirte porque no lo repetiré. Rico no me puso la mano encima por mucho que yo lo deseaba. Se mantuvo fiel a su esposa.

– D'Alessio no se habría ido si nunca hubiera tocado a Kim.

– Kim mintió. Y tú lo pusiste en una situación difícil. Asustaste a su esposa y le dijiste que estaba dispuesta a suicidarme. Él era inocente y cuando su esposa murió, se quedó destrozado – dijo Danielle –. ¿Fuiste infiel a mamá?

– ¡No! – exclamó palideciendo –. ¡Nunca! Amaba a tu madre.

– ¿Crees que le hubiera parecido bien cómo te comportaste con Rico?

Su padre no dijo nada.

– A mamá le gustaba Rico. ¿Y quieres escuchar algo irónico? Rico se siente culpable de que mamá muriera. Cree que podía haberlo evitado.

– Eso es ridículo. Le pedí que os acompañara a tu madre y a ti a aquel concierto. Yo pensaba ir con Kim y encontraros allí. ¿Cómo podía ser responsable de aquel accidente?

– Cree que es culpable porque cambiaron los asientos en el último momento. Mamá quiso sentarse delante, en donde Rico iba a sentarse. Cree que debería haber muerto él. Por eso fue tan amable conmigo tras el accidente, porque se sentía responsable de todo el dolor que estaba sufriendo. Y yo pensé que su compasión era algo más – dijo y mirando a su padre, añadió –. Y tú le premiaste arruinando su vida.

Su padre estaba destrozado.

– Nunca me di cuenta de que estuvieras tan afectada. Siempre se te veía tan tranquila... Pensé que tu juventud te había ayudado a soportar el dolor.

– Me quedé atrapada en el coche durante horas con mamá. La oí lamentarse y luego morir.

– ¿Rose no murió en el acto?

– La sentí morir y no pude hacer nada. Sólo tenía a Rico. Él se quedó a mi lado y nunca me soltó la mano durante aquellas terribles horas.

Su padre rodeó el escritorio.

– No lo sabía. Pensé que había muerto en el acto – dijo entristecido –. Te defraudé y también defraudé a Rose. Me fue muy difícil superar la muerte de tu madre – dijo ocultando el rostro entre sus manos –. Pensé que siempre estaría ahí y, de repente, una noche de verano, mi sueño se desvaneció. No sabía qué hacer, no sabía cómo sobreviviría a aquella soledad.

Danielle tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

– Pensé que lo único que te importaba era el trabajo – dijo con lágrimas en los ojos.

– Eras demasiado joven para hablar.

— La muerte de mamá me hizo madurar — dijo dando un paso hacia su padre —
. Todavía la echo de menos.

Los ojos de Robert Sinclair brillaron húmedos.

— Yo también — dijo abriendo los brazos.

— ¿Dónde está tu esposa? — preguntó Umberto D'Alessio en su habitación
privada del hospital.

La madre de Rico, Bianca, estaba sentada en una silla junto a su cama,
estrechando su mano mientras Bella servía un vaso de zumo.

Rico comprobó que en tan sólo un día, el aspecto de su padre había mejorado.

— Está en Nueva Zelanda. Nos pareció que debía venir cuanto antes.

— Pero no me estoy muriendo. Deberías haberla traído contigo. Quiero conocer
a la mujer que será la madre de tus hijos — y lanzando una mirada hacia Rico,
añadió—. El doctor me ha dicho que estoy muy bien para tener setenta años. Quizá
yo mismo pueda ir a Nueva Zelanda a conocerla.

— Será mejor que esperemos un tiempo, papá — sugirió Rico.

Aquella estaba siendo una recuperación milagrosa, pensó Rico entrecerrando
los ojos. Sacudió la cabeza. No, no era posible. Umberto había sufrido un infarto.
Quizá había exagerado la gravedad.

Su padre se incorporó, pidiéndole a Bella que acomodara los cojines. Rico
acudió solícito a su lado y cuando todo estuvo al gusto de su padre, tomó la palabra.

— Eres un viejo sinvergüenza.

La mirada de culpabilidad que le lanzó Umberto fue la muestra de que sus
sospechas eran ciertas.

— Las noticias que me traes me hacen sentir mejor. Tienes que volver junto a tu
nueva esposa. Dile que la familia quiere conocerla — dijo su padre sonriendo—.
¿Cuál es el nombre de la afortunada?

— Danielle.

— Ah, Daniella, bonito nombre. Una buena elección, hijo.

— Danielle, papá, no Daniella.

— ¿Y su apellido?

— Sinclair — contestó Rico reticente.

Su hermana ahogó un grito.

— ¿Sinclair? — repitió Umberto—. Ése es el apellido de la familia que...

— Espera, Umberto — dijo su madre—. Deja que Rico hable.

— Es la hermana de la mujer que me acusó.

– No cometas un error, hijo mío.

– Tendréis que decidir por vosotros mismos.

– Quiero conocerla – intervino Bella –. La mujer que se haya casado contigo, tiene que ser muy especial.

La preocupación del rostro de su padre, comenzó a desaparecer.

– Le contaré a Danielle que estáis deseando conocerla – dijo Rico más decidido que nunca a detener los planes de divorcio de Danielle.

– Estupendo – dijo su padre enormemente satisfecho.

– ¿Por qué tengo la sensación de que papá estaba deseando que llegara este día? – murmuró Rico a su hermana.

– Quizá porque no acabo de encontrar un marido y Claudia ya está casada. Y claro, tiene una hija, pero eso no cuenta. Tú eres su última esperanza de perpetuar el nombre de la familia.

¿Cómo iba a decirles que su esposa nunca tendría hijos?

– Rico. Deberías comunicar a los Ravaldi que has vuelto a casarte. Alessandro querrá felicitarte.

Rico inclinó la cabeza. Había estado posponiendo aquella visita, que debería haber hecho en su anterior viaje a Milán. Pero el volver a ver a su cuñado, volvería a abrir viejas heridas. Después de todo, Alessandro había perdido a su hermana.

Rico apretó los puños. Las dos mujeres que habían estado bajo su cuidado y protección, Rose Sinclair y Lucia Ravaldi, habían muerto.

– He quedado con Alessandro para vernos – dijo, confiando en que no le molestara su nuevo matrimonio.

Recordó los ojos verdes de Danielle y los hoyuelos de su irresistible sonrisa. Lo había engañado. Pero era dulce, amable y lo único que quería era su felicidad.

Tenía que tomar lo que tenía, correr el riesgo. Pero lo del heredero... Miró las manos entrelazadas de sus padres. Danielle le hacía sentir muchas cosas que nunca antes había experimentado.

De repente, la echaba de menos desesperadamente.

La bocina de un coche sonó fuera.

El coche había llegado más pronto que el día anterior. Le dolía la cabeza y su rostro evidenciaba la mala noche que había pasado.

Se había sentido tentada de meterse en la cama y pasar el día durmiendo, pero el trabajo la esperaba. Tenía que olvidar a Rico y concentrarse en su carrera. Buscaría otro trabajo, al menos así no estaría junto al despacho vacío de su apuesto y peligroso amante.

Al oír de nuevo la bocina, tomó su portafolio y se dirigió a la entrada.

– Lo siento, Tymon, se me ha hecho tarde.

Un nuevo chófer, con gafas de sol oscuras, la esperaba junto a la puerta del coche. Ken Pascal había tenido en cuenta su opinión acerca de Bob Harvey. Al sentarse en el coche, reparó en que el modelo era diferente.

– ¿Tymon? – preguntó asustada.

El asiento trasero estaba vacío. Trató de abrir la puerta. Pero estaba cerrada. De pronto se dio cuenta de que hacía unos quince minutos que no veía a Tymon. La había avisado de que el desayuno estaba listo y luego había dejado de oírlo. ¿Estaría también detrás de aquello? Su mente barajó la posibilidad de que estuviera muerto.

Danielle golpeó la ventanilla con su portafolios, pero era blindada. Otra ventanilla oscura la separaba del conductor.

– Déjeme salir.

El coche arrancó a toda velocidad. Respirando entrecortadamente, Danielle trató de controlarse para no dejarse llevar por el pánico. Aquello era lo que Rico temía que pasara, pero no estaba dispuesta a dejar que nadie se saliera con la suya.

– ¿Te has vuelto a casar? Deja que te dé la enhorabuena – dijo Alessandro abrazando a Rico.

– Gracias – dijo Rico comenzando a sentirse relajado.

– Llevas mucho tiempo desaparecido, Rico.

– Sí, sé que debería haber venido antes a visitarte.

– Nunca llegué a entender por qué no aceptaste mi ofrecimiento de ayuda. Te hubiera conseguido los mejores abogados del mundo.

Rico se encogió de hombros, pensando en lo estúpido que había sido al creer las mentiras de Robert Sinclair.

El pensar en un mundo sin Danielle lo hizo estremecerse.

– Lucia no creyó en mi inocencia, así que, ¿qué sentido tenía tratar de demostrársela a un puñado de desconocidos?

– Rico, sólo te diré esto una vez. Tienes una vida por delante. Olvida a Lucia. Recuerda lo que tuvisteis, pero no la idealices.

– No quiero olvidarla, Alessandro – dijo Rico, deseando poder dejar atrás el dolor.

– Lo sé. Yo también quería a mi hermana y la echo de menos. Pero no estaba ciego a sus defectos. No pienses que no sé que podía llegar a ser muy cabezota.

Rico rió ante las palabras de Alessandro.

– Sí, a veces lo era.

— ¡Muchas veces! Tenía tendencia a la depresión y era muy insegura. Recuerdo lo celosa que era, siempre le preocupaba que te enamoraras de una mujer más joven.

— Eso es absurdo — dijo Rico mirando sorprendido a Alessandro.

— Es cierto. ¿Por qué crees que estaba tan furiosa de aquel desastre? Era su peor pesadilla hecha realidad.

— La amaba y nunca me sentí tentado por ninguna otra mujer — dijo Rico, enfadado de que su lealtad y su honor fueran puestos en juego.

Aunque en el fondo, se sentía culpable. Se había sentido atraído por aquella joven de dieciocho años llamada Danielle, aunque nunca habría traicionado a Lucia.

— Lo sé — dijo Alessandro dándole una palmada en el hombro—. Nunca dudé de ti ni por un instante y se lo dije a Lucia. Pero quería hacerte sufrir — añadió dejando escapar un suspiro—. Y ahora, aquí estás, enamorado de nuevo.

— Yo no... — comenzó a decir Rico, pero se detuvo.

Alessandro tenía razón. Tenía una nueva oportunidad para ser feliz. Había llegado el momento de decirle adiós a Lucia.

Entonces, su teléfono móvil comenzó a sonar insistentemente y miró la pantalla. Al ver que era un número de Auckland, su corazón dio un vuelco.

— ¡Rico!

Al comprobar que era Robert Sinclair, sintió que las rodillas se le doblaban. Lo siguiente que le dijo, hizo que su cabeza comenzara a dar vueltas.

— Oye, ¿estás bien? — preguntó Alessandro preocupado, poniendo una mano en el hombro de Rico, una vez colgó.

— Mi esposa ha sido secuestrada — contestó tratando de no mostrar el dolor que sentía.

Capítulo 12

—¡Tú! —dijo reconociendo al hombre al verlo sin gafas ni gorra—. ¿Por qué estás haciendo esto, Jim?

—¡Mírame! —dijo Jim Dembo señalándose el rostro—. Soy una basura, mi vida es una basura. Tu familia y tú salisteis ilesos.

—Eso no es cierto. No olvides que mi madre murió en el accidente. Oí su último aliento de vida mientras tú estabas inconsciente en el asiento del conductor.

—No intentes salirte con la tuya. Sé cómo actúa tu familia. Muchas promesas al viejo Jim y poco más.

Jim había sido compensado económicamente, pero Danielle sabía que el dinero no podía aliviar el dolor.

—Siento lo que te ocurrió, pero todos fuimos víctimas de un conductor borracho. Podía haberle ocurrido a cualquiera.

—¡Estáis en deuda conmigo y llevo mucho tiempo esperando!

Danielle apretó los dientes y al ver que sacaba una pistola, se asustó. ¿Estaría pensando en matarla?

—¡Muévete!

—¿De quién es este sitio? ¿Tuyo? —preguntó Danielle aterrorizada, mirando a su alrededor.

Quería que continuase hablando para que la viera como una persona y no como a un objeto. Pero Jim no contestó. La agarró y la empujó al interior.

Una vez dentro, Danielle parpadeó para acostumbrar la vista a la oscuridad. En un rincón había un colchón con un puñado de mantas. En la pared de enfrente había estanterías con herramientas, botes de cristal vacíos y latas de provisiones para alimentar a un pequeño ejército. De pronto, cayó en la cuenta de que Jim había planeado aquello. Se sintió consternada y trató de contener el miedo que sentía en su interior.

—Y ahora, ¿qué?

—Esperaremos.

Habían pasado cuatro horas desde que Jim la secuestrara. Danielle sentía frío hasta en los huesos por el aire de la montaña y se retorció en el viejo colchón. Deseaba sentir la seguridad de los brazos de Rico, pero él estaba en el otro lado del mundo, con su padre enfermo y seguramente, ya habría iniciado los trámites del divorcio.

Danielle se estremeció. Aquellos pensamientos no le resultaban de ayuda y comenzó a hablar.

– ¿Qué piensa tu esposa Jenny de lo que estás haciendo?

– Mi esposa me abandonó – respondió Jim y sacó su teléfono móvil –. ¡Toma! Cuéntale a esa bruja lo que está ocurriendo.

Una voz adormilada contestó.

– ¿Jenny? – preguntó Danielle.

– ¿Quién es? ¿Sabe qué hora es? – preguntó la mujer enojada.

– Es importante. Su marido me ha hecho llamarla.

– ¿Mi marido? Me divorcié de él hace cuatro meses – dijo y tras una pausa, añadió –. ¿Qué ha hecho? ¿Acaso está en apuros?

– Jenny, necesito que se tranquilice. Me llamo Danielle...

Jim agarró el teléfono y se lo quitó.

– Jenny, he secuestrado a una mujer y no voy a dejarla ir hasta que me prometas que volverás conmigo. Si te niegas, voy a empezar a cortar trozos de su cuerpo y a enviártelos poco a poco, así que será mejor que vengas enseguida – dijo y colgó.

– Eso le enseñará a la muy bruja.

Aquel hombre estaba fuera de sí. No serviría para nada provocarlo. Tenía que pensar un plan para salir de allí. Quizá si le dijera que tenía que ir al baño...

Tomó la chaqueta y volvió a ponérsela. Fuera necesitaría estar abrigada.

– Hagamos la siguiente llamada. Marca el número de tu padre – dijo Jim más tranquilo, ofreciéndole el móvil –. Dile que quiero dos millones de dólares antes de mañana a las seis de la tarde. Luego me pasas el teléfono para que le diga dónde ha de dejar el dinero. Déjale bien claro que después de las seis, te cortaré un dedo cada hora, primero de las manos y luego de los pies, y se los iré enviando en tarros de cristal.

Danielle miró las estanterías, repletas de herramientas y botes de cristal y sus dientes comenzaron a rechinar. Sintió náuseas y su estómago se revolvió.

Un sonido metálico la sacó de su ensimismamiento. Giró la cabeza y vio a Jim apuntándola con la pistola.

– Déjale claro que hablo en serio y sé breve, no quiero darles a esos bastardos la oportunidad de que me localicen. Si le dices quién soy, te disparo, ¿entendido?

Temblorosa, asintió.

– Venga, llama – ordenó Jim.

Marcó el número, rezando para que su padre contestara. Tras cinco llamadas, oyó un clic al otro lado de la línea.

– ¿Dígame! – contestó una voz familiar.

– ¿Rico?

– Danielle, ¿dónde estás?

La voz de Rico tenía un tono de urgencia.

Danielle se quedó pensativa y miró a cada lado. Jim la apuntaba con la pistola.

—No lo sé.

—¿Estás en peligro?

—Sí —confirmó y mostró una sonrisa tranquilizadora ante Jim, que le arrancó el teléfono de las manos.

Danielle oyó que Rico decía algo, pero no pudo comprenderlo. Luego, Jim le devolvió el aparato.

—No esperaba a D'Alessio. Procura ser convincente, que tema por tu seguridad. Lo llamaré mañana a las seis para darle instrucciones de dónde debe dejar el dinero. Si para entonces no lo tiene, empezará la carnicería —y sonriendo con malicia, añadió—. Recuérdale lo mucho que lo amas, para que le sirva de incentivo a la hora de pedirle el dinero a tu padre.

Era evidente que no sabía que Rico era millonario. ¿Habría cometido algún otro error? Antes de poder seguir pensando, oyó que Rico la llamaba.

—Estoy aquí —dijo ella y repitió lo que Jim acababa de decirle.

—Escucha, ten cuidado con lo que dices. Necesito que me ayudes como sea. ¿Conoces a ese hombre?

—Sí —respondió. Estaba desesperada por darle alguna pista a Rico sin ponerse en peligro—. Oh, Rico. Siento mucho que tu padre esté enfermo. No lo he visto desde el hospital, cuando tu madre murió.

Danielle confiaba en que se diera cuenta de que estaba hablando de su propia madre y de que el hombre al que no había visto desde el hospital era Jim.

—Ya está bien —dijo Jim—. Dile que lo quieres.

Deseaba mandarle al infierno. Apretó los labios y se quedó callada, pero de repente, volvió a ver la pistola.

—Te quiero.

Sus palabras tan sólo recibieron un silencio por respuesta. Sus piernas se doblaron y sintió que empezaban a temblar a la espera de que Rico dijera algo.

—Te lo ha hecho decir él, ¿verdad? —dijo él al cabo de unos segundos.

—Sí.

Jim le quitó el teléfono.

—Quiero más pasión. Necesito que Rico consiga de tu padre el dinero. Dile que estás embarazada.

Danielle volvió a tomar el teléfono y oyó que Rico la llamaba.

—Sí, estoy aquí. Hay algo que tengo que decirte. Estoy...

Danielle se detuvo, cerrando los ojos.

– Danielle, ¿qué demonios ocurre? – dijo Rico, transmitiendo un pánico que nunca había percibido en su voz –. ¿Acaso te ha hecho daño ese canalla?

– Estoy bien. Bueno, no exactamente. Ahora mismo estoy cansada y no me encuentro bien – dijo y al ver que Jim la apuntaba con la pistola, rápidamente añadió –. Estoy embarazada.

De pronto aquellas palabras la hicieron recapacitar. Las náuseas, la pérdida de apetito, ahora todo tenía sentido. A pesar de las circunstancias, su corazón dio un vuelco. Realmente estaba embarazada. Lo imposible había sucedido.

– Vuelve a decírmelo.

– Estoy embarazada – repitió.

– No ha encontrado una manera mejor de torturarte, ¿no? Dile a ese bastardo que no pararé hasta dar con él y tendrá que vérselas conmigo. Y será mejor que no te ponga las manos encima o me ocuparé de él con mis propias manos.

A pesar de la cantidad de secuestrados que había liberado, Rico era incapaz de controlar su nerviosismo. Lo más difícil había sido la angustia que había percibido en la voz de Danielle antes de colgar. Había sido muy valiente al darle la pista que necesitaba para adivinar quién era el secuestrador.

Mientras volaba en el helicóptero, rezó porque Danielle estuviera bien y apartó la idea de que quizá nunca más volvería a verla.

Distraídamente, se quedó mirando sus botas de combate. ¿Le perdonaría Danielle alguna vez? Había sido un tonto. El miedo que había sentido al enterarse de que la habían secuestrado, había limitado su capacidad para pensar con claridad. Pero aquellas dos palabras que había oído de sus labios, aquel te quiero, lo habían hecho reaccionar.

Su ansia de venganza hacia la familia Sinclair ya no era un objetivo a cumplir. Quería tener otra oportunidad con Danielle. Por ella era capaz de dejarlo todo, incluso su ilusión de tener un hijo.

Pero eso todavía no lo sabía. Ella aún creía que estaba dispuesto a divorciarse. No debería haber reaccionado como lo hizo al saber que no podía tener hijos. Debería haberle ofrecido su apoyo y comprensión.

Recordó el momento en que le había dicho que estaba embarazada y sintió un nudo en la garganta. Aquellas palabras debían de haber roto su corazón en pedazos. De repente, lo más importante era aliviar el dolor de Danielle y la venganza, el deseo de tener un hijo que perpetuara el nombre D'Alessio, habían dejado de ser su obsesión.

– Jim – dijo Danielle al hombre que estaba sentado junto a la puerta, en tinieblas –. Necesito ir al baño.

– ¿Cómo? – preguntó adormilado.

– Necesito ir al baño ahora mismo.

Había esperado hasta hacerse de noche para que estuviera oscuro.

– Por favor, Jim, deprisa – añadió Danielle dándole un tono de urgencia a su voz.

Maldiciendo, se acercó hasta donde estaba Danielle atada.

– Venga, ponte de pie.

– Está oscuro ahí fuera y podría caerme. ¿Por qué no desatas mis pies?

– ¿Qué más me da si te caes?

– Recuerda que para ti tengo un valor de dos millones de dólares. ¿Acaso no deberías cuidar tu dinero?

Sin decir palabra, se inclinó y desató las cuerdas.

– Gracias, Jim. No tardaré – dijo frotándose las muñecas.

– No vas a ninguna parte sola. Yo iré contigo.

– ¿Adónde voy a ir? Ni siquiera sé dónde estamos. Lo último que querría es perderme entre la vegetación.

Danielle abrió la puerta y Jim la tomó por la manga.

– No tan deprisa.

Entonces, lo oyó. Era el sonido de un helicóptero. Aquélla era su oportunidad. Miró hacia arriba, pero no vio nada. ¿Estaba tan sólo de paso?

Jim también lo había oído.

– Venga, adentro.

Danielle dudó. Si le obedecía, todo habría acabado. Así que dio una patada a la lámpara de gas que estaba junto a la puerta. Hubo un momento de oscuridad mientras caía y luego la lámpara fue a parar a las mantas, prendiéndose fuego.

Forcejeó con Jim para liberarse, con la esperanza de que el helicóptero viera las llamas.

Desesperada, Danielle lanzó patadas a diestro y siniestro, alcanzando un punto sensible en la pierna de Jim. Él la agarró por la chaqueta, pero ella se la quitó y quedó liberada. Corrió hacia la puerta y miró al cielo.

El helicóptero estaba encima, buscando con los focos. Danielle gritó y agitó los brazos. Unos segundos después, el aparato se estaba posando en tierra.

– ¡Danielle!

Al oír aquella voz familiar, sus rodillas se doblaron.

— ¡Rico! — exclamó incrédula.

A momento, la abrazó y una sensación de calidez y seguridad la invadió.

Debería haber confiado en que Rico la encontraría. Lanzó una rápida mirada a sus espaldas y vio cómo un grupo de hombres vestidos de camuflaje rodeaban a Jim.

— No vuelvas a hacerme pasar por lo mismo.

— Estás loco si crees que quiero una segunda vez — murmuró ella—. Lo único que quiero es un baño caliente y una cama limpia.

— Y comer.

— No, no tengo hambre.

Al pensar en comida su estómago dio un vuelco y escondió una sonrisa.

— Éste ha sido el peor día de mi vida.

— Ya se ha terminado — dijo ella rodeándolo por el cuello.

Rico la tomó por la barbilla y Danielle sintió que su corazón se aceleraba. Fue un beso breve y tierno.

— Se ha acabado. Has pasado por un infierno. Imagino que querrás ir a casa.

— Sí, por favor — dijo y de repente recordó—. ¿Cómo está Tymon?

— Aparte de la contusión que ha sufrido por el golpe, está bien. Jim conocía la manera de trabajar de Ken Pascal y sabía que apenas había habido cambios en la seguridad en los últimos años. Por eso pudo entrar en tu casa. Seguía manteniendo la amistad con Bob, así que le resultaba fácil saber lo que estaba ocurriendo.

— No puedo creer que el miedo de estos últimos meses haya terminado. ¡Ha sido horrible! Estoy deseando que mi vida vuelva a la normalidad.

— Sí, cuanto antes recobres tu vida, mejor.

El sonido del teléfono despertó a Danielle a la mañana siguiente.

— Danielle, pensé que ibas a morir — dijo su hermana con exagerado dramatismo.

— Estoy bien, tan sólo necesito descansar. Quizá mañana, papá, Bradley y tú podáis venir a verme.

— Siempre he tenido celos de ti — continuó Kim—. A todo el mundo le has caído bien siempre: a los profesores, a los compañeros del colegio, a sus padres... Siempre quise ser como tú.

Aquello sorprendió a Danielle.

— Tú eras brillante, alegre y guapa. No tenías por qué estar celosa de mí.

— Sí, por fin logré darme cuenta gracias a Bradley.

De repente, los pensamientos de Danielle fueron por otro camino.

– Kim, ¿por qué trataste de seducir a Rico? ¿Era porque pensabas que me gustaba?

– Sí – contestó su hermana en un susurro –. Quería acostarme con él y contarte que lo había hecho. Pero él me rechazó. Entonces papá me vio saliendo de su habitación y todo fue terrible. Rico le dijo a papá que debía encontrarme un buen chico con el que salir y cerró la puerta en nuestras narices. No sabía qué decir. Papá estaba furioso y yo asustada. Así que le dije que Rico había intentado forzarme. Al poco la policía estaba allí tomándome declaración – dijo e hizo una pausa antes de continuar –. No sabía cómo arreglar aquello. Y tú... Te volviste tan silenciosa y retraída que me sentí culpable.

– Oh, Kimberly, deberías haber confiado en mí. ¿Acaso no había resuelto siempre tus problemas?

– No pensé que fueras a ayudarme. Tenías que ver tu cara cada vez que veías a Rico. Lo odiaba, sabía que acabaría haciéndote daño, así que quise que desapareciera de tu vida para siempre.

– ¿Pensaste que si se acostaba contigo lo odiaría? – preguntó Danielle sorprendida –. Eras muy joven para esa clase de juegos, Kim.

– A nadie le importaba lo que hiciera y, ya te he dicho, no me gustaba el modo en que lo mirabas.

Su hermana se había sentido celosa de la atención que le prestaba a Rico, pero, de alguna extraña manera, Kim había intentado protegerla aunque con un resultado desastroso.

– Kim, ahora tienes un marido que te ama. Ya me has pedido perdón a mí y mañana podrás disculparte con Rico.

– De acuerdo.

Danielle colgó el auricular y se levantó de la cama. Se puso una bata y salió de su habitación en busca de Rico. Necesitaba sentir el calor de sus brazos rodeándola.

Bajó la escalera sonriendo, pensando en lo mucho que Kim había madurado desde que descubriera que estaba enamorada de Bradley.

Al ver una maleta y una bolsa junto a la puerta, la sonrisa desapareció. Quizá fuera el equipaje de Tymon, pensó. Pero al ver a Rico salir de la cocina, supo que estaba equivocada.

– ¿Te vas?

Él asintió.

– ¿Por qué?

– Tienes que olvidar todo esto. Conmigo cerca, no podrás hacerlo. Nunca logré entender por qué la única cláusula que añadiste al contrato que firmamos, aparte de que dejara en paz a Kim, fue que me marcharía cuando me lo pidieras. Debería haber

adivinado que nunca habría ningún niño. Nunca habrías dejado que lo apartara de ti. Así que no estoy dispuesto a esperar a que me eches.

Danielle suspiró. Aquello iba a ser difícil. Le iba a llevar un tiempo perdonarla, confiar en ella de nuevo. Pero tenía toda una vida por delante.

—¿Adónde vas? ¿Vuelves a Italia?

—Quizá.

¿Quería aquello decir que nunca volvería?

—Supongo que tu familia te necesita —dijo ocultando su tristeza.

—Mi padre ya está mejor. Hemos estado hablando. Mis padres te mandan recuerdos, al igual que Bella.

—Estaba deseando conocerlos.

Él ignoró su comentario.

—Aunque vaya a visitar a mi familia, volveré. Me gusta vivir aquí, en Nueva Zelanda.

Danielle sintió alivio, tratando de descifrar el significado de sus palabras. ¿Quería eso decir que seguiría en contacto con ella?

—Creo que estoy embarazada.

Se hizo un tenso silencio. Danielle se quedó a la espera de que la abrazara. Sin embargo, él dejó caer los brazos a los lados.

—No estoy del todo segura, pero creo que sí —dijo y se quedó callada, mirándolo.

—¿Cómo es posible?

—Después del accidente, me quitaron el bazo y un ovario estaba seriamente dañado. El otro también, pero menos. Me operaron durante horas y consiguieron salvarlos, pero los médicos me dijeron que tendría pocas oportunidades de tener un bebé.

Rico no dijo nada.

—No sé si será un niño o si alguna vez podré tener otro hijo. Con mi historial médico, es todo un milagro que esté embarazada.

—¿De veras crees que me importa si es niño o niña?

—Creí que querías tener un hijo para que perpetuara el apellido de los D'Alessio. Pero no debería estar diciéndote nada. Debería hacerme primero una prueba y confirmarlo. Quizá deba estar en cama durante un tiempo —dijo encogiéndose de hombros—. Estoy hablando muy deprisa, estoy abrumada.

—No eres la única —dijo Rico poniendo sus manos en los hombros de Danielle—. Pero lo que quiero decir es que me da igual si es niño o niña. Sabiendo que estás embarazada...

—¿Qué quieres decir?

– No puedo irme así. No puedo ni siquiera considerar...

– ¿El aborto? ¿Estás loco? Puede que ésta sea mi única oportunidad de ser madre.

– Iba a decir divorcio, pero ésa no es una opción ahora mismo sabiendo que hay un niño en camino.

– ¿Quién ha hablado de divorcio?

– Lo hiciste tú. Dijiste que querías seguir adelante con tu vida. Por eso me iba a ir, para darte tiempo a que decidieras lo que querías. Pero ahora, no puedo dejar a mi hijo.

– No voy a entregarte a mi hijo – dijo ella levantando la barbilla.

Deseaba que la amase tanto como ella lo amaba a él.

– Lo sé, no soy ningún monstruo – repuso él acariciando la suave piel de la nuca de Danielle.

– Pero el contrato dice que tengo que darte al niño. ¿Y lo de perpetuar el nombre D'Alessio?

– No importa, no puedo quitarte al bebé.

Danielle sintió esperanzas. ¿Quería eso decir que la amaba? ¿Por qué si no iba a quedarse en vez de irse?

– ¿De veras? – susurró, temiendo estar equivocada.

– Ya no busco venganza. Lo único que quiero es tu amor y el bebé será el milagro que lo selle. No necesito un hijo para ser feliz. Pero sí te necesito a ti.

– Rico, siempre te querré. Pensé que nunca me perdonarías.

– Estaba tan obcecado en vengarme que no me extraña que quisieras darme mi merecido – dijo atrayéndola hacia él –. Te quiero, princesa – añadió y tomándola en sus brazos, se dirigió escaleras arriba.

Epílogo

– Te he traído un regalo.

– ¿Otro? – dijo incorporándose.

– Deberías haberme esperado para que te ayudara con eso – dijo Rico frunciendo el ceño.

– Quiero meter las plantas. Y no te preocupes, tanto el bebé como yo estamos bien – dijo Danielle sintiendo la pesadez del último mes de embarazo.

Rico se había negado a que el doctor les dijera el sexo del bebé. Danielle no podía dejar de preocuparse por lo que pasaría si el bebé resultaba ser una niña, en vez del niño que el padre de Rico deseaba. Ambos sabían que aquél podía ser el único hijo que tuvieran.

Umberto y Bianca llegarían en seis semanas. Meses atrás, Danielle había acompañado a Rico a Italia para conocer a sus padres.

– ¿No vas a abrirlo?

Ella tomó el paquete, preguntándose qué le habría comprado esta vez.

– Me mimas demasiado, ¿sabes? Te quiero.

– Yo también te quiero – dijo él abrazándola –. ¿Eres feliz?

– Inmensamente feliz.

La vida con Rico le había dado un amor y una sensación de seguridad que nunca había sentido.

– Bueno, abre ya el paquete.

Danielle quitó el papel de envolver y descubrió una caja.

– ¡Annabelle! – dijo al ver una muñeca casi idéntica a la suya.

– Sí, no he parado hasta dar con alguien que pudiera restaurarla. Aunque ha habido que hacerle algunos cambios.

– Está preciosa, muchas gracias, Rico.

– Es un placer.

– Es más que una muñeca. Me la regaló mi madre.

– Lo sé, por eso no podía tirarla. Si quieres, un día de éstos podemos ir a buscar una muñeca para nuestra hija.

¡Rico sabía el sexo del bebé! ¡Era una niña! Todo iba a salir bien.

Fin.